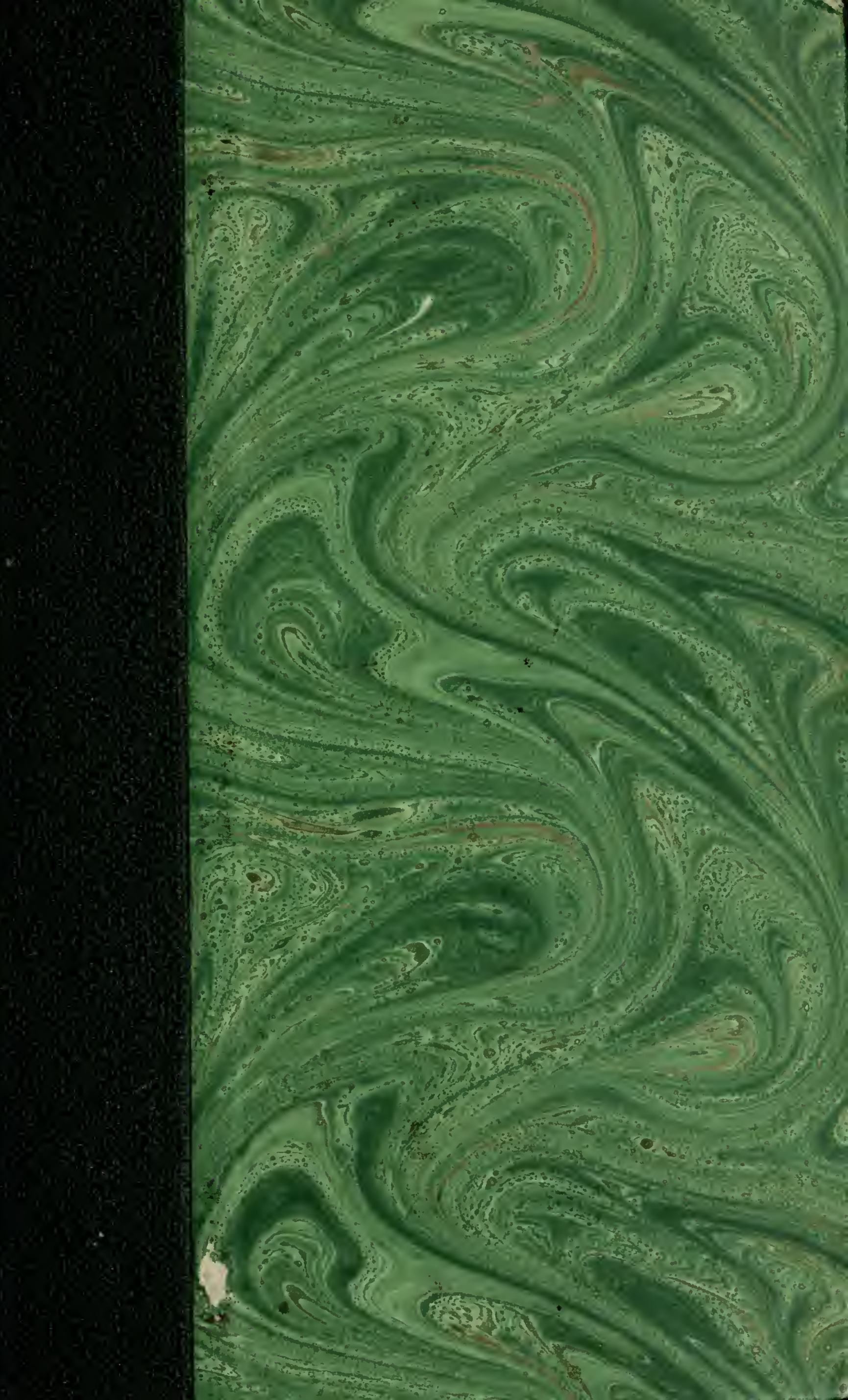
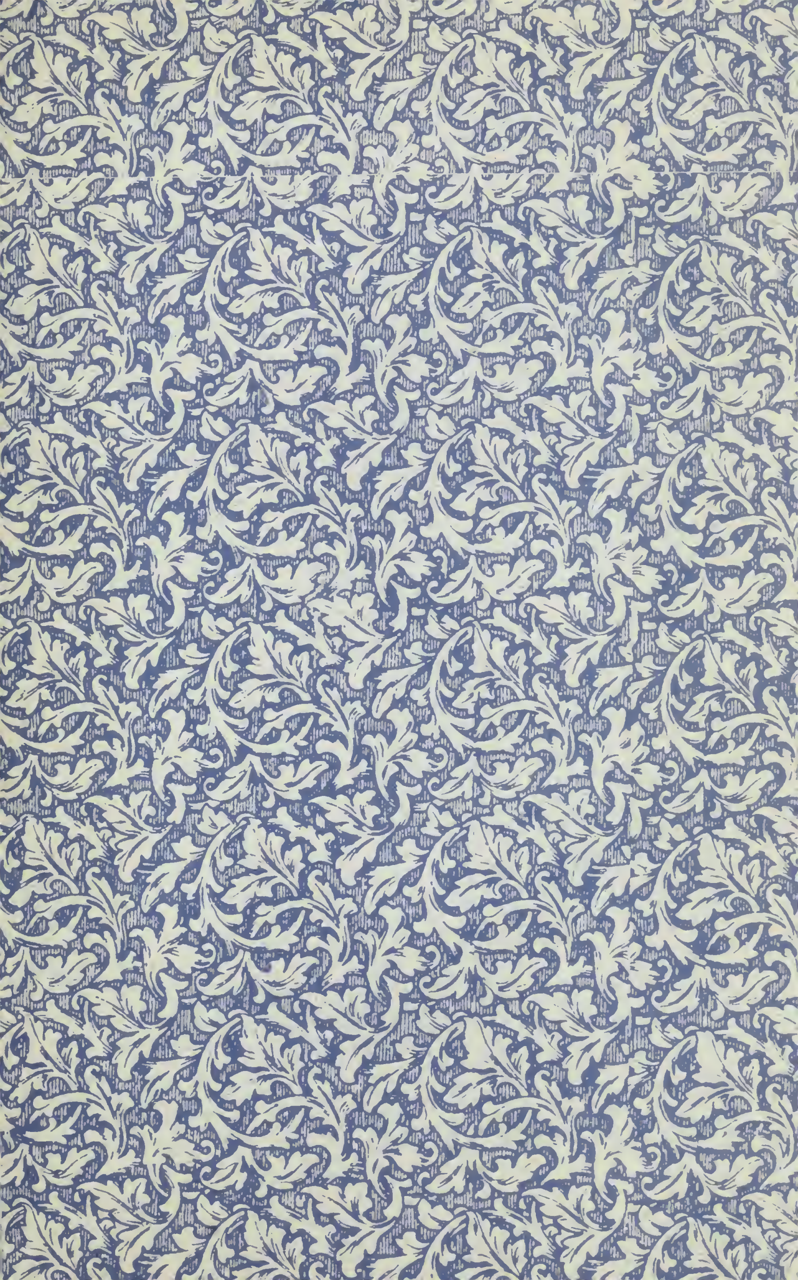



THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
1868



E. GÓMEZ CARRILLO

ROMERÍAS



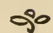
CASA EDITORIAL
GARNIER HERMANOS
PARÍS

Romerías



E. GÓMEZ CARRILLO

E. GÓMEZ CARRILLO



ROMERÍAS



PARÍS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

A MARCO M. AVELLANEDA

Homenaje de su amigo y admirador

E. G. C.

PRÓLOGO

Á principios del mes de junio de 1912, celebróse en París, en un restaurant del Bulevar, un banquete en honor de Gómez Carrillo que acababa de volver de Oriente. Más de doscientos literatos franceses, españoles y americanos, asistieron á aquella verdadera apoteosis del ilustre escritor. En el clásico momento del champagne y de los brindis, varias personas tomaron la palabra para expresar su entusiasmo por el festejado. El primero que habló, en nombre de su patria, fué el embajador de España señor Pérez Caballero cuyo talento de orador todo el mundo conoce y admira. Luego, en representación de los intelectuales hispanoamericanos pronunció el insigne argentino Marco M. Avellaneda, un discurso que es una verdadera joya de discreta elocuencia. Este discurso es el que á continuación publicanos como prólogo á la nueva obra de Gómez Carrillo. Dice así :

Amigo Gómez Carrillo : Hemos querido obligaros á hacer un alto en vuestra vida intensa y brillante. Mucho habéis sembrado, hace tiempo que venís arrojando semillas á manos llenas, á lo largo del camino. La mies dorada se yergue por encima de los surcos y es justo que os detengáis un momento y empecéis á recoger la espléndida cosecha. Por eso encontráis hombres venidos de todos los puntos del horizonte que se han dado cita alrededor de esta mesa, fraternizando en la admiración que á

todos nos inspira vuestro talento excepcional y vuestras gallardías caballerescas que saben retener fuertemente la mano que la simpatía pone entre las vuestras; y no faltan tampoco lindas damas, cuyas miradas hieren los corazones más certeramente que Eros con sus flechas de oro y que con sus sonrisas harán más inolvidable esta fiesta, en que se rinde homenaje al apasionado artista que ha consagrado lo mejor de su obra al culto de la belleza femenina y á confesar francamente esa seducción, esa fascinación que nos hace esclavos un día, un año, la vida entera. Sólo mi palabra quedará pálida, pero disculpadla, porque viniendo á ser como la pincelada gris y anodina que envuelve al cuadro, permitirá que resalten mejor el dibujo de las figuras y la luz del conjunto.

Aceptad este homenaje, desprendeos de vuestra estoica armadura, descansad un momento, dejando que las gratas emociones de esta fiesta se enseñoreen de vuestro corazón. ¡Tenéis bien ganado, bien merecido este solaz, este galardón! Yo sé bien la abundancia, la riqueza de vuestro talento, pero conozco también vuestra sinceridad de artista y sé, que cuando se concibe con amor, se procrea con dolor.

Abrid, pues, vuestro corazón, bebed hasta el fondo de la copa el vino generoso que nuestra amistad os ofrece, y no temáis el vértigo de sentiros triunfante, aquí, en este París, centro viviente del alma latina, irradiación del mundo; porque

viajero infatigable, peregrino ferviente, vuestra sensibilidad estética, vuestra inquietud imaginativa, os empuja, os arrastra, más allá del horizonte visible, más allá, hasta donde empieza la eternidad

Pero yo no quiero saludaros solamente triunfante en París — y perdóneseme esta expansión personal, — yo quiero saludar también al Gómez Carrillo, que surge en el huerto cercado de mis recuerdos juveniles, en donde recogí la primer flor, sorprendí el primer nido y se me presentó por vez primera la Mujer, radiante con el esplendor de todas las esperanzas y trayendo en los labios la promesa de un amor sin sombras y con alas; el Gómez Carrillo de «del Amor, del Dolor...» de «la Bohemia sentimental» que daba expresión rítmica á los vagos anhelos é indefinidas emociones de mi alma.

El escritor de «Jerusalén y Tierra Santa» *es el mismo que exaltaba y mecía mis fervores juveniles; la frase ha perdido algo de su molicie, las páginas son, sin duda, más fuertes, tienen sabor estival; pero la filiación no se ha borrado, y al leer las que evocan la tragedia que ha hecho brotar copiosa y dulce la fuente de las lágrimas, del que vistiendo carne mortal, fué varón de dolores y cargó con las miserias é injusticias de los hijos de los hombres, se ahuyenta de nuestra mente todo pensamiento profano y se hiela en los labios toda palabra que no sea una oración...*

Señores: Se cruzan en el mar dos emigraciones: una, que sale de Europa codiciosa de fortuna; otra, que viene de América para gastarla; hambre de fortuna que hace temblar los cuerpos, sed de ensueños, de lujo que estremece las almas! Los unos buscan teatro para su actividad, en esos espléndidos paisajes que asustan los ojos, en que la naturaleza americana conserva su salvaje y virginal grandeza, encerrando en un marco grandioso todo el dominio del Sol; del Sol que después de incendiar la pampa dilatada, que después de profanar el misterio de la selva impenetrable, termina su carrera entre ruidos que evocan tristezas, como de arpas que vibran al roce de los vientos, yendo á detenerse en las más altas cumbres del mundo; los otros, siguiendo el vuelo de la quimera de alas inquietas, vienen buscando el rayo de luz que reclama toda frente pensadora y lo encuentran aquí, en este ambiente de secular y exquisita cultura, en esta sociedad que gobiernan Poincaré y Leon Bourgeois (1), *en la que el Académico Deschanel preside la asamblea más tumultuaria, en la que Jaurès es trueno y Clemenceau fué rayo; en donde por las tardes puede escucharse á Jules Lemaitre oficiar de abogado del diablo en el proceso de la glorificación de Chateaubriand; á Maurice Barrés referir que el Greco fué acusado y sometido*

(1) Las personalidades mencionadas estaban presentes ó habian enviado su adhesión al banquete.

á un juicio canónico porque alargaba demasiado las alas de los ángeles; á Anatole France interesarse por la suerte de la República en China; á encantadoras poetisas como madama Catule Méndes, que cincelan versos como ellas, de alma noble y de cuerpo hermoso; en el Fígaro, *en ese* Fígaro *elegante y difundido, en que ha triunfado la energía y el idealismo de Eugenio Garzón, los argentinos podemos leer también el inventario inteligente y sincero que Jules Huret hace no sólo de lo que puede enorgullecernos, sino también de todo lo que debemos evitar y corregir; en el* Gaulois *donde el sutil espíritu de Tible Machado ha abierto una brecha que permite se deslicen el pensamiento y el interés latino americano; ambiente propicio á todos los encuentros nos da ocasión de aproximarnos á Max Nordau, que según un proverbio del Talmud, hace tiempo que es ya un astro, pues ha dicho muchas palabras bellas, que sirven de guía, muestran el camino á los demás; á críticos como Ernesto Lajeunesse, que liban miel y tienen aguijón á la manera de los abejas del Himeto; en este París, señores, que ayer Víctor Margueritte hacía notar, es siempre el de las universidades, del laboratorio de Pasteur, de las largas paciencias industriales, de la plata en las medias de lana, el París, que impone con soberanía indiscutida leyes y rumbos al pensamiento, al criterio, al gusto humanos!*

Hay, pues, una oferta y demanda de hombres, que

se buscan y se encuentran al través de los mares; no dejemos entregados los unos á las avideces económicas, abandonados los otros á las incoherencias del azar; que surja de este homenaje á Gómez Carrillo, como síntesis luminosa, para repetirla á los que van y á los que vienen, la advertencia de Renán; que todo lo que se hace sin el concurso de los atenienses está perdido para la gloria!

¡Hispanoamericanos! Acerquemos nuestros corazones y sentiremos retoñar la savia Ibérica, que existe latente en nosotros á la manera de la flor simbólica del loto que parece seguir las corrientes del agua y se mantiene, sin embargo, en el mismo sitio fuertemente retenida por su profunda raíz. No hemos arrojado al viento las cenizas del viejo hogar y, por el contrario, se acentúa, es cada día más íntima la comunión entre los que hablamos la rica y armoniosa lengua española.

Señor embajador de España — que reunís á vuestra alta representación diplomática, singulares prestigios personales — aceptad el saludo filial á nuestra madre patria y el voto que formulamos porque acreciente su rango y valimiento en la escena del mundo, que usó siempre noble y rumbosamente, desplegando una acción humanitaria, civilizadora.

Ahora, señoras y señores, brindemos por nuestro amigo Gómez Carrillo, deseándole lo único que puede desearse á un hombre de su talento y de su corazón — lo que no depende de su energía, lo que

escapa á su voluntad : una larga vida, para mayor gloria de su nombre y de las bellas letras.

MARCO M. AVELLANEDA.

París, junio 8-1912.

NOTAS DE ORIENTE

Á Francisco García Calderón

La Resurrección de Rodas

LA RESURRECCIÓN DE RODAS

En el más bello escenario del mundo acaba de representarse un acto nuevo de la tragedia que parecía terminada hace más de tres siglos. Los cristianos han arrebatado á los infieles la Isla de Rodas. Y esta sola noticia que los diarios de todos los países publican, nos hace vivir un instante en épocas tal vez no más grandes ni más heroicas que la nuestra, pero sí más suntuosas, más pintorescas, más teatrales. De sólo figurarme la sorpresa que los italianos deben haber sentido al penetrar vencedores en la vetusta ciudad de los caballeros, experimento como la impresión de asistir á un espectáculo de arte. ¡ Qué emociones tan profundas, en efecto, deben gozar los nuevos cruzados, en las vetustas y admirables calles de la ciudad que todos creían muerta para la cristiandad heroica y que sólo estaba dormida! Al ruido de las armas, los ecos de antiguas hazañas se despiertan en las criptas de los palacios. Las voces de ayer, contestan á las voces de

hoy. En las iglesias, que no habían abierto sus enormes puertas claveteadas durante siglos y siglos, un salmo se eleva que reanuda la tradición piadosa. Y los cristianos de la isla, que se creían abandonados eternamente entre las manos crueles de sus vencedores seculares, pregúntanse de fijo, frotándose los ojos, sino son el juguete de un ensueño admirable. Nosotros mismos, los que hemos pasado algunas horas ó algunos días en Malta sin poder ver los edificios de los cruzados sino por fuera, hemos creído á veces que nos hallábamos fuera, de la realidad, de tal modo todo lo que nos rodeaba parecíanos extraño y lejano. En el recinto de la población antigua cada casa conserva aun sus aspectos, sus líneas, sus rejas, sus escudos de armas. La calle de los Caballeros, en la cual ni una piedra ha sido cambiada, es la más pura maravilla arqueológica que existe en el universo. Grandiosa y severa con sus líneas algo secas, pero no sin armonía, conserva en su desolación y en su abandono una majestad emocionante. Los grandes edificios conventuales y los palacios de la maestranza alternan en ella con las casas solariegas de los barones cruzados. De trecho en trecho, colocado como para servir de puestos de vigías, destácase del alineamiento escueto de los muros de piedra, un mirador de madera labrada. Fuertes botareles unen en dos ó tres puntos las capillas de la izquierda con los monasterios de la derecha. El

gran Priorato de Francia, tan singularmente bello con su aspecto de mansión señorial y de fortaleza, ostenta sobre sus ventanas delicadísimas una crestería rudamente almenada. La *châtellenie* de una elegancia tal que más parece un monumento de alguna rica ciudad europea que de una plaza guerrera, abre sus amplios pórticos en lo alto de una escalera señorial junto al mesón de los españoles, hosco y escueto, está la cofradía de los alemanes, más ornada, y al lado del « lugar » de los venecianos, lleno de adornos bizantinos, aparece la casa de los portugueses, orgullosa hasta en los clavos de su portal.

— Todo esto está abandonado y desierto — me dijo al enseñarme la calle de los Caballeros hace seis meses un fraile francés.

Pero en seguida, corrigiendo su error, agregó :

— Todo menos el Palacio de la maestranza.

— ¿Quién habita en tan ilustre vivienda? — preguntóle.

— Venga usted y vea — contestóme.

Y fuimos... Y vimos..., ¡ oh ! cuadro siniestro y desgarrador, cuadro angustioso, ¡ cuánto más valiera no contemplarte nunca ! En la soberbia sala donde el maestre del orden de San Juan de Jerusalén recibía las visitas de los legados papales y de los embajadores imperiales, una docena de seres miserables, arrástranse penosamente murmurando palabras dolorosas y famélicas.

— Es la cárcel — me dijo un guía.

Algo más lejos otro palacio de los cruzados está convertido en cuerpo de guardia turco. Pero en general las antiguas mansiones se hallaban vacías, hasta que, ayer, los italianos como hijos y herederos de los caballeros decidieron hidalgamente ocuparlas.



El día que yo desembarqué en Rodas para llevar á cabo una piadosa peregrinación, un profesor italiano que dirigió una excursión de estudios por el Mediterráneo, explicaba á unos veinte bachilleres napolitanos, los fastos de la isla. Ante cada edificio ilustre el grupo estudioso deteníase para oir la docta palabra del maestro. Con una imparcialidad digna de servir de ejemplo á los que realizan viajes históricos, el profesor hacía notar que casi todo lo que constituye el tesoro artístico y legendario de la isla caballeresca es francés.

— ¿Y los griegos? — preguntóle uno de sus discípulos.

— De la época del esplendor helénico no queda nada — contestóle.

— ¿ Y el coloso? — interrogó otro.

— El verdadero coloso de Rodas — exclamó

el maestro — fué aquel magnífico señor de l'Isle Adam que supo, con un grupo de guerreros, hacer temblar al todopoderoso Solimán.

Y en seguida, con una elocuencia llena de sencillez, trazó un retrato palpitante de vida y de verdad del último gran maestre del orden de San Juan que poseyó la isla. Elegido para mandar las milicias cruzadas en el momento más trágico del siglo xvi, el sucesor de los Amboise y de los Aubusson tuvo desde un principio que luchar no sólo con sus francos adversarios de fuera, sino también con sus enemigos solapados de dentro. Su encumbramiento, en efecto, había herido á dos caballeros que se creían con tanto derecho como él á la maestranza : el gran prior de Inglaterra Thomas de Ocray y el gran prior de Castilla Andrés de Amaral. Este último, sobre todo, mostróse tan irritado, que cuando más tarde averiguóse que para vengarse de su vencedor había llegado hasta el punto de escribir al sultán de Turquía ofreciéndole su apoyo para realizar la conquista de la isla, nadie mostró la menor extrañeza. « Ya lo sabíamos » — se contentó con decir entristecido el gran maestre. Y sin tomar ninguna medida contra el traidor, comenzó á preparar la defensa de su fortaleza que Solimán había decidido atacar en persona con todas las fuerzas de su formidable armada y de su ejército invencible. En poco tiempo la ciudad de Rodas fué investida por fuerzas que

habrían bastado para conquistar Constantinopla. Del lado del mar, los turcos tenían hasta cien galeras capitaneadas por el famoso almirante Mustafá. Pero el grueso de las fuerzas estaba en tierra, donde el sultán mismo dirigía el tiro de cien cañones y las operaciones de más de cien mil infantes. Contra este ejército ¿qué contingentes podían los cristianos poner? El número de caballeros era exactamente de seiscientos y el de soldados no llegaba á cinco mil. El mundo entero, pues, daba por perdido aquel último baluarte europeo en Oriente. Pero Villiers de l'Isle Adam era de los que no dudan nunca de la victoria, ó, mejor dicho, de los que nunca piensan en la derrota. Con sus fuerzas insignificantes resistió meses y meses venciendo en cada combate mientras sólo se trataba de hacer proezas sobrehumanas y de pelear uno contra ciento. Pero llegó un día en que el sultán Solimán, viendo que más de la mitad de su ejército había sucumbido ante los muros siempre enhiestos, comprendió que sólo una traición podía librarle la plaza y recordó que el gran prior de Castilla se hallaba siempre al lado del gran maestre y estaba siempre dispuesto á venderlo. En el acto se establecieron relaciones secretas entre el sultán desesperado y el caballero envidioso. Un barón francés sorprendió un día al lacayo de Amaral, en el momento en que salía de la ciudad portador de un despacho secreto

para los turcos. El lacayo, sometido á la tortura, confesó. El prior, orgulloso y altivo, se dejó ajusticiar como traidor sin contestar siquiera á los cargos que se le hacían. « Hemos salvado el honor de la orden » — dijo Villiers de l'Isle Adam. Era todo lo que podía, después de tanto sacrificio, pretenderse. En la plaza, en efecto, no quedaban ya ni hombres, ni armas, ni municiones. El gran prior de Castilla, antes de ser desenmascarado, había hecho esconder en los subterráneos de su iglesia los últimos barriles de pólvora. El 22 de diciembre del año 1522, Rodas tuvo que capitular. Solimán concedió á los supervivientes los honores de la guerra, y al verlos embarcarse en unas cuantas galeras, no pudo menos de llorar ante el espectáculo de tanto heroísmo, de tanta nobleza.

Cuando el profesor italiano terminó su conferencia en honor del héroe francés, el fraile que servía de cicerone acercóse á él cortésmente y le dijo :

— Si es cierto que Villiers de l'Isle Adam fué compatriota mío, no puedo yo permitir que os olvidéis de que su predecesor, el glorioso Fabricio Carrelli, era compatriota de usted.

En efecto, los italianos que ahora ocupan la gloriosa ciudadela de Rodas pueden invocar, como creadores de su abolengo, á dos caballeros de su nación que ocuparon el trono de la maestranza. El primero fué aquel valeroso Juan Bau-

tista de los Ursinos, de noble familia romana, que tuvo la fortuna de preparar el reinado de Pierre d'Aubusson, y el segundo Fabricio Carretti que vió los primeros reflejos del astro de Solimán brillar en el horizonte turbado del Oriente. Pero en realidad, no es por estos dos príncipes por lo que el nombre italiano adquirió su esplendorosa fama, sino por el esfuerzo menos visible y más eficaz de muchísimos priores, de muchísimos caballeros y de muchísimos servidores de la orden que supieron, en los momentos difíciles, mostrarse heroicos y hábiles á un tiempo mismo.



Tan vivo está el recuerdo de los dos siglos durante los cuales los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén lucharon dentro del recinto de Rodas por conservar á la cristiandad el dominio del mar Mediterráneo, que ni siquiera piensa uno cuando se pasea por los senderos floridos de la isla en evocar los recuerdos que la ilustran dentro de la historia helénica. Y no obstante si hay en la mar Egea un lugar que gozara, en la antigüedad, de prestigio, es aquella maravillosa tierra rodiana que los latinos acaban de arrancar al dominio de los turcos. « Esposa del sol » — llamaban los atenienses á la ciudad y los

poetas pindáricos cantaban sus glorias, y sus bellezas, y sus triunfos con un entusiasmo que ninguna otra comarca del archipiélago inspiraba. « Largo tiempo — dice uno de sus panegiristas — la isla ha podido dormir voluptuosamente en un nido de rosas, respirando el aroma de su propio seno. El soplo del Asia la acaricia con dulce languidez y su corona gloriosa brilla en la apoteosis perfecta de su gloria. Poblada en un principio por los gigantes, ha sabido, empero, conservar una fuerza indomable y su despertar será el despertar de la amazona irritada ». Antes de este despertar épico, que fué uno de los que más admiración causó á la antigüedad, Rodas tuvo siglos de brillo feliz. Un pueblo de blancas estatuas poblaba sus boscajes profundos. Sus jardines eran los más bellos del mar Egeo. En sus veinte academias, las justas oratorias entre retóricos venidos de todas las metrópolis orientales, mantenían vivo en el pueblo el fuego de la elocuencia. Sus cortesanas tenían fama de ser tan bellas como las de Chipre y tan cultas como las de Corinto. En sus templos innumerables, los cortejos de efebos coronados de jazmines y de vírgenes apenas envueltas en velos áureos, hacían olvidar los esplendores de Atenas. Un gobierno que era al mismo tiempo patriarcal y refinado, conservaba una perfecta armonía en la vida pública. Es Salustio quien dice : « Los rodianos no han tenido nunca que quejarse de sus magistra-

dos ni de sus tribunales, donde el rico y el pobre juzgan y son juzgados conforme á las leyes más equitativas». Además del sentimiento de la justicia, los habitantes de la isla tenían el instinto del arte y la religión de la independencia. El coloso que dominaba la entrada del puerto principal y que los antiguos ponían entre las siete maravillas del mundo, era un símbolo en el cual el pueblo fiero y delicado ponía la imagen de su grandeza unida á la de su lujo. Sus pórticos llenos de estatuas y de frescos, sus templos lucientes de oro, sus fiestas perpetuas, sus jardines encantados, todo lo que constituía su belleza y su voluptuosidad, en una palabra, no la hacía olvidar sus arsenales y su educación enérgica, y su culto de la fuerza unida al heroísmo. La sibila había predicho en tiempos muy remotos que Rodas sería la señora del mar. Y la realidad daba en la época del apogeo helénico, razón á la sibila. « Mucho antes de la época en que Tito Livio celebra la superioridad de la marina rodiense, — dice Meursius — la rapidez de sus barcos, la experiencia de sus pilotos y la fuerza de sus remadores, dábala el primer lugar en el Mediterráneo. Un refrán antiguo dice « que cada rodiano puede solo conducir una galera y que para diez galeras sólo se necesitan diez rodianos ». Estos navegadores hicieron excursiones hasta las columnas de Hércules y fundaron colonias hasta en las entonces tan remotas tierras ibéri-

cas. Fuertes y orgullosos, creíanse invencibles á pesar de su reducido número, y cuando en 305 antes de nuestra era, Demetrio, el Soberbio, conquistador de Chipre, les declaró la guerra, hicieron prodigios de valor que causaron la admiración del universo entero. Por todo esto, Roma al apoderarse de Rodas declaró que nada podía serle tan grato como aquella noble presa.



Pero cuando uno llega en nuestros días ante las murallas del puerto admirable, no son aquellos recuerdos antiguos los que lo emocionan, sino los recuerdos más recientes de la época caballeresca. Y es que basta con contemplar desde el puente de un buque, como lo hacen los viajeros que van de Constantinopla á Beyrut, las fortificaciones de la ciudad de Villiers de l'Isle Adam, para que en el acto la imaginación se sienta transportada á la época de las maravillosas aventuras marítimas. Todo está ahí como el día en que los últimos cruzados vencidos por Solimán se embarcaron en las galeras de la cristiandad. Y uno espera ver surgir, entre las almenas de las enormes torres cuadradas que dominan el mar, las rudas siluetas de aquellos guerreros que vestían un hábito de fraile y que llevaban un mo-

rrión luminoso. La armoniosa muralla que encierra la ciudad es de una pureza de líneas que no se ve en ninguna ciudadela europea. En el fondo, entre las palmeras airosas y los altos cipreses, las cúpulas y los campanarios alzan sus masas venerables, que por fortuna ninguna vecindad arquitectónica moderna deshonra. Pero si todo es bello, si todo es venerable, si todo es evocador, la calle de los Caballeros lo es más que el resto. En esa desierta vía de piedra, el pasado conserva aun su grandeza admirable. Cuando uno llega hasta ahí después de haber recorrido mil callejuelas pintorescas, una impresión inolvidable se apodera del alma. Hay algo de religioso y algo de trágico en aquel sitio mudo, callado y dormido, en el que sólo los escudos de armas hablan. « Aquí fué el gran priorato de Castilla » — dice una puerta. « Aquí fué el de Inglaterra » — dice otra. « Aquí el de Italia » — dice una tercera : Luego, una más alta que las demás, exclama : « Aquí fué la maestranza ». Y por poco imaginativo que el viajero sea, los fantasmas soberbios de aquellos viejos grandes maestres de la orden, ante los cuales temblaba el Oriente musulmán, surgen, en severo cortejo, seguidos de sus comendadores, de sus priores, de sus caballeros. Y es Foulques de Villaret, el primero de todos, que supo, sin dinero, sin armas, casi sin soldados, conquistar la isla para que los cruzados que acababan de perder las

tierras de Judea pudieran establecer un baluarte cristiano en las inmediaciones de Siria. Y es Helión de Villeneuve, el amigo de los papas de Aviñón, el héroe sin miedo y sin tacha, que supo, en los momentos más graves y más difíciles, mostrarse de una serenidad sonriente que inspiraba confianza aun á los que desesperaban. Y es Dieudonné de Gozón, el más joven de todos, el más bello también, el legendario jinete que renovando los mitos antiguos venció á un monstruo que terrorizaba la isla con sus siete cabezas voraces. Y es Pedro de Cornillán, adalid de Provenza, trovador y marinero, que supo oponerse aun á la voluntad del papa y que murió de tristezas. Y es Rogerio de Pins, provenzal también, que tuvo que luchar contra los caballeros españoles, siempre rebeldes, y que fué vencido por la astucia del prior de Aragón. Y fué Raymundo Berenger que despertó á la orden de su sueño de paz y le hizo recordar que su misión era guerrear contra los infieles y no intrigar en los palacios. Y es Roberto de Juliac, á quien los cruzados fueran á buscar en el fondo de una abadía apacible á Francia, para lanzarlo en la tragedia de Oriente. Y fué Fernando de Heredia, gran prior de España, el viejo y fanático y codicioso Heredia á quien otro gran maestre había acusado de robarse los bienes de la orden y que el poder del papa defendía contra todas las justicias, el siniestro y cruel y heroico Heredia

cuya ambición no conocía límites y que soñó en conquistar todo el mundo bizantino. Y es Filiberto de Naillac el que luchó contra Bajazet y contra Tamerlán. Y fué Antonio de Fluvián, el catalán suntuoso y bondadoso que regaló sus tesoros á la orden y fundó hospitales en todas partes. Y son Juan Bonpar de Tastic, prior de Francia, y Santiago de Milli, prior de Auvernia, y Raimundo Zacosta, prior de Castilla, y Juan Bautista Ursino, prior de Italia. Y es Pierre d'Aubusson, el magnífico. Y es, en fin, el más grande de todos, el último de todos, Villiers de l'Isle Adam.



Entre las muchas ideas extraordinarias que ha hecho germinar en las imaginaciones novelescas la conquista de las islas del mar Egeo por los italianos, hay una que tal vez no parecía muy práctica á los hombres de gobierno, pero que no puede dejar de seducir á los artistas. Se trata, en efecto, nada menos que de restablecer la orden de San Juan de Jerusalén con todo su esplendor antiguo y aun con algo de su antiguo poder. « Puesto que la ocupación definitiva de Rodas por las fuerzas de un solo país acarrearían dificultades diplomáticas — dicen algunos — nada sería tan fácil como constituir una milicia

internacional que se encargue no sólo de administrar la isla, sino de conservar sus monumentos, sus tradiciones y sus recuerdos.» En principio, efectivamente, nada parece ser un obstáculo á la realización de esta bella idea. ¿No existe en Creta un gobierno protegido por las potencias? ¿No hay en el Líbano, una especie de independencia garantizada por los cónsules? Pues lo mismo podría hacerse en Rodas. « Pero eso sí — exclaman los partidarios del poético proyecto — ante todo y sobre todo, habrá que respetar el carácter arcaico y aristocrático de la orden conservándole sus usos, sus leyes y sus prerrogativas dentro del territorio rodiano ». Y agregan : « Esto constituiría como un instituto de nobles y caballerescas enseñanzas en nuestro siglo prosaico ». ¿Es esto posible? Sólo las cancillerías pueden decirlo, y probablemente dirán que no lo es. Porque no debemos perder de vista que la milicia cruzada era una fuerza armada para la guerra con todos los derechos de los beligerantes. Pero, en fin, aun suponiendo que sólo se les dejara á los nuevos caballeros el privilegio de gobernar en paz bajo la vigilancia de un comisario supremo nombrado por Italia, la isla encantada, ya sería un gran triunfo para el espíritu poético y legendario.

***

La primera ventaja, la más preciada de todas, sería, en caso de reconstitución de la orden de San Juan, la conservación integral y por decirlo así vivaz de los palacios admirables de la calle de los Caballeros. Una administración civil y laica, en efecto, no podría jamás, por muy buena voluntad que tuviera, resistir á la tentación de afectar los edificios históricos á servicios modernos. El crimen que los turcos han cometido convirtiendo lo maestranza en cárcel, las administraciones europeas lo repetirían en mayor escala, aprovechando los mesones más amplios y los prioratos más suntuosos para oficinas de correos, de telégrafos, de aduanas, de contribuciones y de enseñanza. El ejemplo inglés de Malta está ahí muy cerca para demostrarlo. Además, las ocupaciones europeas llevan siempre aparejadas un deseo de progreso que puede ser sagrado en regiones como la Cirenaica, como Marruecos, como Argelia, pero que en Rodas hace temblar. « La vida — dicen los gobiernos que á su modo son siempre futuristas, — la vida tiene sus crueles exigencias ». Y estas exigencias, crueles realmente, más que crueles criminales, llegan en ciertos casos ó sumergir islas llenas de templos sagrados, como la de Filac, en Egipto, para aumentar el caudal de las aguas de una exclusa.

— Los italianos — me diréis — son mucho más artistas que los ingleses.

Sin duda. Los italianos sienten como todos los

pueblos de abolengo latino, un amor religioso por lo que constituye el patrimonio glorioso del Mediterráneo. Sólo que el adelanto tiene exigencia ante las cuales el sentido estético se inclina por fuerza. Los palacios del Canale Grande de Venecia están ahí para decirlo.

Afortunadamente para Rodas, lo que su estado fuerte, activo y moderno no puede dejar de hacer, un gobierno arcaico tendría derecho á ignorarlo. Los caballeros de Rodas, dueños de la isla, no consentirían en que el comercio y la industria invadiesen las calles vetustas de la ciudad cruzada. Bastante espacio hay en el mundo para fábricas, para tiendas, para plantaciones, para oficinas, para muelles y para talleres, sin que sea necesario destruir su relicario venerable y admirable. Porque eso es, la antigua residencia de los Aubusson y los Villiers de l'Isle Adam : uno de los bellos relicarios del mundo. Y lo que resulta aun más extraño : un relicario intacto, en el que cada reliquia está inmaculada. Los turcos que las han poseído durante quinientos años, apenas las han tocado. Con sólo abrir las puertas cerradas, con sólo sacudir el polvo de los pavimentos y de los muros, con sólo arrancar las malas hierbas que crecen en los patios, bastaría para que la maravillosa ciudad del siglo XV apareciera en todo su esplendor discreto.

***

Por otra parte, no hay que figurarnos que la organización del gobierno de los caballeros fuera tan ridículo y tan odioso como parecen creerlo los historiadores jacobinos. Aun en la época de mayor decadencia para las cruzadas, cuando los últimos señores feudales negociaban con los duques de Venecia para repartirse de antemano el producto de los saqueos de Oriente, los compañeros de Helión de Villeneuve y de Raymundo Berenger, encerrados en su isla, no soñando sino en cultivar su ideal de heroísmo y de pureza de ánima, conservábanse inmaculados de todo interés bastardo. Las riquezas que Michelet les echó en cara, no eran fruto de pillajes de iglesias ó de palacios de Bizancio, como las de los almugávares y como las de los capitanes de Balduino de Flandes, sino don del papa y del rey de Francia, que al apoderarse de los bienes de los templarios, habían creído hábil dar una parte del botín á los hospitalarios. Pero estas mismas riquezas adquiridas tarde, no fueron nunca vistas con buenos ojos por los grandes maestres, que comprendían que si el oro es instrumento de poderío también lo es de disolución. Sin las tentaciones de los bienes de la orden, en efecto, las luchas de Fernando de Heredia contra la autoridad del capítulo y de la maestranza. « Hubiera sido de desearse — dice Verlot hablando de aquel estupendo señor de presa — que ó no entrara en la orden ó que al entrar se despojara

de la avaricia y de la codicia humanas.» Durante años y años, en efecto, el gran prior de Aragón, que era omnipotente en el ánimo de Inocencio VI, no pensó sino en amontonar riquezas sin pararse en los medios : desoyendo las censuras de su superior, hízose dar por el pontífice de Aviñón, además del priorato de Castilla y el de San Gil, que eran los más pingües de aquella época, multitud de comanderías, de feudos y de abadías. Más poderoso era que el gran maestre y con su riqueza crecía su insolencia hasta el punto de que Rogers de Pins lo declaró solemnemente indigno de llevar el hábito de los caballeros de San Juan. Y sin embargo, en el fondo de aquella alma ávida y altanera había una nobleza y una magnanimidad extraordinarias, como lo comprendieron todos más tarde. Elegido gran maestre por intrigas papales, en efecto, Heredia, ya muy viejo, cambió por completo de la noche á la mañana. En vez de pensar en aumentar sus tesoros, lo que le habría sido muy fácil á la sazón, consagróse de un modo absoluto á la guerra santa. En el sitio de Patrás, su arrojo dejó pasmados á los caballeros. « Á la edad en que los hombres apenas pueden ya andar — dice un cronista — fué el primero en escalar las murallas dando así el ejemplo del asalto». Ya en la plaza, encontrándose cara á cara con el bajá que mandaba las fuerzas turcas, cortólo la cabeza de un mandoble y subióse á una torre para ense-

ñarla á los soldados infieles, que huyeron llenos de espanto al ver á aquel hombre. Y si en el triunfo es épico, en la adversidad es sublime. Cuando cayó prisionero en la toma de Corinto, tres grandes priores se ofrecieron en su lugar y los turcos aceptaron el cambio. Pero Fernando de Heredia opúsose á aquella operación diciendo : « Dejad á un anciano que ya es inútil morir en la esclavitud, y conservad vuestra juvenil independencia para servir nuestra causa ». Luego, cuando el sultán fijó lo suma de su rescate, opúsose á que el tesoro de la orden lo pagara y pidió á su familia que vendiera sus tierras para obtener su libertad. Aquel hombre que fué sin embargo el menos caballero entre los caballeros, según la opinión de los que lo conocieron joven, y sólo el ejemplo de sus compañeros de armas hizo de él un dechado de virtudes en los últimos años de su vida.



Todo, en la organización de la orden de San Juan, estaba hecho para desarrollar en el alma de los hospitalarios, el heroísmo, el espíritu de sacrificio y el sentimiento del honor. Creada en el siglo XI para curar á los enfermos, la caballeresca institución comenzó por no exigir de sus miembros sino los votos de pureza, de pobreza y de

obediencia. Pero á la muerte del fundador, el segundo gran maestre Raymundo del Puy, que era más guerrero que enfermero, agregó el voto de combatir contra los infieles á los tres primeros votos. « Para conservar el espíritu que el venerable Gerardo Tunc dió á nuestra sociedad — dijo — dividiremos nuestras fuerzas en tres partes : la primera, que será de limosneros; la segunda, que será de sirvientes para nuestros hospitales; la tercera que será de caballeros para llevar la espada sobre el hábito religioso. » Inútil es recordar que esta tercera categoría fué la que más atracción ejerció desde un principio en el ánimo de la juventud de toda la cristiandad. De Francia, sobre todo, acudieron por millares los mancebos aventureros para guerrear en las galeras hospitalarias. « Cada día llegaban á los santos lugares legiones de cadetes de Auvernia, de Provenza y de Borgoña — dice un cronista — pidiendo que se les aceptara en la orden por dura que fuera la disciplina. » Para ser aceptado, eran, no obstante, necesarios muchos requisitos de estirpe, de carácter y de constitución. « Queremos — escribió el primer gran maestre — que de cada uno de nosotros pueda conocerse la vida, las costumbres, las dotes personales y el abolengo. » Una vez su nobleza de nombre y de armas probada, el novicio pronunciaba con las manos puestas sobre los Evangelios, la fórmula sacramental, á saber : « Hago votos y prometo á Dios

todopoderoso, á la bienaventurada Virgen María y al señor San Juan Bautista, de obedecer siempre, con la ayuda celestial, al superior que me sea designado por Dios y por nuestra orden; de vivir sin poseer nada; de ser puro y casto.» Las leyes que regían la comunidad eran severas pero no opresivas. Lo primero en que pensaban los legisladores hospitalarios, era en resguardar la dignidad de cada uno y la fraternidad de todos. Para juzgar á un caballero, convocábase á toda la orden para que presenciara el juicio que instruían los jueces. Una vez la sentencia pronunciada, los mismos jueces imploraban la clemencia del gran maestre y de los caballeros. El mayor crimen era el de infamia ó felonía, que se castigaba con prisión perpetua y del que ninguna clemencia podía redimir. Para las faltas menores, sobre todo para las que eran cometidas por jóvenes, el consejo mostrábase por lo general piadoso, y una vez el perdón concedido nadie tenía derecho á recordar el delito. Los poderes del gran maestre, que en apariencia eran absolutos, en realidad estaban limitados por el consejo en la vida corriente y por el capítulo general en los asuntos graves. Para cada nacionalidad, había un gran prior y las nacionalidades eran, á saber : de Provenza, de Auvernia, de Francia, de Italia, de Aragón, de Alemania, de Inglaterra, de Castilla y de Portugal. Los grandes priores, unidos á los jueces, al mariscal, al gran comen-

dador, al hospitalero y al turcopoliero, formaban el consejo. Una gran cordialidad unida á una perfecta cortesía reinaban en la existencia ordinaria de la ciudad.

* * *

Y si la caballería, en Rodas, constituía un gobierno ideal para la época — y tal vez para todas las épocas — el caballero representaba — ¿y por qué no decir que siempre representa? — el tipo casi perfecto de la humanidad masculina. Sin idealizarlo como los antiguos novelistas que enloquecieron al bueno de don Quijote y sin exaltarlo como Chateaubriand, siempre se le puede presentar como un ser en quien ninguno de los defectos que hacen á los hombres odiosos pudo jamás cebarse. Las máximas que les servían de líneas de conducta, son y serán siempre la suma y el compendio de las virtudes que más nos complacería reconocer en nuestros hijos. Servid á Dios — dice el manual del perfecto caballero; — sed suave y cortés para con todo el mundo, alejando de vuestro ánimo el orgullo; no seáis adulador, ni delator, porque los que lo son no llegan nunca á la perfección; sed leal en hechos y en palabras; cumplid siempre lo que ofrecéis; socorred á los pobres y á los débiles. En

cuanto al arrojo, ni siquiera lo menciona el consejero de neófitos. ¿Cómo suponer, en efecto, que quien se consagraba abnegadamente al servicio de Dios y de los hombres pudiera carecer de heroísmo? Saber morir en las batallas defendiendo la cruz ó la patria, era, en otros siglos, cualidad de todo ser bien nacido. Lo meritorio era tener al mismo tiempo el espíritu de bondad, de galantería, de desinterés, de modestia y de sacrificio. « Lo que había de más admirable en el espíritu de aquella institución — dice Michaud — era el completo don de sí mismo y la lealtad que hacía un deber para cada guerrero de olvidar su propia gloria para no publicar sino los hechos meritorios de sus compañeros. El esfuerzo de cada caballero constituía su bien, y el que lo ocultaba era raptor de un bien ajeno. Un historiador de las cruzadas nos ofrece un ejemplo singular de esta virtud que no es justamente la humildad sino algo que puede llamarse el pudor de la gloria, cuando nos presentó á Tancredo deteniéndose en el campo de batalla y haciendo jurar á su escudero que guardara el secreto de sus hazañas. La mayor injuria que se podía hacer á un caballero era acusarlo de mentir. La falta á la palabra empeñada y el perjuro pasaban por crímenes vergonzosos cuando el inocente oprimido apelaba al apoyo de un caballero desgraciado del que no respondía al llamamiento. El oprobio era el castigo de cualquier ofensa al

débil, ó al desvalido, ó al desarmado. El espíritu caballeresco mantenía vivo en el alma de los hombres los sentimientos generosos y viriles». Ahora bien ¿encontráis en todo esto algo que no os sería grato ver hoy en un amigo muy querido? Pues eso no es todo. Además de las virtudes de que habla Michaud, tenían los caballeros, cuando no hacían como los de San Juan profesión de celibato, un respeto tal por la mujer, que ni aun el más rendido cortesano de nuestra época puede comprenderlo. La divisa « Dios y las damas » que pareció á Ruskin la más bella frase del mundo, no resultaba una vana galantería. « Nada puedo decidir sin la reina que es mi dama » — decía Luis de Francia cuando al caer prisionero de los infieles recibió las primeras proposiciones de libertad de los sudanes de Egipto. Antes de los torneos los heraldos clamaban : « Ay de aquel que olvide las promesas que ha hecho á su Dios, á su nación ó á su amor ! ¡ Ay de quien traiciona su fe, su rey ó su dama ! »



¿No creéis que verdaderamente bien valdría la pena de reconstituir, aunque no fuese sino como una reliquia viva de la gran religión del honor, una institución que así comprendía la existencia,

para confiarle el gobierno de la isla venturosa donde tan bellamente floreció antaño? En las universidades se conserva el estudio de las lenguas muertas y de las ciencias muertas. ¿Por qué no establecer, así mismo, una especie de conservatorio de las magníficas virtudes de otros tiempos, devolviendo á un grupo de caballeros de todos los países del mundo los palacios blasonados de Rodas? El obscuro periodista italiano que ha lanzado á los cuatro vientos la idea novelesca, no ha creído tal vez hacer sino una ingeniosa paradoja. En realidad hay algo más en su proyecto : hay una bella aspiración que representa muy bien el renacimiento del espíritu tradicionalista que ahora comienza á notarse en Europa. Un experimento bastaría para demostrarlo, pues es seguro que apenas se iniciara la resurrección de la orden de San Juan con fines modernizados, civilización y de exploración en tierras africanas, los cadetes, lo mismo que antaño, acudirían de todas las naciones.

Alguien me hace notar que la Orden de San Juan de Jerusalén convertida en orden de Malta, existe siempre.

Es cierto. Gracias al prestigio religioso de los hospitalarios aun hay, en Roma, un Gran Maestre que goza de honores platónicos de soberano y ante el cual los emperadores de Rusia y de Austria tenían hasta hace poco acreditados sus embajadores. El número de caballeros de Malta,

sin ser extraordinario, es todavía bastante grande para que el genial y aventurero cardenal Lavigerie pensase, al principio de su conquista espiritual del África, en aprovechar sus fuerzas, reorganizando su poderío militar. Pero tal como hoy vegeta no es sino un fantasma. Que se le dé Rodas como lo dicen algunos, y tal vez lo veremos florecer de nuevo.



¿Me decís que todo esto no es sino un sueño?

Puede ser.

Pero en todo caso no me neguéis que es un bello sueño. Y muy á menudo los sueños de hoy son las realidades de mañana...

Un Monasterio Milenario

UN MONASTERIO MILENARIO

(Mar-Sabas, Palestina.)

Por mucho que las fotografías nos hayan familiarizado con el extraño espectáculo de San Sabas, la sensación que uno experimenta al encontrarse frente al convento, en los barrancos del Cedrón, en medio del desierto de Judea, es uno de los más extraños que se pueden imaginar. « No hay medio de dar una idea exacta de su arquitectura », dice Saulcy. Y realmente no sólo no hay medio de dar una idea de su arquitectura, si esto puede en vigor llamarse así, no sólo no hay medio de comprender el misterio de sus líneas, sino que apenas logra el peregrino explicarse su equilibrio en este flanco de un precipicio. Desde lejos los singulares balconcillos de cañas y de palmas colgados como nidos de águila en las asperidades perpendiculares de la roca, sorprenden. ¿Quién ha podido tener la fantasía de crear esta aldea aérea? — se pregunta uno. — ¿Quién ha realizado el milagro de llegar hasta ahí para construir esas chozas suspendidas en

el vacío? El recuerdo del célebre monasterio de San Jorge embutido en plena roca en un desfiladero de vértigo, acude á la memoria cual una pesadilla. Lo mismo que allá en las inmediaciones de Jericó, en efecto, aquí en Mar-Saba, en este lugar de desolación, de sed, de mirajes y de fiebres, sólo la idea de una sublime locura mística puede explicar la existencia del convento. Desde hace exactamente quince siglos, todo un pueblo de cenobitas vive en estas rocas, en estas grutas, bajo este cielo. Desde hace quince siglos, el sol de fuego ve á las mismas horas en los mismos lugares las sombras arrodilladas ante las mismas piedras... Desde hace quince siglos el eco del desierto repite estas mismas frases.

« El esfuerzo común de los monjes avivado por el miedo de que los árabes profanen las santas reliquias, ha elevado, á través de las edades, los muros y las torres que encierran el claustro y la iglesia. Pero dentro de este recinto petrificado, el verdadero cenobio sigue siendo un amontonamiento ó mejor dicho un laberinto de celdas de trogloditas.

— Tal cual vemos esta gruta, así era cuando el santo fundador de nuestro convento lo habitaba — dicen los frailes.

Un sendero suspendido en el abismo conduce á la celda venerable de San Sabas, que aun continúa abierta, sin puertas, para que los leones puedan venir, como en otro tiempo, á dormir

al lado de los santos... Sólo que ahora ya no hay, en Judea, ni leones ni santos. Los monjes griegos que ocupan el cenobio milenario, son como sus rivales los franciscanos, grandes disputadores y grandes acaparadores para los cuales la inocencia primitiva de los solitarios del desierto es una virtud perdida. Lo único que aun conservan, como homenaje al alma seráfica de su dulce patrón, es el amor de los pájaros que viven en las grietas de las rocas y que acuden todas las mañanas á comer en los platos del refectorio. El aspecto mismo de Mar-Saba, antaño hosco infinitamente, ha cambiado en estos últimos tiempos, pues los higúmenos del convento han hecho traer tierra vegetal del oasis del Jordán para plantar algunas hortalizas en jardincillos que son, entre las desoladas soledades, extrañas y macabras, como flores en la cabellera de una momia.

— Si tuviéramos aguas en abundancia — me dice el monje que me acompaña, — convertiríamos todas las inmediaciones en un vergel. Por desgracia no poseemos sino el manantial que San Sabas hizo brotar con sus oraciones, para que sus compañeros no se muriesen de sed.



¡Extraña y encantadora figura la del viejo

taumaturgo de Capadocia ! En un vetusto pergamino leo su vida, mientras los monjes celebran sus oficios de la tarde. Mi guía, echado en una tarima de la torre conventual, hace una siesta bien ganada. El silencio es completo. Por una ventana alta y estrecha, distínguese la tierra seca é incendiada. Las palomas y los mirlos se inmovilizan en los balconcillos rústicos, con un sopor de canícula. La paz es absoluta. Y poco á poco, de entre las amarillentas páginas de mi infolio, la imagen patriarcal surge, nimbada de humildad, embellecida de pobreza, beatificada de inocencia. Cuando Sabas abandonó su Mutalasca natal para visitar los lugares santos, era un mozalbete robusto que aun no contaba diez y ocho años. Más que Jerusalén mismo, deseaba conocer las comunidades famosísimas en las cuales los ilustres cenobitas llevaban una existencia de perpetua penitencia bajo la dirección espiritual de Eutimio, de Teoctistes y de Elpidio. Como peregrino, pasó algunos meses en el monasterio de Pasarión haciendo la vida de los austeros monjes. « Para un mozo como tú — díjole un día el superior — nuestra regla debe ser demasiado severa. » Sabas contestóle modestamente, que se hallaba muy á gusto bajo su santa dirección. Pero poco después, habiendo oído decir que la regla de San Eutimio era mucho más rígida que la de Pasarión, abandonó este convento y pidió que lo aceptaran en el otro. San Eutimio trató

primero de disuadirlo. « Nuestra vida — díjole — nos conviene á nosotros que somos viejos y que no tenemos temores de muerte ni de fatiga. Mas los jóvenes como tú, no pueden acostumbrarse á nuestro ayuno, á nuestro silencio, á nuestras penitencias. » Luego, vencido por las súplicas ardientes del nuevo religioso, hízolo aceptar, como novicio, en el « lauro » de Teoctistes, donde se distiguió en seguida por su espíritu de sacrificio y de humanidad. Para probar que se creía el último de todos, servía de criado á los leñadores y pedía á los arrieros que le permitieran llevar la misma carga que un camello. Un día San Eutimio llamólo á su celda y le dijo : « Hace diez años que eres novicio y aun no me has pedido que te acepte de un modo definitivo ». El pobre monje creyó que su superior se burlaba de él. ¿Diez años aquellos breves días?... En su alma, apenas hubiera creído llevar diez meses de noviciado. « Diez años enteros » — repitió Eutimio. Entonces Sabas, arrodillándose, exclamó : « Padre mío todo bondadoso, un solo favor quiero pedirte y es que me permitas retirarme durante algún tiempo á una gruta apartada para ayunar en silencio y para trabajar con mis manos pecadoras ». En cuanto obtuvo esta autorización, internóse en el desierto y ahí vivió cinco años, sin ir á su monasterio sino para entregar cada semana los cestos de mimbres que tejía. Á la muerte de su santo protector, abandonó su primera caverna

y vino á esta cima del barranco del Cedrón en busca de una soledad absoluta. El sitio, entonces como ahora, era de una tristeza congojante. Todo el espacio que la vista abarca estaba cubierta de una tierra cenicienta. Ningún árbol elevaba su copa en la infinita soledad. Ningún sendero indicaba el camino de Belén ó de Jericó. Las fuentes mismas estaban tan alejadas que para llegar á la menos remota había que andar horas enteras entre los abrojos del barranco. El solitario escogió, para vivir, la caverna más elevada en el lugar más escarpado. Hoy mismo, á pesar de los peldaños labrados en la roca, resulta difícil llegar hasta aquí. En otro tiempo la ascención era un ejercicio temerario. Durante cinco años el santo vivió solo, sin hablar, casi sin comer, durmiendo unas pocas horas cada noche, orando sin cesar. Su fama de santidad extendióse poco á poco por la Judea. Algunos cenobitas acudieron atraídos por sus virtudes y se establecieron en las cavernas cercanas. La « laura » de San Sabas fundóse así, á pesar de la voluntad del santo que hubiera preferido continuar solo hasta el día de su muerte. Lo que no había hecho para sí mismo, lo hizo para sus discípulos. Orando á hurtadillas, hizo brotar un manantial para tener agua en abundancia. Luego edificó una capilla de cañas y de barro. Una tarde, cuando tenía ya cerca de setenta años, una anciana acercóse á su celda y arrodillándose ante él le dijo : « Hijo mío, yo soy

tu madre y quiero morir cerca de ti. Mi vida no será larga. He llegado al fin de mi jornada y siento que el soplo se apaga en mi pecho». El santo arrodillóse al lado de ella y sosteniendo su cabeza con sus manos piadosas, oró largo rato. Cuando la anciana murió, su fortuna, que era considerable, fué empleada en fundar hospitales y en agrandar el convento. La torre en la cual los cenobitas actuales me han alojado, data, según la tradición local, de aquella época de esplendor. Mas ¡ay! los monjes que en la pobreza habían vivido beatamente, apenas enriquecidos se rebelaron contra la autoridad de su jefe. Entonces Sabas, entristecido, pero no irritado, abandonó su monasterio y se retiró á un campo de las inmediaciones de Nicópolis en el cual no tuvo ni una caverna para defenderse contra la lluvia y contra el sol. Á su derredor otros anacoretas se agruparon. Una nueva comunidad nació al soplo de su santo ardor. Cuando el patriarca de Jerusalén se enteró de lo que pasaba en el desierto, ordenó á Sabas que volviera á su primera «laura» donde su presencia y su autoridad eran necesarias. Entonces, fué cuando el santo, al entrar en su celda, la encontró ocupada por un león que dormía. «Pobre animal» — dijo. Y después de orar largo rato quedóse dormido junto á él. Cuando se despertó, el león estaba á sus pies y le lamía las heridas que le habían causado los guijarros del camino. La noche siguiente, el león

acudió de nuevo á dormir en su celda. « Quédate, conmigo mientras quieras » — díjole el santo. El león continuó así durante más de un año, compartiendo el duro lecho y el duro pan del anacoreta. Ya casi centenario, oyendo decir que el emperador Justiniano estaba animado de una terrible indignación contra los cristianos de Palestina y que se preparaba á castigarlos de crímenes imaginarios, Sabas decidióse á emprender el largo viaje de Bizancio. « No sé si el basileus me recibirá — decía, — pero sé que sino me recibe moriré á la puerta de su palacio orando por él y por mis hermanos de Judea ». Justiniano, que conocía la santa historia del monje, acogiólo con veneración y lo escuchó arrodillado. Luego le dijo : « ¡ Que la paz sea contigo y con tus compañeros ! Vuelve á Palestina y llévate una suma importante que mi tesorero va á darte. Yo te progeré y protegeré á los que te rodean. — No necesito suma ninguna » — contestóle Sabas. Entonces Justiniano le dijo : « Dame tu bendición ». Y Sabas lo bendijo. Luego regresó á su monasterio donde murió beatamente.



Los monjes actuales no parecen tener una veneración muy profunda por el fundador de su convento. Tanta pobreza, tanta humildad,

tanta modestia, tanto desinterés, no se les antoja, sin duda, digno de un verdadero gran santo. Sin decirlo claramente, todos ellos murmuran, entre flores de retórica mística : « Sin duda, sin duda, el patriarca Sabas fué un buen hombre lleno de fe y de bondad... sin duda fué un piadoso ejemplo de renunciamiento y de perfección espiritual... sin duda su vida es un espejo sin mancha... Pero entre nuestros predecesores tenemos algo más digno de admiración y de respeto, puesto que San Juan Damasceno, el magno poeta, fué nuestro hermano.

Á cada paso, en efecto, el fraile que me guía por estos laberintos me hace notar las huellas del doctor de Damasco.

— Esta es la capilla de San Juan... Esta es la celda de San Juan... Este es el banco de San Juan... Esta es la terraza de San Juan...

En la biblioteca misma, cuando tomé el viejo infolio que refiere la vida del santo Sabas y de su compañero el león, mi buen cicerone hubiera preferido verme escoger una de las numerosas ediciones del *Poema de la Transfiguración*, de San Juan Damasceno, que figuran en los estantes.

— Tenemos una traducción francesa — díjome enseñándome el tomo de la obra sobre el Tabor del Padre Bernabé, en la cual figura la versión famosa hecha por el reverendo Juan de Santa Eulalia.

Pero yo, sordo á sus palabras tentadoras, preferí la compañía del viejo anacoreta primitivo, á la lírica presencia del orgulloso santo poeta.

***

Entre todos los conventos de Tierra Santa, ninguno ha conservado tan visiblemente, hasta puede decirse tan teatralmente como éste, las huellas de la antigua vida monástica oriental. En cada uno de sus rincones, las sombras de los anacoretas de los grandes siglos de penitencia, surgen envueltos en sus divinos harapos, con sus rostros lívidos y sus ojos de fuego. Las cavernas en las cuales vivían, silenciosos, sus vidas de perpetuo sacrificio, están todavía tales cual las dejaron al morir los Hilarios, los Serapios, los Pafnucios. Los monjes actuales, encerrados dentro del recinto de los muros del claustro, tienen celdas con balconcillos de ramas secas, y refectorios amplios, y capillas suntuosas, y bibliotecas con tesoros de sabiduría, y trajes nuevos. Pero basta con asomarse á una de las terrazas para que toda la vida actual del convento desaparezca y que, en su lugar, surja, maravillosa y austera, la antigua existencia de los « lauros » orientales. El mismo espectáculo de la naturaleza explica en gran parte la formación

del alma mística de los primeros siglos cristianos de la Judea. En esta soledad desoladora, bajo este cielo ardiente, la imaginación llega, poco á poco, á desarraigarse de la vida vulgar para no concebir sino una vida del espíritu. Nada habla aquí á los sentidos. La palmera plantada por San Sabas en uno de los desfiladeros del barranco, álzase, en el aire calcinado, como un esqueleto de árbol. En lontananza, ninguna habitación, nada de humano, nada más que la tierra, muerta de sed, brillando con sus reflejos cambiantes en las ondulaciones desiertas. Cuando pasa, á lo lejos, una caravana betlemita, los camellos escuálidos destácanse, en la inmensidad clara, con formas enormes y fantásticas, como bestias de ensueño. El silencio es tan grande, tan profundo, tan impresionante, que el simple vuelo de una paloma de las que anidan entre las rocas, produce una vibración en el espacio. Pero toda esta soledad y todo este silencio no existían para los cenobitas. Ellos tenían un mundo encantado en el cual las formas eran sublimes y las músicas celestiales. Ellos veían á Jesús, que andaba entre los guijarros sin herirse los divinos pies, y que se acercaba á las celdas de los más piadosos monjes para inspirarles beatas meditaciones... Ellos descubrían, entre los celajes vespertinos, legiones de bienaventurados que formaban, al pie del trono de la Virgen, un cortejo real... Ellos percibían, en fin, entre las sombras nocturnas,

los resplandores de los seres sobrenaturales cuyas virtudes son todopoderosas... No hay más que abrir un libro cualquiera de los que se amontonan en las librerías conventuales, para ver cuán natural era, para los cenobitas, lo sobrenatural. He aquí, entre otros muchos, los escritos de Catimpré y he aquí una de sus páginas abierta al azar: « Un día — dice — en que el hermano Enrique visitaba como provincial un convento del orden de Accon en Palestina, fué conducido como era costumbre, después de la comida, fuera del claustro para tomar algún solaz. Sentados en un lugar cómodo, hacia el oeste, los religiosos vieron al poco rato una nube que se elevaba á lo lejos; y esta nube se desvaneció y entonces vieron aparecer en su lugar una montaña considerable en cuya cima habia un castillo rodeado de muros y de torres. De aquel castillo un puente conducía á la tierra y en el puente veíase una multitud de caballeros y de peones que iban y venían ». Estas visiones cotidianas constituían al mismo tiempo la regla de vida y la fuente de inspiraciones de los cenobitas. Encerrados en sus celdas de roca, los santos hombres oían voces que les ordenaban lo que debían hacer. « Ve á Alejandría para salvar á la bella Thais del pecado » — dijeron las voces á Pafnucio. Otras veces las voces eran más exigentes y ordenaban á los solitarios que fueran á las ciudades donde había reyes heréticos, para convertirlos ó para obtener de ellos la

palma del martirio. San Jerónimo encontró en este desierto la fuerza de persuasión necesaria para obligar á Santa Paula á consagrar á Jesús la virginidad de su hija Eustoquia y obtener así el título de « suegra del Señor». Macario voló más alto aún, pues oyendo una voz que le ordenaba salvar á un hombre del peligro en que hallábase, salió de su cenobio y echó á andar por el campo, y al encontrarse con un campesino que acababa de ser enterrado, pensó que sin duda era aquel ser humano que se veía en gran peligro por haber muerto en estado de pecado. « Levántate» — le dijo. Y el muerto salió de su tumba. El único riesgo, entre taumaturgos, consiste en confundir la voz divina con la voz diabólica, como le sucedió á aquel pobre monje Valens, originario de esta misma región, y que tuvo en la Thebaida fama de santo. Su orgullo era tan grande, dicen los historiadores de su triste vida, que se figuraba estar siempre rodeado de Ángeles á quienes Dios les había confiado la misión de servirle de esclavos. Una noche, como la aguja con la cual cosía sus harapos se le perdiera en la arena, un querubín bajó del cielo con una antorcha en la mano para ayudarlo á buscarla. « ¿Por qué no comulgas?» — preguntóle cierto día uno de sus vecinos. — « Porque vivo en estado de gracia» — contestó Valens. Entonces el diablo rodeado de mil demonios que habían tomado apariencias angélicas, acudieron á la

caverna del cenobita orgulloso. El diablo habíase transfigurado, adoptando el aspecto de Nuestro Señor Jesucristo. Un ángel arrodillóse ante Valens y le dijo : « ¡ Oh ! santo entre los santos, nuestro Señor admira tu fe, tu constancia y tu libertad de conciencia. Helo aquí, que viene á abrazarte, para que conozcas su amor por ti. Acércate y arrodíllate ante su gloria». El fraile adelantóse hacia el diablo y se arrodilló y besó sus pies. Luego, encontrando á sus compañeros de penitencia y de religión, díjoles : « Yo soy el más grande de los santos y Jesús viene á visitarme». Los cenobitas, comprendiendo lo que había pasado, arrodilláronse para orar por aquel demoníaco que, perdiendo la humildad, había perdido todas sus virtudes.»

El fraile griego de alto birrete y de luenga cabellera, que me refiere la aventura de Valens en la terraza del convento de San Sabas, me asegura que su orden ha conservado casi intacta la regla primitiva.

— Vivimos como los fundadores del claustro, — murmura.

Pero en seguida agrega :

— Lo único que hemos rechazado es la antigua afición á lo maravilloso, que tantos peligros ofrece.

***

En vez de cultivar místicos mirajes, en efecto, los frailes actuales cultivan sus hortalizas. Un plan de lechugas es menos arriesgado que una visión. Mas cuando uno viene aquí con la cabeza llena de relatos fantásticos y de imágenes sobrenaturales, la tranquilidad algo burguesa de los cenobitas modernos desconcierta y entristece. Lo único que aun conserva su carácter arcaico en la hospitalidad que el claustro ofrece á los viajeros es el ceremonial de la recepción. Al llegar á la puerta hay que llamar á voces. Un monje aparece, entonces, en lo alto de una almena, y deja caer un cesto sostenido por una cuerda, en el cual hay que depositar la carta de recomendación que el superior de la orden da en Jerusalén. Al cabo de media hora el mismo monje aparece detrás de un postigo y examina atentamente al peregrino. Si el examen es satisfactorio, una puertecilla baja se entreabre y el viajero puede entrar para descansar en el diván de una torre inexpugnable. Todo esto, que en otro tiempo tenía su razón de ser á causa de la rapacidad de las hordas beduínas, hoy no guarda más objeto que el de conservar las tradiciones pintorescas. Y, aunque el ceremonial es incómodo, yo lo aplaudo, pues nada me habría sido tan desagradable como entrar en este antro milenario cual en una de esas « casas nuovas » en las cuales los franciscanos ejercen su industria de hosteleros místicos. El gran Chateaubriand, que fué un

épico « meteur en scène » de su propia vida, no contento con la realidad ordinaria, quiso, para poner su visita á la altura del sitio, penetrar trágicamente en el primer patio de San Sabas. Hay que leer en el *Itinerario* la página escrita aquí por el gran poeta para comprender cómo un paisaje terrible inspira siempre invenciones terribles. Escoltado por un jefe betlemita y veinte árabes armados, el altivo vizconde se acercaba, una mañana de otoño, hace cerca de un siglo, á las puertas del monasterio. El panorama estupendo de la montaña desnuda llenaba de exaltación su alma romántica. Las torres almenadas y los paredones hoscos le sugerían ensueños patéticos. De pronto, la Providencia hizo surgir de entre las cenizas del desierto una horda de beduínos que se precipitó contra los betlemitas. Los frailes griegos abrieron las puertas para que el ilustre romero pudiera escapar al ataque de los salteadores nómadas. « Nous nous précipitâmes tous pêle-mêle dans une cour — dice Chateaubriand — et la porte se referma sur nous. L'affaire devînt alors plus sérieuse : nous n'étions point dans l'intérieur d'un couvent; il y avait une autre cour à passer et la porte de cette cour n'était point ouverte. Nous étions renfermés dans un espace étroit, où nous nous blessions avec nos armes, et où nos chevaux, animés par le bruit, étaient devenus furieux Ali prétendit avoir détourné un coup de poi-

gnard qu'un Arabe me portait par derrière, et il montrait sa main ensanglantée». Hoy los que nos aventuramos por estas montañas no llevamos escolta ninguna, ni tememos ataques de ninguna clase.

— No hay memoria de ataques como el de M. de Chateaubriand, — me asegura mi guía.

Pero el fraile que me hace los honores del convento, pretende que los beduínos son siempre peligrosos, y que si los muros claustrales no fueran inexpugnables, muchas veces los monjes habrían sido víctimas del odio que los árabes tienen contra los cristianos. En una capilla obscura, un amontonamiento de calaveras amarillentas sirven para recordar á los actuales religiosos que entre sus predecesores hubo millares de mártires. « Es nuestra perpetua lección de prudencia » — murmura el sacristán. Y á fe mía, esta lección nadie parece dispuesto á olvidarla en el santo recinto. Para ir hasta la fuente, que se halla fuera de los muros, la empresa hace pensar en aquellas complicadas maniobras puestas en práctica por los defensores de los castillos medioevales en tiempo de guerra. Un desfile de negros monjes se organiza. Cada uno lleva una cuba. Un centinela sube á la más alta torre, para ver si no hay árabes nómadas en las inmediaciones. Cuando da el grito tranquilizador, una escalera de mano pone en comunicación el lugar de la fuente con el muro conventual. Cada

monje llena su cuba. En seguida la escalera se levanta y el aislamiento vuelve á ser absoluto.



De mi lugar de reposo, veo, desde ayer, con una emoción llena de congoja, los desfiles medrosos y solemnes. Los hábitos negros, los birretes negros y las barbas negras, impresionan profundamente en esta áspera soledad. La regla de San Basilio á la cual se someten siempre los frailes de San Sabas, los obliga á llevar una existencia que, sin ser la perpetua obra de penitencia de los cenobitas antiguos, tiene aún su belleza moral y su ascetismo impresionante. Muy frugales y muy devotos, logran, á fuerza de privaciones y de oración, adquirir esa palidez ebúrnea que tanto sorprende en los santos bizantinos. Sus ojos, en general negros, brillan como brasas en la lividez de la faz. Sus manos exangües se destacan sobre el luto de las vestiduras con una nitidez muy aristocrática. « Nuestra primera obligación — dicen los higumenos de la orden — es la pobreza más absoluta ». Y en verdad, estas palabras que en otros conventos griegos y latinos no son sino un escarnio, aquí, en esta soledad, en este abandono, en este retiro salvaje, suenan con una clara franqueza. Los mismos jardincillos

plantados en la tierra vegetal traída de Jericó, apenas producen algunas verduras raquíticas. El pan de cada día viene, como un maná, del cielo de la caridad lejana. Unas cuantas semanas de olvido bastarían para que todos los hijos de San Sabas se murieran de hambre ante la montaña impasible é implacable cuyo suelo no produce ni una mata seca para entretener las largas privaciones de los camellos.

Los cosmopolitas de Turquía

LOS COSMOPOLITAS DE TURQUIA

Esta gente que, hace seis años, aparecióme, en este mismo barco, en estos mismos mares, como la más heterogénea colección de seres pintorescos, hoy está desconocida. Ya no hay ni trajes suntuosos, ni turbantes blancos, ni túnicas negras, ni feces rojos. Hombres y mujeres están vestidos conforme á los últimos figurines de París. Y esto no es todo. ¡ Qué digo ! Esto no es nada. Lo que es mucho, es la cultura enteramente parisiense de que todos ellos hacen gala sin el menor esfuerzo. Á primera vista, se diría una sociedad francesa. Es necesario fijarse en sus perfiles de medallas fenicias, es preciso ver sus ojos negros en los cuales las melancolías y las esperanzas vienen asomadas á las pupilas, para descubrir su origen oriental. Pero fuera de los rasgos levantinos del rostro, nada es de ellos asiático. Como por encanto, en el espacio de pocos años, turcos, armenios, albaneses, árabes

y egipcios, han cambiado su modo exterior de ser de una manera radical y deliciosa.

— Aquel caballero de cabeza cana — me dice un médico que viene en el barco — es un banquero del Cairo, y las dos señoras vestidas de negro que están á su lado, son hijas suyas.

— ¿Y aquel joven pálido, que parecería tener veinte años si no estuviera calvo?

— Es un funcionario turco de alta categoría, un delegado del Comité de Unión y Progreso. Ahora viene de Atenas y va á Bagdad por Alep. Es uno de los que hicieron la Constitución, y si no me equivoco, es griego.

— ¿Y el otro, el que habla tan despacio?

— Ese es un armenio amigo de Clemenceau y de Barrés, un revolucionario de ayer, un gran burgués de hoy. Su mujer, la linda dama que se ha dormido leyendo, es egipcia, hija de un armador de Port-Said. Á bordo viene un oficial turco de ilustre familia, que está enamorado silenciosamente de ella, y que la sigue á través del mundo sin dirigirla nunca la palabra. La gente conoce esta historia y la comenta sin ironía.

— Pero, y el marido, ¿qué piensa de tal amor?

— ¡ Quién sabrá jamás lo que piensa un armenio ! Vea usted ese grupo de jóvenes que comenta con animación un detalle del mapa en que se marcan las millas andadas; todos son armenios, todos son revolucionarios, todos han estado en la cárcel, todos han sufrido en sus bienes y en sus

familias durante las matanzas turcas, y, sin embargo, todos viven en Constantinopla en una perfecta armonía con la gente del gobierno. Vaya usted á adivinar lo que hay en sus almas! Desde que existe una Constitución, las razas parecen reconciliadas. Oiga usted hablar á un griego de un armenio, á un turco de un albanés, á un macedonio de un búlgaro, y notará que, en el fondo, el odio existe siempre. Ahora mismo, vea usted cómo se aleja aquella señorita tan esbelta de aquel caballero tan bien peinado. Ella es hija de un bajá de Andrinópolis, de pura raza otomana, mientras él, aunque nacido también en Andrinópolis, es de raza bizantina y cristiana.

— ¿Y aquella familia?

— El padre es árabe, de Damasco, y la madre es de Jerusalén ó de Bayrut, de abolengo sirio de lo más puro. En cuanto á las hijas, se dicen parisienses porque han sido educadas por las Hermanas francesas de los conventos de Oriente. De vez en cuando, la mamá las dirige la palabra en su lengua natal, y ellas, medio indignadas, medio espantadas, le contestan en francés, diciéndola que no comprenden. Y, en realidad, no comprenden. ¡Hay tantas señoritas en el mismo caso! Hablar turco, las da vergüenza. Porque la gente de Oriente, con excepción de los griegos, tiene, á pesar de su patriotismo, un poquito de vergüenza de no ser occidental.

Todo esto debe ser cierto. El buen doctor del

barco es un filósofo que lleva veinte años observando la evolución de la cultura turca. Á su mesa se sientan, todos los días, las familias más distinguidas de Levante. Las damas turcas más veladas de rostro, no tienen para él, en los momentos de dolor y de angustia, ningún secreto. Sus cuerpos y sus almas, él las conoce.

— ¿Sabe usted en lo que más ha influído el nuevo modo de pensar? — me dice entre serio é irónico. — Pues en la estética femenina. Hoy ya las orientales no quieren ser gordas como las antiguas hurís de los harenes de Stambul. ¡ Ah, no ! Es necesario ser delgadas, delgadas cual las parisienses de las estampas. Mis colegas que ejercen en Constantinopla, me aseguran que lo primero que sus clientes les piden es una receta para adelgazar. En cuanto á los hombres, desde que abandonaron el fez rojo para adoptar el sombrero inglés, se figuran que no tienen nada que aprender en Europa. Con la inteligencia clarísima de que gozan, han aprendido á hablar francés admirablemente en pocos años. Además, han aprendido mil otras cosas. Y ya usted los ve; en sociedad parecen más ilustrados, más finos, más distinguidos que los « gentlemen » de Londres. Pero rasque usted la superficie, rasque usted...

Sin rascar nada, continúo asistiendo á las tertulias de á bordo en este buque que, por fortuna, no tiene piano. Y cada día me convenzo

más de que apenas hay en el mundo una raza tan fina, tan culta, tan delicada y tan agradable como ésta de Levante. Sin duda, aquí como en los hoteles del Cairo, como en las embajadas de Constantinopla, como en los Casinos de Smirna, no se ve sino la « élite ». Sin duda, bajo este barniz de refinamiento, aún queda la ferocidad del origen asiático. Sin duda, detrás de esta fraternidad se oculta una serie infinita de odios de casta, de religión, de nacionalismo y de fortuna. Pero todo eso no me importa, ó por lo menos, no me importa en este momento. Lo que admiro sin reservas es la « souplesse » con la cual gentes de veinte pueblos distintos han sabido, en muy poco tiempo, hacerse una cultura tan exquisita. Cerrando los ojos, me figuro, al oirles charlar, que no he salido de París. Es el mismo tono, ligero, agradable, lleno de suavidad y de cortesía, de las « causeries » francesas de mejor gusto. Con la facultad asombrosa de asimilación de que disponen, han tomado, al mismo tiempo que el idioma, el acento y el ingenio. ¡ Quién diría que estas veinte personas aquí reunidas y que tan escépticas parecen, son las que ensangrientan á cada momento, con sus odios fanáticos, el suelo del imperio otomano ! Los asuntos más graves, en sus labios gorjeantes, parecen fútiles motivos de amenas paradojas. La patria, la religión, el amor mismo, no los hace sino sonreir. Los griegos conquistados, parecen, en este

sentido, haber hecho la conquista de los turcos, imponiéndoles su frivolidad aparente y su honda cortesía.

El médico que me oye hablar así, se ríe de lo que llama mi inocencia psicológica.

— Mal observador es usted — exclama — si los cree completamente civilizados sólo porque charlan agradablemente. En primer lugar, esta sociedad cosmopolita es, en el vasto imperio del sultán, una minoría muy ínfima. Luego, la mitad de esta gente no se sirve de la cultura europea sino como de una máscara de moda. ¿Quiere usted que le cuente una anécdota divertida?

Y el buen doctor me refirió no una historieta vulgar, sino una triste aventura, que debe ser muy frecuente en esta tierra de orgullo y de fanatismo.

— Hace años — me dijo — conocí á bordo de uno de estos barcos á una dama turca muy bella, muy distinguida y muy elegante. Cada primavera hacía un viaje á Alejandría ó á Atenas, y figuraba en los salones cosmopolitas como una de las más lindas orientales. Su marido, compañero de Amed Riza, era un revolucionario activo, y vivía conspirando contra la tiranía del sultán rojo. Ella, hija de un banquero de Stambul, ostentaba un lujo digno de la más encopetada parisiense. Sus trajes venían de la rue de la Paix. En todos los bailes de Atenas y del Cairo, sus descotes eran célebres ¡ Ah, los hombros ebúr-

neos de la linda madama Saira !... ¡ Ah, los brazos de alabastro !... Y los viejos turcos que asistían con sus monteras rojas y sus levitones á las fiestas diplomáticas, dejando á sus esposas en el harén familiar, hacían gestos indignados cada vez que veían á su bella compatriota disputar la palma de la gloria mundana á las más desvergonzadas cristianas. Yo era el único que encontraba todo aquello natural, sin duda porque entonces me dejaba, como usted, engañar por las apariencias de estas reuniones de á bordo. Pero sucedió que un día, en Constantinopla, durante una larga escala, el marido de la bella vino á buscarme con urgencia para que viera á su mujer. Lo primero que me llamó la atención, fué notar que el interior de la casa de aquella dama era idéntico al de todas las turcas, con su división netamente marcada entre las habitaciones del marido, abiertas al primero que llega, y las habitaciones de la esposa, misteriosas y ocultas. Una gran melancolía reinaba en la sala donde la enferma me recibió, vestida de turca, tapada, humilde, medrosa. « ¿Ha cambiado usted de ideas? », preguntéla. « No », contestóme con las lágrimas en los ojos. Y luego me explicó que, si fuera de su casa y de su ciudad natal, por convicción, por sistema, su marido la obligaba á parecerse á las damas europeas, en su hogar tenía que vivir como todas las mujeres turcas. Pero esto no es lo peor. El terrible revolucionario

aquél era un gran religioso á la manera oriental, y tenía más supersticiones que un campesino kurdo; de modo que, para poder coordinar sus ideas políticas y su fe, había encontrado un medio, que era el de obligar á su pobre mitad á pagar con grandes penitencias sus terribles descotes. Aquellas penitencias, ordenadas por un imán fanático de Brusa, eran las que estaban matando á su pobre cliente.

El buen médico agregó :

— De una manera general, puede decirse que esta historia es la de todas las damas turcas que quieren parecer europeas. Sus maridos las dejan, por darse aires occidentales, que en los salones de Egipto ó de Europa ostenten una independencia absoluta. Pero en cuanto se encuentran solos con ellas en Turquía, las imponen de nuevo el yugo. En cuanto á las otras mujeres de Oriente que usted ve aquí reunidas, aunque no tienen que sufrir la tiranía de la ley musulmana, tampoco son europeas sino superficialmente. Las mismas griegas viven en una ignorancia absoluta. En los salones de Atenas verá usted que las mujeres se sientan siempre juntas y muy lejos de los hombres. La culpa no es, en el fondo, ni de la religión, ni de la cultura, sino de las pasiones. Un oriental, ya sea armenio, ya sea egipcio, ya sea turco, ya sea griego, no puede tolerar que los demás mortales contemplen libremente á sus mujeres. ¿Quiere usted hacer una apuesta? Pues

bien; acérquese usted á una de estas damas que tan parisienses le parecen, y mírela fijamente durante diez minutos. Ó mucho me equivoco, ó su padre y su marido se despojarán, en el acto de lo que tienen de civilizados, y harán ver que en el fondo no son sino salvajes, para quienes la mujer es una presa que nadie debe disputarles... Vamos, ¿quiere usted hacer la apuesta?

— No — contestéle.

Y es que me sería muy penoso, ahora que me he formado la idea de una sociedad oriental enteramente refinada y escéptica, sin resabios extraordinarios de barbarie y sin feroces fanatismos sociales, verme de pronto obligado á creer, como lo cree mi amigo el médico, que no hay en Oriente sino una careta de cultura, y que detrás de la sonrisa que aquí veo en todos estos rostros morenos, hay una mueca salvaje.

— Estos hombres — le digo — pueden haber conservado sus pasiones celosas y tiránicas, como estas mujeres pueden haber conservado su resignación pasiva. Pero eso no indica que no se hayan civilizado. Porque, en realidad, la civilización, la cultura, el refinamiento, no es sino un barniz suave, un manto sedeño. Aun en París, aun en Roma, aun en Londres, en cualquier emporio de exquisita sociabilidad, el individuo conserva siempre, bajo su cubierta de civilizado, un ser primitivo que vibra como una fiera.

Las grandes pasiones hacen, á veces, salir á

esas fieras de sus cavernas de cortesía y de escepticismo. Y, sin embargo, nadie dice que la civilización europea no sea sino una careta. Los orientales, tales cual hoy los veo, amables, gorjeantes, delicadamente hipócritas, superiormente instruídos, tienen ya todo lo que se necesita para constituir una sociedad muy moderna y muy europea.

— Y muy artificial — termina mi amigo.

Á bordo del *Niger*, el 21 de Octubre 1911.

El odio de los Turcos contra los Griegos

EL ODIO DE LOS TURCOS CONTRA LOS GRIEGOS

> Nuestros amigos los jóvenes turcos del Comité Unión y Progreso, que habían jurado morir antes que perder un nuevo jirón del imperio, no han hecho realmente nada por luchar contra Italia; pero en cambio, desde hace un mes, emplazan cañones en en nuestra frontera y amenazan nuestro prestigio. — X. Pappadias.

Los europeos, que oyen hablar desde hace tiempo de movilizaciones de fuerzas turcas en la frontera de Tesalia, se preguntan, algo perplejos, cuáles pueden ser, en estos momentos en que Atenas parece tan deseosa de paz, las razones de la Sublime Puerta en su actitud amenazadora. Y no encontrando respuesta mejor y más perentoria, exclaman :

— ¡ Es por Creta !

Pero, en realidad, no es por eso. Los otomanos saben que el problema cretense es un problema europeo que sólo las grandes potencias pueden resolver, sin que para ello pesen mucho las ambiciones helénicas ni las irritaciones turcas. Tampoco en el conflicto perpetuo de Macedonia pue-

den las armas turcas nada cuando amenazan á Grecia. « Esa es una cuestión europea », dice el rey Jorge. Pero lo que no es una cuestión europea, sino oriental, lo que representa en el espíritu de todos los pueblos del Levante un peligro de muerte, es la lenta, la continua, la tranquila expansión helénica en las tierras del antiguo imperio bizantino. Porque no hay duda de que cada día los griegos ganan una batalla en la gran lucha sin armas por la hegemonía de Oriente. Desde Egipto hasta Bulgaria, el griego domina con su habilidad, con su inteligencia, con su riqueza. Los Bancos son griegos. Las tiendas son griegas. Los hoteles son griegos. Los buques costeros son griegos. Y, lo que es más importante, ó por lo menos más transcendental, las escuelas en las cuales los niños otomanos aprender á leer, son también griegas.

Ahora bien, es contra todo esto contra lo que movilizan los grandes señores de Constantinopla, cada vez que las circunstancias se prestan á un movimiento de tropas.

¿Me decís que es absurda semejante conducta, puesto que nada puede un Cuerpo de ejército en Tesalia contra las dispersas fuerzas pacíficas del helenismo? No lo creen así los Jóvenes Turcos, que desde que disponen del poder apenas descansan en su política de amenazas contra Grecia.

« Mientras más democrático sea nuestro régi-

men — dice un escritor de Constantinopla — más grande será el deseo del gobierno de humillar á Grecia.» Y esto que parece mentira, cuando se piensa que el helenismo representa en todo el Oriente la cultura liberal, se explica al ver que los otomanos, como los armenios, como los árabes, como los albaneses, como los judíos, se ven, en todos los terrenos de la actividad, suplantados por los griegos. La antigua frase de los compañeros de Capo d'Istria, que reza : « Todo el Oriente será de nuevo bizantino», y que tanto hacía reir á principios del siglo XIX, va convirtiéndose en una realidad. Este mismo año, en un informe diplomático, un ministro residente en una ciudad balkánica decía :

«Desde hace mucho tiempo circula un libro, guía del helenismo, que se encuentra en todas las ciudades orientales, y que está considerado como el anuario de la raza. Dividido en dos partes, una francesa y otra griega, este anuario se halla en todos los cafés, hoteles, tiendas, buques y escuelas. La parte francesa no contiene sino datos estadísticos sobre el desarrollo del comercio helénico. En cambio, la parte griega está llena de alusiones al futuro triunfo del helenismo que, un día ú otro, conquistará el imperio entero, con Constantinopla como capital.»

Estas palabras, á las cuales los periódicos europeos les han dado una gran importancia por haber sido escritas por un diplomático, ya todos

los que han escrito sobre Atenas las habían antes pronunciado. Porque no hay, realmente, medio de pasar un par de semanas al pie del Acrópolis, sin notar que, desde el más ilustre hasta el más humilde de los súbditos del rey Jorge, todos están convencidos de que el día de la reconstrucción del gran edificio bizantino se acerca. Yo mismo creo haber recordado, hace cuatro años, cuando vine por primera vez á Atenas, la historia de la última misa de Santa Sofía. Según la tradición popular, el día en que los turcos entraron triunfantes en Bizancio, lo primero que hicieron fué profanar la santa catedral del imperio. Una horda ebria de sangre penetró en el templo, encabezada por un bajá, en el momento mismo en que el patriarca comenzaba á celebrar la misa. « ¡ Á muerte ! ¡ Á muerte ! », vociferaron todos los invasores. Y el bajá, en persona, acercóse al altar dispuesto á dar un formidable tajo en la cabeza del sacerdote. Pero, por un milagro, en aquel mismo instante un muro se entreabrió, y por la grieta desapareció el patriarca, murmurando : « Ya volveré á continuar la misa cuando los infieles hayan sido barridos de nuestra santa ciudad ».

Y la gente, en Atenas como en Smirna, en Alejandría como en la Canea, en Patrás como en Samos, toda la gente de todo el imperio griego, en una palabra, espera, con una paciencia digna de Ulises, el regreso del patriarca.

Esto, los viejos turcos, engreidos y soberbios, parecían no notarlo siquiera. Pero los jóvenes turcos lo ven, y lo ven con malos ojos.

— Usted sabe — decíame en París, hace poco tiempo, un discípulo de Amed Riza — que una de las cosas que los alemanes no le perdonan á Francia es que continúe considerando el aniversario de la batalla de Sedán como un día de tristeza nacional. Ahora bien, usted que vive aquí, de seguro no ha notado nunca manifestaciones exteriores de duelo patriótico ese día. Los griegos, en cambio, no sólo consideran como un día de luto el aniversario de la pérdida de Constantinopla, sino que han hecho del martes, día en que esa pérdida se efectuó, el día nefasto. En Turquía misma, los helenos declaran en alta voz que el martes es día de duelo, y que lo será siempre hasta que Bizancio renazca de sus cenizas. ¿Cómo quiere usted que les perdonemos esto?...

En realidad, no es sólo esto lo que los otomanos no pueden perdonar á los helenos, sino todas las manifestaciones de su patriotismo activo y heroico, que no se traduce en actos de platónica protesta contra los vencedores, sino que prepara, pausada y prácticamente, la « revancha ». ¡ Ah, y esta revancha no es como la que meditan los franceses, no ! Los helenos, sintiéndose incapaces de luchar en los campos de batalla contra sus adversarios, que son muy superiores en

número, han renunciado, después de la ruda lección de Domokos, á toda tentativa militar. Que los búlgaros se midan, si quieren, con sus hermanos los otomanos. Que los montenegrinos empleen sus energías de montañeses indómitos defendiendo su dignidad amenazada. Que los albaneses hagan una guerra sin perdón á los enemigos de su raza. En cuanto á los griegos, hijos de Ulises más que de Aquiles, prefieren luchar con las armas de la paz y de la paciencia. Su virtud más antigua y más constante es la « sagesse », la « prudencia », la « habilidad », mejor dicho. Con prudencia lograron la independencia del actual territorio de su reino, hace un siglo. Con prudencia han llegado á adquirir la libertad de Creta y de Samos. Con prudencia obtendrán, poco á poco, sin tragedias, sin gritos, sin sangre, el dominio material de todas las islas del archipiélago.

Pero esto no es todo. El patriotismo helénico, como lo ha hecho observar Louis Bertrand, no es de « suelo », sino de « raza ». Que una gran parte de la Tierra sagrada esté aún en poder del turco odiado, lo aceptan sin dificultad, ó por lo menos, sin impaciencia. Pero lo que no aceptan es que la raza deje de dominar en todo Oriente. Y por eso, dispersándose en el Asia Menor, sin apoyo oficial, sin diplomacia que los sostenga, sin más armas que su inteligencia y su actividad, sin más defensa que su energía, no pierden un día,

ni una hora, ni un minuto en su constante labor de conquista.

Los Jóvenes Turcos tuvieron ocasión de notar lo que esta labor representa, cuando al iniciarse las primeras elecciones parlamentarias, comenzaron á ver que en todas partes el elemento helénico era el que dominaba. « Si no oponemos una barrera á sus ambiciones políticas — dijo entonces el mismo Amed Riza, — nos veremos sumergidos por ellos. » Hábilmente, « ellos » comprendieron que no era aún llegado el momento de entablar la pelea del voto en un país donde todo alarde constitucional tiene que ser vano. Y accediendo á los deseos del Comité poderoso que había hecho la revolución, contentáronse con una honorable minoría en el Parlamento, dejando á los otomanos los sitios más numerosos. Pero esto no bastó, ni podía bastar, para que los odios se calmaran. En la mente de los turcos, es necesario destruir con la fuerza las energías morales del helenismo.

— Hay que ahogarlas en su propia sangre — dijo, hace un año, uno de los oradores de Macedonia.

Esta frase salvaje representa el modo de pensar de todos los turcos. Y por realizar la amenaza contenida en esta frase, la Sublime Puerta, apoyada por todos los elementos políticos del país, amontona en la frontera cañones y fusiles, pensando que, un día ú otro, los impacientes hijos

de Aquiles irán á echarse, exasperados, contra esa barrera de hierro, como lo hiciera hace años. Pero los griegos, por su parte, dejan hacer, dejan gritar, dejan amenazar, y, siempre sonrientes, continúan, como Ulises, usando más de la paciencia que de la cólera, la magnífica odisea de la raza.

Atenas, 23 de Octubre.

Smirna

SMIRNA

Todos nos hemos levantado con el día para ver Smirna. Desde ayer la impaciencia es general á bordo.

— ¿Llegaremos temprano?

— ¿Podremos desembarcar?

Y los oficiales del barco, que conocen por experiencia la incertidumbre de las cosas orientales en tiempo de guerra y de peste, no contestaban sino con evasivas. Pero, á pesar de que los faros están apagados, á pesar de que las entradas de los golfos se hallan custodiadas por barcos italianos, á pesar de que los Lloyds aconsejan á los pilotos una prudencia grandísima, nuestro viejo *Niger*, de aspecto decrépito y sucio, llega sin una sola hora de retraso. Á las seis de la madrugada comenzamos á penetrar en aguas de Smirna.

— ¡ Es increíble que hayamos andado tanto ! — gritan los marinos.

Á mí lo que me parece increíble es que real-

mente las costas que ahora vemos sean, en realidad, las de la gran ciudad del Asia Menor donde nació Homero.

Desde la proa, en la lenta marcha cautelosa hacia el muelle de piedra, que aparece allá, en el fondo, lleno de fardos y de cuerdas, la impresión que experimentamos no tiene nada de asiática. Esta atmósfera no es de Levante. El cielo, con sus palideces de otoño, tiene suavidades enfermizas y friolentas que hacen pensar en las regiones del Norte. La tierra surge de entre la ligera niebla matutina con una tranquilidad verde de huerto francés. Por las faldas de la montaña que tenemos á nuestra derecha los surcos del arado suben hasta donde alcanza la vista. Los sotos recortan el espacio en cubos simétricos. Los cercos extienden sus líneas espinosas por entre los plantíos. Y lo que más nos sorprende no es que todo el litoral sea verde, muy verde, sino que su verdura no parezca asiática, ni oriental, ni meridional siquiera. ¿Se habrá equivocado el comandante, trayéndonos de nuevo á Europa, después de la escala del Pireo?... Porque, á medida que nos acercamos más al puerto, más lejos nos hallamos de la gran metrópoli de la Anatolia, tal cual los poetas nos la han hecho soñar. En lontananza no descubrimos ni siquiera un ciprés. Los altos chopos, descarnados, crecen en las márgenes del mar azul como en las orillas pálidas de los grandes ríos europeos.

— Parece que volviéramos á Francia — dice alguien á mi lado.

Parece, en efecto, que penetráramos en una rada de la suave y frondosa y húmeda Normandía.



Los edificios que empiezan ya á destacarse en primer término del anfiteatro urbano, aumentan la desilusión, con su simetría de grandes casas sin estilo, hechas para contener mucha gente ó para halagar la vista de los que las contemplan desde el mar.

— Son palacios — dice la gente, — son palacios; sin duda, palacios construídos por arquitectos de Munich ó de Bruselas; palacios muy nuevos, y de los cuales la joven Turquía debe estar orgullosa.

— Ya veis — parecen murmurar los otomanos que se pasean por el puente de nuestro barco y que sonríen satisfechos, — ya veis que eso de las casas viejas, con azoteas africanas, es una pura leyenda. Nuestras grandes ciudades son tan europeas como París y Londres.

En efecto. Todo lo que descubrimos á primera vista en este vasto panorama de Smirna, es de un occidentalismo absoluto. Los techos son de tejas mecánicas, horriblemente rojas. Las facha-

das son de estilo alemán. Y, para colmo de desengaños, los rótulos que comenzamos á leer en la vasta explanada del muelle, no anuncian sino « Palaces Hoteles », « Cervecerías de Pilsen », « Bares ingleses », « Fábricas eléctricas » y « Bazares parisienses »...

***

— ¡ Las primeras lanchas ! — gritan, alegres, las muchachas de á bordo, viendo venir á los vendedores ambulantes que en los puertos de Oriente toman por asalto los buques y ofrecen pintorescas baratijas á los pasajeros.

Aquí están, en efecto, las primeras lanchas. Aquí están los vendedores. ¿Y sabéis qué nos ofrecen? La tercera edición de *La Réforme*, el diario francés de Smirna...

***

Hemos bajado á tierra.

Lo primero que me sorprende, al internarme en las calles bulliciosas y estrechas de esta gran ciudad, es el aspecto de satisfacción y de tranquilidad que noto en la gente. Todas las tiendas

tienen sus mercaderías amontonadas en las puertas, á la manera de Oriente. Todo el mundo compra, y vende, y charla y fuma. Los turbantes árabes mézclanse con los hongos griegos, y los feces turcos fraternizan con las gorras europeas. Cogidos del brazo, como dos hermanos, acabo de encontrar en una galería del Bazar á un magnífico pappas armenio, de gran barba blanca, y á un sórdido franciscano de cara de galeote. En las terrazas de los cafés los lánguidos otomanos, de rostros duros, fuman sus legendarios « narghilés », mientras los armenios, ágiles, gesticulan ante sus copas de mastic, oloroso á anís y á ajenjo. En ninguna parte una amenaza. ¡ Qué digo ! En ninguna parte una mirada hostil, en ninguna parte una de esas sonrisas burlonas que tan comunes son en Europa cuando pasa un forastero. Las lindas francesitas que han desembarcado conmigo, y que pasean fanfarronamente sus enormes sombreros floridos, de la rue de la Paix, no suscitan sino miradas galantes y respetuosas.

— Si estuviéramos en Holanda — las digo, — ya veríais cómo os insultaría la gente, cómo os apedrearían los chicos.

Ellas no me creen. Holanda, para ellas, es un país civilizado, mientras Turquía es un pueblo salvaje.

***

— No nos alejemos mucho del centro — murmuran.

Pero, sin sentirlo, nos metemos por una larga calle, llena de vendedores de alfombras; pasamos por una plaza; en la cual los barberos afeitan al aire libre; trasponemos un puente y, de pronto, nos encontramos ante un campamento de asiáticos, al pie de un maravilloso acueducto bizantino.

— ¡ Qué imprudencia ! — murmuran mis compañeras.

Luego, viendo que nuestra presencia no causa la menor agitación entre esa gente, que apenas nos mira, una gran confianza se apodera de las parisienses.

— En el fondo, es buena gente — murmura una de ellas.

— En el fondo y en la forma — la digo, haciéndola observar la maravillosa belleza de un beduino que pasa á nuestro lado cargado de fruta.

— Es cierto — exclaman todas.

Y sus ojos francos admiran, sin hipocresía, la hermosa bestia humana que delante de nosotros ondula armoniosamente dentro de su estrecha túnica.

— Volvamos al centro — dicen todas.

— Volvamos.

***

Por entre calles sin carácter, por entre angostas calles tortuosas, que lo mismo podrían ser de una ciudad italiana que de una ciudad española; por entre largas calles calladas, polvorientas y luminosas, llegamos de nuevo á los barrios comerciales, en donde, por lo menos, hay, para recrear la vista, hacinamientos de trapos y de alfombras; de armas, de arneses, en las puertas de las tiendecillas.

— Esto sí es Oriente — dice alguien.

Pero apenas lo han oído los vendedores callejeros, cuando comenzamos á recibir ofrecimientos de mercaderías variadísimas, en las lenguas de todas las naciones europeas.

— ¡ Trajes bonitos ! — gritan unos en francés.

— ¡ Alfombras ! — dicen otros en inglés.

— ¡ Cambio de moneda ! — exclaman los demás allá en alemán.

Todos ellos, empero, son de Oriente, y tienen, como buenos orientales, bellos ojos soñadores, gestos felinos, maneras majestuosas. Mas son orientales europeizados, como Smirna es una ciudad de Oriente que se muere por parecer occidental.

— ¡ Dios sabe — me dice una compañera de viaje — lo que habrá costado que esos chopos odiosos se desarrollen en esta tierra de cipreses y de mirtos !

La gran calle de Pera

LA GRAN CALLE DE PERA

La gran calle de Pera, esta tarde gris, en que el sol no llega hasta el suelo; la gran calle de Pera, con su empedrado lodoso, con sus rieles obstruídos por las basuras, con sus alambres telegráficos que rayan de negro el espacio; la gran calle de Pera, que es la arteria de la vida europea, de la vida joven turca, de la vida constitucional, de la vida cosmopolita...

— ¡ Nuestro bulevar ! — dicen con orgullo los otomanos.

Y eso es, en efecto. Pero es un bulevar en el que todo choca y nada sorprende. Á mí, por lo menos, me choca el contraste de los grandes hoteles, presuntuosos, con nombres enfáticos, con fachadas gigantescas, y las miserables casitas, de ventanas herméticas. Me choca el vecinaje de inmensos cafés, muy dorados, muy parisienses, muy ruidosos, y de obscuras tabernas, en donde apenas caben unos cuantos bebedores de « mastic ». Me chocan las tiendecillas que han conservado las proporciones de los « comercios » de bazar

oriental, pero que han renunciado á todo desorden pintoresco, para adoptar escaparates europeos; las tiendecillas de rótulos pomposos, los « Louvres » de diez metros cuadrados, los « Bon marchés » del tamaño de una alcoba, los « Printemps, » diminutos. Y me choca la gente también. Me chocan las bicicletas que pasan, exponiéndose á resbalar en las cortezas de naranjas; me chocan los conductores de los minúsculos tranvías, que apalean sin piedad á sus caballitos apocalípticos; me chocan los cocheros de punto, que duermen como sultanes en los pescantes de los simones. Y me chocan los vendedores ambulantes como seres de cuento fantástico; esos vendedores de cosas misteriosas y brillantes, esos lánguidos vendedores, que llevan á cuestas tinajas plateadas, tablas multicolores, cestos colosales, sacos henchidos, y que pasan por las aceras lentamente, muy lentamente, recitando sus melopeas, incomprensibles para mí...

Me choca toda la gente, en fin : esta gente venida de todas partes, esta gente que habla todas las lenguas, esta gente que se atropella, que se roza, que se interpela; esta híbrida y heterogénea gente de la Constantinopla europea, que se viste como en Occidente, con grandes alardes de modernismo, pero con una sordidez enternecedora, con levitas muy cortas ó muy largas, con « jaquettes » desteñidas, con americanas casi siempre estrechas; esta gente que, á veces,

lleva frac por la tarde, pero que no se quita el fez ni aun para cenar con señoras europeas; esta gente, que forma una multitud sin carácter, compuesta de griegos, de judíos, de armenios, de turcos, de europeos; esta gente, recelosa y gesticuladora, que parece triste incurablemente.

Sentado en la terraza de un café, viendo el enorme río humano que pasa con su caudal desordenado entre los muros grises de las casas, experimento una sensación de espectáculo ya observado, de cinematógrafo ya visto, de panorama ya contemplado. Sí, sin duda... Pero ¿dónde?... En Oriente y en Extremo Oriente no ha sido, de seguro... Más bien, en América, en aquel Canadá á medio edificar, cuyas ciudades mezclan los palacios y las barracas en espacios inmensos... Ó más bien, en la Luisiana, en Nueva Orleáns, á orillas de Atlántico, allá, en donde las calles son como ésta, donde la población está mezclada de gentes de todos colores, donde la sordidez y el lujo se confunden, donde todos los rótulos están escritos en francés, como aquí...

Un estado de alma oriental

UN ESTADO DE ALMA ORIENTAL

Con una sonrisa misteriosa, el « joven turco », para el cual un amigo de París me diera una carta de recomendación, murmura, haciéndome grandes saludos islámicos :

— Venga usted á « Petits-Champs » y á la « Grande Rue de Pera », allá veremos toda clase de gente, allá oirá usted hablar de lo que más nos interesa. Porque desde que tenemos una Constitución y un gobierno parlamentario, ya no nos escondemos para expresar libremente nuestro modo de pensar sobre la cosa pública. Por los periódicos lo habrá visto usted. Nuestros cuatro diarios publicados en francés, *Stamboul, La Jeune Turquie, La Constitution* y *La Réforme,* llevan cotidianamente nuestras quejas y nuestras esperanzas hasta el fin del mundo. Nuestra Prensa nacional habla con idéntica franqueza. El ministerio pasa malos cuartos de hora leyendo nuestros « leaders ». El mismo visir actual, á pesar de sus ochenta años, á pesar de su gran patriotismo, á pesar de su

prestigio de patriarca, tiene que aguantar que nuestros periodistas le llamen viejo incapaz y cadáver ambulante. Nuestra ciudad es un centro donde la opinión pública se impone á gritos.

Así hablando, hemos llegado á las alturas del viejo cementerio turco, que la civilización ha convertido en un jardín á la europea, en el cual los cipreses sagrados se mezclan con los rosales de la Malmaison y con los claveles de Versalles. Camposanto llamaron á este barrio los primeros occidentales que aquí se establecieron, y los levantinos, que todo lo afrancesan, tradujeron las dos palabras, poniendo Petits-Champs en las placas municipales del barrio. ¡ Ah ! Petits-Champs, corazón moderno de la moderna Bizancio cosmopolita, ¡ cómo simboliza tu imagen á la nueva Turquía constitucional y parlamentaria ! Tus palacios, construídos entre tumbas, son iguales á los alcázares nuevos que Ahmed Riza y sus amigos quieren construir idealmente en la patria de Abdul-Hamid. Por todas partes, material y espiritualmente, el que penetra se encuentra á cada paso con una tumba que impide seguir adelante.

— Vea usted — me dice mi amable cicerone con ingenuo orgullo. — Vea usted.

Y veo los formidables « palaces » que se alzan á uno y otro lado de la calle, los Pera Palace, los Magestic Palace, los Bristol Palace, los Continental palace... Porque desde hace algún tiempo,

los hoteles son siempre « palaces » aquí como en el resto del mundo. Pero esto no es todo lo que mi amigo me indica con el dedo. También tengo que admirar los cafés-conciertos, imitaciones de Folies Bergères lejanos; los « Parisiana », con sus fachadas consteladas de lámparas eléctricas : los « skatings», con sus pórticos marmóreos; los « Eldorados », llenos de espejos, llenos de músicas, llenos de banderas...

— Esto no existía durante el antiguo régimen — me dice.

Y haciéndome entrar en un café inmenso, más inmenso que él más inmenso de Berlín ó de Barcelona, agrega sonriendo :

— Ni esto tampoco...

¿Qué es lo que mi cicerone quiere decirme con su sonrisa enigmática? ¿Es el establecimiento el que data de la revolución, ó es la alegría franca de los que pueblan sus mesas? Cuando Blasco Ibáñez volvió de su viaje á Oriente, más orgulloso que Lamartine, hablóme, si mal no recuerdo, de gigantescos restaurants en los cuales las damas de Pera, muy veladas, cenaban embriagándose con músicas orientales, mientras los espías del sultán, vestidos de maneras fantásticas, escuchaban las conversaciones de los europeos. Hoy, la verdad sea dicha, veo los restaurants, pero no veo á las damas veladas. En cuanto á los espías, todo el mundo sabe que ya no existen. Si existieran, no tendrían necesidad de esfuerzo ninguno

para saber lo que la gente piensa, pues las conversaciones son casi tan ruidosas como las de Madrid. Cada bajá, cada bey, cada banquero, cada oficial, en el centro de su grupo, diríase que tiene empeño en hacer saber al café entero lo que piensa de la situación. Los militares, sobre todo, vociferan.

— Hablarán de la guerra — le digo á mi compañero.

— No tiene usted más que acercarse para saber lo que dicen — me contesta.

Y, en efecto, noto con disgusto que, aquí como á bordo, los orientales se complacen en no hablar sino en francés. La razón que ellos dan, es en apariencia muy sencilla. Componiéndose cualquier grupo otomano de elementos diversos, en los cuales el griego figura en una proporción de 40 por 100, el turco de 30 por 100, el armenio de 10 por 100, el árabe de 5 por 100 y el europeo de 15 por 100, el único medio de entenderse es emplear una lengua universal. Y á fe mía, hay que confesar que si esta gente se complace en hablar francés, es porque lo conoce admirablemente. Desde el gran visir hasta el último cochero de Galata, no hay otomano que no sepa muy bien el idioma de monsieur Constans. Los mismos judíos españoles, que hasta hace poco habían tenido el orgullo de no emplear en sus conversaciones sino la lengua tradicional, comienzan á adoptar la moda « joven turca ».

Tristemente decíame en Smirna hace pocos días mi querido Manrique de Lara, que ya no hay señorita sefardí que no se envanezca recitando estrofas de Verlaine en las veladas familiares de Hashkevi y de Balat.

— Es el verdadero esperanto — díceme mi cicerone, repitiendo, sin saberlo, una frase de Cortón.

Aprovechando la moda, me convierto, pues, en un oidor. Y os aseguro que no hubo en todo el reinado de Abdul Hamid un solo espía que escuchara con tanto cuidado como yo. Lo que dicen los militares, especialmente, me interesa. Oigo á uno de negros bigotes fieros y de manos peludas, que acompaña cada palabra con un puñetazo en el velador. Le oigo que cuenta una aventura galante, en la cual figura la mujer de un embajador americano y el hijo de un judío ruso. Y como la historieta no me interesa, por lo menos esta noche, cambio de sitio y tomo otra copa de mastik junto á otro grupo, mandado por otro guerrero. Éste es muy fino, muy oriental. Fumando lánguidamente cigarrillos perfumados, y acariciándose el sedeño mostacho, habla, con pausa, muy claro. Su conversación es militar. « En caso de una guerra — dice — yo creo que las fuerzas actuales se hallarían equiparadas. » Mi alegría es grande. ¡ Oir á un coronel otomano examinar la situación de Italia y de Turquía en el momento actual !... Porque no hay duda de que

esas fuerzas de que habla son las de su patria y las de sus adversarios. ¿No es verdad?... Pues no, señor. Esas fuerzas equiparadas son las de Francia y Alemania, esa guerra que le parece posible, es de la Triple Alianza y la Triple « entente ». ¿Qué voy, pues, á ganar oyendo sus discursos, por doctos que sean?

— Ve á ver lo que esa gente piensa de la situación actual — me dijo mi director al enviarme á Oriente.

Voy, pues, á cambiar de mesa y á pedir otra copa. Por fortuna, este aguardiente del Profeta es de una suavidad aterciopelada, con su saborcillo de anís para señoritas. Un tercer militar, muy cano, muy serio, muy hosco, muy triste, preside un tercer cenáculo. Mi presencia y la de mi compañero parece inquietarlo. ¡Bien se ve que éste es de los que conocieron el antiguo régimen de los espías disfrazados de turistas! Para calmarlo, hablo en español. Mi amigo no me entiende, pero me comprende. Sonríe. Sonrío. Y comenzamos á oir la charla vecina, que no es brillante, no, ni lírica, ni apasionada, ni docta. « Los ferrocarriles están mejor » — dice uno de los del grupo. — « No, no — dice el militar, — es preferible insistir en los transportes. » Y, naturalmente, yo me figuro que he llegado en el minuto mismo en que se prepara la movilización de las fuerzas turcas. Pero, ¡ay!, apenas transcurre un cuarto de hora, ya he notado que se habla de

Bolsa, y que esos ferrocarriles y esos transportes no son sino valores negociables, cuya alza y cuya baja preocupan á mis vecinos.

— Vamos á otra mesa...

— Vamos si usted quiere — díceme mi paciente amigo; — vamos á donde usted quiera; pero, la verdad, es que lo único que lograremos, tomando copas y copas, es emborracharnos. Este nuestro licor nacional esconde una gran fuerza embriagadora bajo su dulzura. Por lo demás, créame usted á mí, entre todas las personas que se hallan esta noche en este café, y que de seguro pasan de quinientas, no hay cincuenta, ¡qué digo!, no hay veinte, tal vez no hay diez, que hablen de la guerra de Trípoli. Para los turcos, eso no tiene importancia de ninguna clase, así, como usted lo oye, de ninguna clase... ¿Qué es Trípoli?... ¿Dónde está Trípoli?... ¿Qué ha producido jamás Trípoli?...¿ Quién ha ido á Trípoli?... Los fanáticos, al principio del conflicto, trataron de despertar al león del Islam para hacerlo rugir contra los perros cristianos. Pero pronto notó el país entero que toda lucha era imposible. Y con la resignación de la raza, se dió por perdido el territorio, que aún nos quedaba entre Egipto y Túnez. Después de todo, un jirón más de nuestro imperio no es cosa que nos inquiete, cuando no se trata del Asia Menor. Nosotros somos asiáticos; nuestra alma está en Asia; sólo Asia nos preocupa. Contra los que nos despojan, no abrigamos

odio ninguno porque no nos sentimos humillados por ellos. Ahí tiene usted á los italianos de Constantinopla... En este mismo café, estoy seguro que hay muchos de ellos que ni siquiera se toman el trabajo de hablar francés para que no se los reconozca. Pues bien; esto señores militares pasarán junto á ellos y no experimentarán el menor rencor, el menor enfado. Un periódico satírico decía hace pocos días que en lo único en que ha influído la guerra actual, si á esto puede llamársele guerra, es en los « menús » de los restaurants de Pera. Los platos que antes se llamaban « á la milanesa » ó « á la napolitana », ahora se llaman á la húngara ó á la bohemia. Eso es todo. Los mismos alemanes, contra los cuales se ha tratado de irritar á la opinión otomana, recobrarán su influencia en cuanto pase el conflicto, porque nuestro país tiene necesidad del crédito de Hamburgo y de la banca de Frankfort y de Berlín. En cuanto á los italianos, ni siquiera nos ofenden. Todos nosotros estamos convencidos de que si la lucha fuese posible, doscientos mil soldados turcos derrotarían á todos los ejércitos del rey Víctor Manuel. La culpa de esta fanfarronería la tenemos en parte, nosotros mismos, que creemos á nuestras tropas admirables; pero también la tienen un poco los italianos, cuya epopeya, desde que la unidad existe, se reduce á la vergonzosa derrota de Abisinia. « ¡ Pobres macarronis ! », decimos todos en nuestros momentos de enfado,

alzando los hombros. Pero eso no dura sino un instante. Luego, á sangre fría, reconocemos las admirables cualidades del pueblo toscano, y hasta excusamos su apetito conquistador. Lo que nos hiere y nos indigna, es que no hayan esperado un pretexto ó que no lo hayan inventado como los franceses en Argel. ¡Es tan fácil!... Nosotros, en nuestra época de expansión nacional, siempre invocábamos motivos serios para devorar pueblos... Ahora...

Mi amigo ha dejado de sonreir.

— Ahora — me dice — ya no pensamos en grandes empresas, sino en vivir lo menos miserablemente que podemos. La amenaza que pesa sobre nuestra cabeza, verdadera cabeza de turco de Europa, no es un misterio. El día en que Francia, Alemania é Inglaterra logren ponerse de acuerdo, habremos dejado de existir, no sólo en Europa, sino en gran parte de Asia. Francia quiere Beirut, y tal vez también Damasco; Inglaterra quiere el Yemen; Alemania quiere Bagdad, y Rusia no quita la vista de Constantinopla. ¿Qué es, pues, un arenal lejano en esta formidable liquidación de un día más ó menos cercano?... Créame usted : nosotros no pensamos muy á menudo en los problemas exteriores; pero cuando lo hacemos no es para estudiar el conflicto italiano, sino para ver el reparto futuro de todo nuestro imperio. Hable usted de esto con la gente culta y en el acto verá que todos tienen

sus ideas sobre lo que debe hacerse el día del gran cataclismo. Pero no les hable usted de la guerra actual, porque ni siquiera sabrán qué contestarle.

— ¿De modo que mi viaje ha sido inútil? — le pregunto.

— No — me contesta, — no; puesto que ha visto usted la gloria del sol cuando se pone en el Bósforo coronando de llamas las cúpulas de Santa Sofía...

Y recobrando su amable sonrisa de joven turco constitucional y modernista, exclama :

— ¡ Camarero, dos mastik !

El regreso de Oriente

EL REGRESO DE ORIENTE

¿Quién ha dicho que el mayor placer de un viaje, para los que vivimos en París, es el retorno?... Yo, probablemente, entre otros. Pero, de seguro, fué al volver de alguna ciudad de aguas bulliciosa y triste, en los días luminosos en que el sol, « ese dorador », convierte en áureas madejas las cabelleras de las obreritas y

> Fait d'une feuille morte un vivant papillon.

Ahora, en verdad, rectifico. Este París pálido bajo el inmenso cristal ahumado de su cielo; este París, lleno de lodo, y de gritos, y de fiebres; este monstruoso París, que tiene entre sus muros estrechos más gente que toda la Siria, con Jerusalén y Damasco y Beirut, me causa, al regresar de Oriente, una sensación infinita de congoja. ¿Es esto lo que el mundo entero considera como la ciudad más bella del mundo, como la ciudad más feliz del mundo, como la ciudad más envidiable del mundo, como la ciudad más rica del mundo?...

Me figuro ver llegar á un árabe de aquellos que en cualquier aldea de Siria, con un caballo y un fusil, se sienten dichosos. Y al verlo perdido entre estas multitudes de gentes que van en automóvil con las caras crispadas por la ambición, me parece oirlo compadecer la gran miseria sórdida de los que no tienen ni sol para reconfortarse, ni tiempo para soñar, ni espacio para hacer, en plena calle, las profundas genuflexiones de la prez musulmana.

— ¡ Pobre gente ! — le oigo decir. — ¡ Pobre, pobre gente !

Esta lástima yo mismo la experimento ahora, comparando la existencia que acabo de dejar con la que voy á adoptar de nuevo. ¡ Terminadas, ¡ ay !, las excursiones perezosas por calles de silencio y de luz; terminadas las charlas sin prisa, á la sombra de las mezquitas, en los barrios santos; terminados los espectáculos de los bazares, con sus tiendecillas llenas de compradores que no tienen prisa y de vendedores que no tienen impaciencia; terminadas las pipas olorosas en las terrazas de los cafés; terminadas las tardes tibias bajo los sicomoros milenarios !...

Desde muy temprano, tendré que ir de prisa entre gente que parece atacada del mal de la rapidez. En cada esquina tendré que esperar instantes larguísimos á que un guardia detenga las cataratas de coches, para dejar pasar á los que van á pie. En el « restaurant » ó en el café

tendré que comer de prisa, que beber de prisa, que fumar de prisa, para dejar el sitio á los que vienen detrás de mí.

Y los amigos, en vez de hablarme de suaves cosas vagas, me dirán que el Ministerio ha caído, que otro Ministerio se ha formado, que un banquero se ha suicidado, que un gran periodista está en la cárcel, que los teatros ganan millones, que la Bolsa no está tranquila, que se temen inundaciones, que se desea la guerra, que se preparan expediciones coloniales, que la moda ha cambiado, que el malestar es terrible, que la vida es cada día más cara, que los Hospitales están repletos de gente que se muere de vejez á los cincuenta años, que la miseria es trágica, que los crímenes son espantosos, que el dinero no produce sino el dos por ciento, que los que más ricos parecen están comidos por las deudas, que bajo cada manto de armiño gime un alma desesperada, que no hay nadie que tenga confianza en nadie...

Y después de oir todo esto, las palabras sacramentales llegarán á mis oídos :

— ¡ No hay vida como la de París !

Es cierto... No hay vida como la de las grandes capitales occidentales, ya sea París, ó Londres, ó Viena, ó Berlín... No hay vida como la de estos inmensos emporios de codicia y de vértigo. No hay vida como la de estos antros, en los cuales cada paso representa un esfuerzo, cada día un

triunfo, cada risa un milagro. Pero no sé si esto es preferible á la paz indiferente de las aldeas asoleadas. Ó, mejor dicho, sí, sí lo sé. Hoy, por lo menos, que aún no he recibido el contagio de la existencia vibrante, estoy seguro de que cualquier beduíno de Damasco, cualquier árabe de Jafa, cualquier felá de Luxor, es más feliz que mis amigos del Bulevar, los triunfadores de las artes, los que se sienten superiores porque tienen un automóvil trepidante, una querida trepidante y un alma trepidante.

Pero mañana, cuando el veneno de la civilización haya penetrado en mí; cuando la visión de los espacios luminosos no me llene el corazón de nostalgia; cuando la perspectiva de un estreno me parezca cosa más importante que una puesta de sol en el desierto; cuando la sonrisa pintada de una cortesana me haga olvidar las miradas patéticas de las moras; cuando el Ministerio que cae y el Ministerio que se forma me preocupan más que el misterio de un templo antiguo; cuando la vida europea me desequilibre de nuevo, en fin, mañana ó pasado, yo también diré, lleno de compasión hacia los que viven en pueblos lejanos y luminosos :

— ¡ No hay nada como París !...

NOTAS DE ESPAÑA

Á Claudio Santos González

En Galicia

EN GALICIA

LOS ÁRBOLES

Lo primero que nos sorprende al penetrar en Galicia, es la gracia riente del paisaje. Después de las secas llanuras castellanas, después de las rudas montañas leonesas, estos valles verdes, con huertas que parecen vergeles, con alamedas como paseos de parques, con sotos encantados, nos hacen creer que no hemos salido del centro de la dulce Francia. Pero de vez en cuando, un inmenso camelio todo cubierto de camelias blancas ó un magnolio gigantesco constelado de magnolias color de rosa, nos obliga á darnos cuenta de que realmente nos hallamos en la tierra de la perpetua primavera. En efecto, estos árboles floridos que son del tamaño de un roble y que tienen la gracia de un arbusto de invernadero, estos árboles que son como ramilletes para la boda de una Titana, estos árboles de una belleza casi artificial por lo inverosímil, estos

divinos árboles que son verdaderos milagros vegetales, no existen en Europa, sino en esta península. Aun en la otra, en la itálica, que, sin embargo, es patria de flores, son menos grandes, menos bellos, menos frondosos. « Los magnolios de España hacen llorar de entusiasmo » — decía Jean Lorrain, que sólo conocía Cataluña y Andalucía. ¡ Qué hubiera dicho aquí, donde existen los más bellos ejemplares de la raza !

Pero no son sólo los árboles floridos, de una belleza femenina y aristocrática, los que en Galicia son admirables. Los negros encinos, los altos chopos, los temblantes álamos, los esbeltos pinos, tienen también una majestad armoniosa que no se les conoce en otros climas. ¡ Y qué decir de los castaños con sus hojas recortadas y sus claros frutos redondos ! Como un « leit motif » de la gran sinfonía verde, aparecen á la vuelta de cada recodo, en lo alto de cada colina, en el centro de cada valle. Desde la ventanilla del tren, los veo pasar, corriendo, en gentiles grupos que parecen buscar los sitios más armoniosos para colocarse. ¡ Qué admirable ciencia decorativa la de estos árboles ! El más hábil paisajista podría aprender en ellos el arte de la composición. No hay uno solo en la innumerable familia del castaño gallego que esté mal situado. En las márgenes de los ríos ó en los bordes de las rutas, en las laderas que suben por las montañas ó en el fondo de los barrancos, entre las parras clási-

cas ó en medio de los manzanos opulentos, en todas partes, en fin, los lindos árboles tutelares se agrupan ó se yerguen solitarios, ó se alinean en frisos temblorosos. Y en todas partes su gracia nos encanta.

— Ya los verá usted reflejándose en las rías — me dice mi compañero de excursión.

LA OBSESIÓN ARGENTINA

En los ferrocarriles, en las calles de las ciudades, en las aldeas, en el campo mismo, no hay medio de pasar una hora sin oir hablar de la Argentina. Galicia entera, parece un pueblo de argonautas cuyo toisón está del otro lado del mar, en la bella tierra que tiene un nombre que suena con una alegría de escudos blancos.

— Estas casas — le dicen á uno en Vigo, en Pontevedra, en la Coruña, señalándole las espléndidas construcciones de los barrios nuevos — son de unos que están en Buenos Aires...

— Estas huertas — aseguran los que pasan ante los vergeles de las aldeas — son de paisanos que han regresado ricos del Plata...

— Estos bancos no viven sino de los negocios con la América del Sur...

— Estas compañías de vapores no llevan más que emigrantes...

— Estos hoteles son para los que desembarcan de los barcos que vienen de allá...

— Estas tiendas son de los parientes de los que se han marchado...

Y uno llega á preguntarse qué era de esta región cuando aún no existía la República Argentina. Porque todos sus habitantes vienen de allá ó se preparan á ir allá; todos piensan en aquello; todos sueñan en las grandezas ultramarinas; todos han aprovechado, más ó menos indirectamente, la riqueza platense.

— Y no sólo la riqueza — me dice mi compañero, — no sólo la riqueza... también la cultura, también la libertad de espíritu, también el amor del progreso. Yo podría presentarle á usted millares de gallegos que lo sorprenderían á usted con su espíritu emprendedor, con su carácter abierto, con su inteligencia práctica. Todos ellos le parecerán á usted personas educadas en Londres ó en París por lo finas y lo activas. En realidad, no son sino los mismos pobres hombres que se marcharon un día sin zapatos y que después de veinte años de trabajo, de esfuerzos y de economías, se han hecho un capital material y un caudal moral. Á esos es á quienes se les debe, aquí todas las reformas importantes. Ellos son los que cultivan según los métodos modernos nuestras tierras milenarias. Ellos son los que rescatan los antiguos huertos históricos y sus castillos hidalgos, para embellecerlos con veneración. Ellos son los que dan el

dinero para crear las escuelas laicas y los hospitales higiénicos. Ellos son los que han dado valor á las granjas antes abandonadas y á los pueblos hasta ayer desiertos. Ellos, en fin, son los que han logrado salvar á Galicia entera de la más triste y más terrible de sus plagas, que era la de los usureros.

Estas palabras me hacen recordar una anécdota que me refirió uno de los plenipotenciarios españoles que acompañaron á la infanta Isabel á Buenos Aires para las fiestas del Centenario. Según parece, cada vez que la augusta señora hablaba cinco minutos con alguno de sus compatriotas establecido en la Argentina, decíale sin equivocarse :

— Usted lleva aquí muchos años.

Ó bien :

— Usted está recién llegado.

Al fin un día alguien, en confianza, preguntóle cómo hacía para adivinar tan certeramente los años que cada español llevaba allá.

— Verá usted — contestóle la infanta : — cuando me encuentro con gente despierta, culta, activa, entusiasta, me digo : « He aquí uno que ya ha tenido tiempo de afinarse ». Porque nosotros, aunque nos esté mal el decirlo, poseemos la materia prima humana, que es el hombre sano de espíritu y de cuerpo, pero necesitamos que otro país lo pula.

VILLAGARCÍA

Es la más linda villa del mundo. Suavemente recostada en las márgenes de la ría de Arosa, que es una taza de esmalte ante cuya belleza los lagos italianos palidecerían, diríase, con sus casitas blancas y sus alamedas verdes, una estación de voluptuoso descanso.

— « Elles sont trop belles pour travailler » — dicen los franceses hablando de ciertas mujeres. Villagarcía no sólo es muy bella, muy bella, sino que además parece muy frágil, muy ligera, muy incapaz de todo esfuerzo. Su atmósfera es tan transparente, su cielo tan puro, su playa tan dorada, que formalmente diríase un juguete de Sajonia en un plato de Sévres.

Pero todo eso es la apariencia.

La realidad es otra, y es muy otra. ¡ Como que se trata de la ciudad más importante del mundo, así cual os lo digo, sin exageración ninguna ! Considerad, en efecto, que sus habitantes no pasan de cuatro mil. Y ahora decidme si conocéis una villa tan pequeña que tenga lo que esta tiene, que produzca lo que ésta produce, que trabaje lo que ésta trabaja. En primer lugar, ya que es un oficio el periodismo, os diré que en Villagarcía hay un periódico diario, no tan importante como *The Times*, claro está, pero tam-

poco tan dejado de la mano de Dios que no pudiera figurar honorablemente en Madrid. Además de este diario que los chiquillos venden todas las noches en las calles, existen tres periódicos semanales. ¿Puede enorgullecerse de igual riqueza periodística otra villa de cuatro mil habitantes?

— ¿Tendréis por lo menos tres imprentas — le dije al amigo que me acompañaba por las calles de la población.

— ¡Cuatro! — exclamó indignado; — ¡cuatro!...

Y luego, irónico, agregó :

— ¿Qué diría usted si le enseñara esta misma mañana el doble?

— Diría — contestéle — que le toca una imprenta á cada quinientos habitantes.

— En todo somos así — concluyó con orgullo mi cicerone.

Es cierto, en todo, Villagarcía, es grandiosa. Sus oficinas de telégrafo se cierran á las doce de la noche, lo que en París no se ha podido conseguir aún. Sus bazares, son dignos de una gran capital. Sus tiendas están llenas de objetos de lujo. Sus fotografías son casi tan numerosas como sus imprentas. Sus hoteles, que son diez ó doce, todos tienen una mesa admirablemente servida.

¡Y qué decir de los cafés! En Roma, según el corresponsal de *Le Temps* de París, no hay más que tres : el Aragna, literario y legendario;

el Greco, discreto y artístico, y el de la plaza Venecia, cosmopolita y mundano. En Villagarcía también hay tres. Y cualquiera de los tres es más grande que el más grande de Roma. Y en uno de ellos, desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada, hay una música que ameniza las partidas de dominó y que suaviza las discusiones políticas. En cuanto á los « bares » á la inglesa con sus altos mostradores de pino luciente y sus altos taburetes de mimbre, los bares en cuya puerta se leen nombres de whiskis irlandeses, de whiskis escoceses, de whiskis canadienses, de whiskis neoyorkinos, los bares claros y limpios, con sus camareros vestidos de blanco, los bares productores de coktails irisados, son aquí seis, ocho, tal vez diez, que cierran sus puertas muy tarde. Porque los villagarcienses, son tan noctámbulos como los madrileños. En estos días autumnales en que las noches son tibias, hay grupos callejeros hasta que las primeras luces de la aurora comienzan á esmaltar las aguas de la ría.

¿Y los teatros? Tres hay. Y entre los tres uno, apenas terminado, podría muy bien compararse con cualquiera de los de París por la elegancia.

¿Qué otra población de cuatro mil almas puede enseñar lo mismo al viajero? Villagarcía, os repito, es, relativamente al número de sus habitantes, la primera villa de Europa.

GALLEGOS Y GALLEGAS

¿Dónde está el gallego pesado, triste, solemne y terco que hace reir á los niños con su hablar rudo, con su andar tardo y con su comprender difícil?... ¿Dónde está el gallego de los chascarrillos, el pobre gallego que se deja engañar por todos, que no piensa sino en guardar avaramente los ochavos ganados á duras penas, que casi no entiende lo que se le dice y que tiene unos pobres ojos espantados?... ¿Dónde está el gallego callado y sórdido, el gallego que trabaja como una bestia y que luego se inmoviliza en su rincón miserable; el gallego de los aires de gaita llorona, el triste gallego de todas las morriñas y de todas las tonterías?... ¿Dónde está, en fin, el gallego legendario?... En Madrid, en las zarzuelas, se le ve todos los días ejerciendo de mozo de cordel ó de ministro, siempre cómico en su seriedad, siempre grotesco en su lenguaje, casi siempre ridículo de aspecto. Pero aquí, en la realidad, por más que lo busco, no logro encontrarlo. Encuentro, sí, al gallego humilde, que trabaja en el campo ó en el puerto, que hace alarde de su fuerza tranquila y que pena bajo el sol sin quejarse. Encuentro también en las ciudades al gallego de la burguesía, dependiente ó funcionario, capitalista ó industrial modesto, siempre atento, siempre

limpio, siempre activo. Encuentro asimismo al gallego intelectual y cosmopolita, joven por lo común, muy joven y muy culto, lector entusiasta de libros franceses, filósofo y artista á la vez, curioso de todo y de todo enterado. Encuentro, á la postre, al gallego aristócrata que vive en sus « pazos » ó en su « torre », entre piedras centenarias, en algún lindo rincón de viñas y de castaños, contemplando sin amargura los campos en los cuales alguno de sus antepasados se distinguió luchando en las filas del duque de Lancaster, del rey de Portugal ó del príncipe-obispo de Santiago. Y á decir verdad, en todas estas clases sociales, lejos de ver motivo para que los madrileños rían, véolo para que envidien. Porque tanto el campesino como el burgués y tanto el intelectual como el aristócrata es aquí muy superior al de Castilla, muy superior al de todo el resto de España. Los nombres de Emilia Pardo Bazán, de Alfredo Vicenti, de Valle Inclán, de Murguía, de Linares Rivas, de Carracido y de otros muchos, muchos, que figuran en primera línea en las avanzadas de la cultura española, demuestran lo fecunda que es esta tierra en fuertes cerebros. Pero no es la « élite » lo que me sorprende en la Galicia real donde ahora me encuentro, sino la generalidad de la gente, tan distinta de su caricatura, que no acierto siquiera á darme cuenta de la causa de la deformación que el tipo ha padecido al pasar de lo vivo á lo pintado. ¿En

dónde han encontrado los fabricantes de zarzuelas y los hacedores de chascarrillos su « auvergnat » español tan pesado, tan obtuso y tan risible como su colega el « auvergnat » francés?... ¿Dónde han oído esas frases siempre terminadas en ú, esos acentos siempre llorones, esas coplas nostálgicas siempre pueriles?... Yo, por mi parte, no hallo aquí sino un pueblo claro, que sabe trabajar y reir, que habla armoniosamente, con un tono musical muy parecido al de América, que comprende todo, que de todo se ocupa con inteligencia, que de todo charla con buen sentido y con noblegracia.

LAS HERMANAS ENEMIGAS

Hace tres ó cuatro años el municipio de Pontevedra me honró nombrándome gallego adoptivo. Y esto bastó para que un amigo á quien le comunico mis intenciones de ir á pasar un par de días á Vigo, exclame :

— ¡ No vaya usted !

— ¿Por qué? — le pregunto.

— Porque si saben que usted es de Pontevedra, aunque no sea sino en calidad de ciudadano honorario, le echarán á usted á la ría. El odio entre viguenses y pontevedrinos es secular. Pero ahora se ha avivado aún más con motivo de las fiestas de la aviación. ¿No se ha enterado usted?

— No — le contesto.

— ¡Parece mentira! — dice mi amigo.

Y luego, alzando la voz cual si fuese madrileño, me explica la gravedad del conflicto. Pontevedra, según parece, había contratado á un aviador francés llamado Garnier, para que volara durante tres días. Aprovechando la oportunidad, Vigo quiso á su vez contemplar á un pájaro humano y ofreció dos mil duros al aviador para que en acabando sus evoluciones por el espacio pontevedrés fuera á volar en éter vigués. « De mil amores » — dijo Garnier. Mas apenas los de Pontevedra se enteraron, acudieron al gobernador de la provincia y obtuvieron que en virtud de una ley en vigor, su excelencia prohibiera al francés que volara en Galicia cuando terminara su contrato en Pontevedra. Al enterarse Vigo de esto, sintió que su dignidad estaba gravemente comprometida. El pueblo se lanzó á la calle prorrumpiendo en gritos amenazadores contra el gobierno. El municipio entero puso su renuncia. Los funcionarios abandonaron sus puestos; los jueces no quisieron abrir sus audiencias; la huelga de empleados fué completa. El gobernador de la provincia, empero, no quiso volverse atrás y mantuvo su prohibición. Entonces, para probar que en todo son más grandes, más ricos, más poderosos y más modernos que sus vecinos, los viguenses llamaron por telégrafo al rey de la aviación. Y desde hace tres

días, Vedrines, el inmortal Vedrines, vuela en Vigo, mientras en Pontevedra vuela el invicto Garnier.

— Supongo que con esto todo el mundo estará contento — le digo á mi amigo.

— ¿Contento? — grita. — ¿Cómo va á estar contento nadie! Los de Pontevedra están furiosos porque creen que el gobierno no debía haber dejado venir á Vedrines. En cuanto á los de Vigo, han jurado que en cuanto un ciudadano de Pontevedra se presente en su ciudad lo echarán al agua.

La anécdota, tartarinesca y sabrosa como si un Alfonso Daudet la hubiera inventado, hace reir á los extranjeros que veranean en Villagarcía. Pero á los gallegos serios que ven las cosas sin pasión local, lejos de regocijarlos, los apena y los preocupa. Pontevedra y Vigo, en efecto, son un perpetuo peligro para la concordia de la región. Orgullosa la primera por ser la capital de la provincia y tener un gobernador y una infinidad de magistrados y de funcionarios, y de caciques, contempla con desdeñosa insolencia á la segunda. Vigo, por su parte, sintiéndose rica, viendo su puerto lleno de vapores, oyendo el sonido de su oro, búrlase de su vecina. Y esto no sólo no tiene trazas de acabar, sino que cada día se agrava más. Como niños grandes, los habitantes de las dos ciudades rivales se pasan la vida tratando de molestarse.

— No se figure usted que sólo la gente ligera ó ignorante de Vigo y de Pontevedra está animada de ese localismo hostil — me dice mi amigo. — Aun la gente más sensata, aun la gente más seria, aun la gente más fría, participa del estado de ánimo popular. ¡Qué digo! El clero mismo, que debiera tratar de calmar los espíritus, toma parte en la perpetua lucha.

PONTEVEDRA Y VIGO

Nada tienen, no obstante, que envidiarse las dos hermanas enemigas. Viviendo cada una su vida, podrían ambas ser felices á su modo. Porque aunque situadas en la misma provincia, aunque colocadas en una misma costa, aunque bañadas por el mismo mar, tienen dos almas distintas. Una, Pontevedra, es una soñadora, una enamorada de las imágenes, una adoradora de la tradición. La otra, Vigo, es un pueblo de prosa. Pontevedra se ve en las aguas de su ría y encontrándose bella, de una belleza casi sobrenatural, se embriaga de orgullo. Vigo no tiene tiempo de pensar en contemplar su imagen, ni tiene donde mirarla, porque los barcos enturbian perpetuamente las linfas de su puerto. Pontevedra adora la política y tiene en su recinto diez ex ministros que se entretienen en organizar mítines y banquetes, y en preparar

elecciones y en pronunciar discursos. Vigo lo que tiene es banqueros, y armadores, y comerciantes; y en vez de oir el ruido de las palabras, complácese en escuchar el retintín de los escudos de oro. Pontevedra es todo fantasía y Vigo todo positivismo. Pontevedra vive en una perpetua ebullición de ideas sociales generosas y de espléndidas utopías políticas, á la manera de todas las ciudades atenienses, mientras Vigo, que se acuerda de haber sido fundada por los fenicios mercaderes, lleva una existencia de labor, de esfuerzo y de realidad. Pontevedra se contenta con ser hermosa. Vigo quiere ser poderosa. La ría de Pontevedra, es como un lago italiano en el cual se oye el murmullo rítmico de los remos. La ría de Vigo es un « havre » de hierro que sabe ya mezclar el humo negro de sus barcos, á la manera de Liverpool, con los vapores blancos de sus nubes. Pontevedra podría ser la hermana bonita y Vigo la hermana práctica. Y juntas, muy unidas, completándose la una á la otra, debiera formar la más admirable pareja.

— En todo caso, no vaya usted á Vigo — dice mi amigo.

LA GRANDEZA DE VIGO

No voy á Vigo, pues... Mi título de ciudadano de Pontevedra me aleja del gran puerto. Pero el gran puerto viene á mí con sus riquezas y sus

esperanzas. Me lo trae, confraternalmente, un publicista de esos que saben ser elocuentes con las cifras, el señor Ruiz Conejo.

— Véale usted y dígame si no es admirable — exclama.

— ¡ Sí que lo es ! — le contesto.

Y, en efecto, es admirable de actividad, de sentido práctico, de confianza en sí misma, de intenso entusiasmo, de seguridad en su adelanto. Sus progresos son estupendos dentro de España. Hace cinco lustros, el número de las personas que se embarcaban y desembarcaban cada año en su puerto, no pasaba de cinco mil. Hoy su movimiento de pasajeros es de sesenta y tantos mil. « Es decir — apunta Ruiz Conejo, — que sumado el movimiento de Cádiz, Santander, Málaga, Bilbao y Valencia, se necesitarían aún algunos millares de pasajeros para acercarse á tal cifra. » En punto á tonelaje también ocupa un lugar que ni la misma Barcelona puede disputarle. En 1910 entraron en sus aguas cerca de ochocientos vapores transatlánticos, lo que tal vez parecerá poco en Buenos Aires, pero que es mucho en la península.

— Y eso que aun no tienen el puerto que debieran tener, que necesitan tener y que pese á la incuria oficial tendrá un día no muy lejano — exclama el señor Ruiz Conejo.

Y agrega :

— « Si hubiera en España opinión en materias

marítimas y si la gente de tierra adentro conociera, estudiara, se ocupara de estas cosas, el puerto que Vigo anhela estaría ya hecho, porque ese puerto no es sólo el de Vigo, sino el de España entera en el Atlántico. Precisamente la revolución operada en la ingeniería naval, que tiende cada vez á construcciones mayores, da á la bahía de Vigo condiciones para colocarse á la cabeza de los puertos del mundo, con muy poco dinero, relativamente, que en él se gastara. Treinta ó cuarenta millones de pesetas, empleados en grandes dársenas, grandes grúas y grandes almacenes, harían afluir á Vigo transatlánticos en número superior al de todos los puertos de Europa. Téngase en cuenta que la extensión del fondeadero á la entrada es 10 millas, y que ahora mismo, cerca de los muelles hay 12 ó 13 metros de calado; téngase en cuenta que ésta es, precisamente, la preocupación de los marinos de todos los países, por el aumento incesante de tonelaje en los buques. Actualmente existe un nuevo proyecto, debido al ingeniero Sr. Castell. Su costo será de 50 millones de pesetas. Comprende un gran muelle de viajeros, que en bajamar tendrá 14 metros de calado con 150 metros de línea de atraque, por 120 de ancho. En él habrá una estación, desde la cual podrán los viajeros salir para su punto de destino.»

Mientras España se decide á construir este puerto, Vigo hace lo que puede por engrande-

cerse. Su población aumenta día por día. La ciudad se transforma, se engalana, se amplía. Cada año se ven alzarse nuevas chimeneas humeantes de grandes fábricas establecidas sin ayuda de extranjeros. Sus teatros son varios y son bellos. Sus hoteles pueden rivalizar con los de Burdeos y son muy superiores á los de Madrid. Sus cafés llenos de gente, hacen ver la animación creciente de la población.

— Lo único que no tiene Vigo — dice con orgullo Ruiz Conejo — es plaza de toros. En eso, no parecen españoles los gallegos. El espectáculo cruel y salvaje de los caballos destripados, les repugna.

En seguida el mismo publicista agrega :

— Lo que costaría un circo taurino, lo emplea Vigo en paseos. La alameda, frondosa, con lindos jardines y dos monumentos á Curros Enríquez y Méndez Núñez y el Malecón, sobre la incomparable bahía, que se divisa en toda su grandeza desde las Cíes hasta el lazareto. Pero esto no basta á la gran ciudad, y proyecta el más bello parque que nadie pudo concebir. Gestiona la adquisición del monte del Castro, que por artes mágicas pasó de ser propiedad del ayuntamiento á pertenecer al ramo de guerra. Conseguida, hará un parque que, comenzando á espaldas de las últimas casas, llegará hasta la cumbre. Sobre ésta se levantará un gran edificio, restaurant, casino y hotel para veraneantes. Sólo los que

conozcan Vigo, los que á la cumbre del Castro hayan subido, pueden formarse idea del incomparable panorama que desde ella se divisa.

Cuando estuve en Vigo, hace tres años, lo que más me sorprendió fué el número de grandes casas que se construían en sus calles nuevas. « Esta gente — pensé — quiere hacer una ciudad nueva en unos cuantos meses, para no tener luego que pensar más en eso. » La verdad es que aquello que yo vi no era sino el principio de un movimiento de edificación general que en seguida se ha extendido por todos los barrios de la localidad. Con su habitual precisión, mi cicerone me asegura que á principios de este año había 164 edificios en construcción. Ahora ya todos deben estar terminados, pero otros tantos habrán comenzado á elevarse. Porque los viguenses son, en esto, iguales á los franceses, que desde tiempos inmemoriales pasan en Europa por tener la locura de la edificación.

Lo que no me dice Ruiz Conejo, es que gran parte de este oro que aquí se gasta en palacios, en teatros, en paseos, viene de la República Argentina. Pero con sólo dar un paseo por las calles de Vigo lo nota uno. Á cada paso, la eterna frase sale de labios de quien nos acompaña :

— Esto es de uno que está en Buenos Aires... Esto es de uno que ha hecho fortuna en América...

LA ALEGRÍA GALLEGA

Desde hace quince días me pregunto por qué los gallegos tienen fama de ser tristes. Y esta fama no hay que decir que es una invención de los franceses, como tantas otras famas españolas. No. Son los gallegos mismos los que aseguran que son tristes. « Somos tristes » — escribe doña Emilia Pardo Bazán... « Somos tristes », escribe Alfredo Vicenti... « Somos tristes », escribe Murguía... « Somos tristes », escribe Valle Inclán... Pero la verdad es que yo encuentro todo esto tan alegre, tan risueño, tan ameno, tan feliz, que tengo ganas de preguntar á los ilustres gallegos á quienes acabo de citar :

— ¿Á qué hora sois tristes?... ¿En dónde sois tristes?... ¿Cuándo sois tristes?...

En verano, desde luego, no lo son. Son por el contrario regocijados. Son parleros. Son optimistas. Y si no dan voces ni hacen gestos como los madrileños, es porque son muy bien educados y muy finos.

— Tienen algo de franceses en la apariencia — decíame mi compañero de veraneo.

Mucho tienen, en efecto, de franceses, no sólo en la apariencia sino en el fondo. La culpa de esto, según Menéndez Pelayo, la tuvo aquel celebérrimo obispo Gelmirez que en plena Edad Media se empeñó en afrancesar á todos sus súb-

ditos. « Acrecentóse el influjo francés y aun llegó á verdadero afrancesamiento — dice el glorioso autor de la *Historia de las ideas Estéticas* — en la corte de Alfonso VI. Transformó el monacato, puso en moda las costumbres feudales, cambió el rito, cambió la letra de los códices, inundó de extranjero la iglesia española y alcanzó su apogeo en tiempo de don Diego Gelmirez francés de corazón más que gallego é idólatra de aquella cultura que quiso imponer á su pueblo. » ¿Es esto cierto? En todo caso el afrancesamiento es efectivo. En la cultura, en la lengua, en las maneras, en todo se nota; hasta en cierta ligereza risueña y suave que no se encuentra en ninguna otra región de la península, ni aun en aquel San Sebastián tan fronterizo de Biarritz y tan parisiense de pretensiones.

¡ Galicia, Galia de España, amiga de risas galas !, me veo á punto de exclamar á cada instante. Pero la idea de que estoy en desacuerdo con todos los gallegos, me desconcierta y me obliga á enmudecer. Porque todos, todos, todos los gallegos, ya sean de Santiago ó de Pontevedra, de Vigo ó de la Coruña, todos, todos me dicen :

— Somos un pueblo triste, un pueblo de melancolías, de nostalgias y de morriñas... Nuestro cielo mismo, es así. ¿No lo ha visto usted los días de niebla? Á veces nos llegamos á creer habitantes de algunas Flandes ibéricas.

Esto último, á fe mía, es cierto. Hay aquí

tardes del norte, tardes de clima septentrional, tardes en que el sol es como un agonizante. Pero esto no influye en el carácter de la gente. Y además ¿quién ha dicho que los pueblos de más luz son los más alegres y los de más bruma los más tristes? En una aldea de Bélgica, en la penumbra del turbio otoño, hay más regocijo, más « joie de vivre » que en cualquier ciudad oriental luciente cual un ascua.

— Lo que os pasa — he dicho á algunos gallegos — es que confundís la alegría de la naturaleza con la alegría de la gente. Sin duda en Sevilla hay, en el cielo, en el aire, en la tierra misma, mayor alegría que en Pontevedra ó en Villagarcía. Pero la gente sevillana es menos alegre que la gente gallega. ¡ Qué digo ! La gaita misma, es menos triste que la guitarra, porque si realmente la gaita llora, en cambio la guitarra gime y se desespera. ¿No lo creéis así?...

En honor de la verdad debo decir que todos, muy finamente pero muy categóricamente, me contestan :

— No...

Y sin embargo...

LAS MUJERES DE LA CORUÑA

Mi compañero de viaje me pregunta :

— ¿Ha visto usted algo más bonito, algo más alegre, algo más risueño?

Y sinceramente le contesto :

— No...

Porque en realidad no hay, en ninguna parte del mundo, un espectáculo como el de estas tardes ambulantes. Hay, sin duda, en Madrid, una calle de Alcalá por la cual pasan, envueltas en los resplandores del crepúsculo, las más lindas damas de Castilla. Hay en Niza, bajo las enramadas de la Alameda, un desfile perpetuo de bellezas cosmopolitas. Hay en Estrasburgo, en el Broglie umbroso, todo un enjambre de parleras muchachas siempre alegres, siempre sonrientes. Hay en San Sebastián, en las mañanas estivales, entre los frágiles tamaris, cortejos femeninos que se destacan como frisos antiguos en el esmalte del espacio. Hay en París, en fin, no en los Campos Elíseos, no en el Bosque de Bolonia, sino allá del otro lado del Sena, en el amable bulevar Saint-Michel, en el bullicioso país latino, un incesante y alucinante ir y venir sin prisa de delicadas niñas rubias cuyos ojos hablan de amor con ingenuidad. Pero lo que hay aquí no lo hay en ninguna otra parte, os lo repito.

Aquí, desde que el poniente enciende sus llamas sobre el mar, las calles céntricas empiezan á poblarse de mujeres exquisitas que no parecen ir á ningún sitio definido, ni buscar nada, ni pensar en nada, ni desear nada.

— Se pasean — díceme mi amigo.

Sólo que esto tampoco es exacto. El paseo supone ciertas condiciones. Se pasea por el Prado, por el Prater, por el Bosque de Bolonia. Mas en estas calles estrechas, no se explica el paseo, sobre todo cuando hay, un poco más lejos, amplias explanadas y jardines admirables y playas de encanto, siempre desiertas.

— ¡Así son nuestras mujeres !— exclama mi compañero.

¡Mujeres singulares y divinas!

Aunque digo mal. Singulares, sin duda lo son. En cuanto á divinas, no. Son, por el contrario, muy humanas, muy admirablemente humanas, con sus cuerpos esbeltos, con sus bocas frescas, con sus ojos voluptuosos. Como si renegaran de su origen céltico, no tienen en las pupilas esa gota de mar glauco que en Bretaña y en Irlanda hace pensar en el infinito del cielo. Y si no son hermanas de las muchachas de Osián, tampoco parecen serlo de las heroínas de Lope. Nada, en efecto, hay en ellas de españolas. El tapado iría muy mal á sus labios floridos y las dueñas no podrían seguir sus pasos rítmicos por estas calles hormigueantes.

— ¿Sabe usted lo que parecen? — le digo á mi amigo.

— No — me contesta.

— Pues parecen parisienses.

Mi amigo se detiene un punto, como preocupado y contempla en silencio las grupos gorjeantes

que pasan, tentadoras en sus estrechos trajes claros.

— Es cierto — me dice al fin — que los sombreros, los vestidos, los zapatitos, las medias, todo lo exterior, en una palabra, viene de París y es parisiense. Pero el fondo es de la tierra.

¡ Qué tiene que hacer con el fondo un caballero que no hace más que ver pasar mujeres por la calle ! Que sean muy distintas de las parisienses como alma, allá ellas. El alma no se lleva en la *toilette*. Lo que sí se lleva, que es el tono, la gracia, el chic, lo que se enseña, lo que se ostenta mejor dicho, eso aquí en esta capital de provincia no sé si de tercero ó de segundo orden, es mucho más parisiense que en la orgullosa Madrid y en la opulenta Barcelona. Y digo más. Con la mano en el pecho, juro que no hay fuera de Viena y de París en toda Europa, una mujer tan elegante, tan discreta, tan bonita y tan airosa como la gallega de la Coruña. Sin nada de la nerviosidad andaluza, es, en el andar, en el moverse, en el ondular, de una delicadeza rítmica sólo común en París. Su delgadez fina, chocaría en el resto de España donde tanto prestigio tiene la belleza abundante, pero sería celebrada en Francia cual un triunfo de la línea pura. Sus ojos son maravillosos, de expresión inteligente y en sus labios hay tanta voluptuosidad unida á tanta gracia suave, que uno no puede, por más helada que tenga el alma, dejar de sentirse emocionado al

hallarse prisionero en esta red infinita de sonrisas que en las calles, á la hora del ir y venir crepuscular, nos aprisiona, y nos encanta, y nos angustia.

LA CASA DE ROSALÍA

Á media hora de la Coruña, en las márgenes de un río plateado, entre parras frondosas y manzanos olorosos, hay una casita baja que trata de ocultarse detrás de unos cuantos rosales.

— Es la casa de Rosalía Castro — me dice mi cicerone.

Y de pronto, ante esta visión idílica, en este cuadro paradisíaco, veo surgir en mi mente la tierna imagen de la gran poetisa gallega, ya no vestida de noble dama de las letras, sino con un traje de aldeana igual á su alma aldeana. Porque aquella mujer extraordinaria que escribió con una perfección académica en su lengua natal cuando aun el renacimiento gallego no estaba sino iniciado, y que para los eruditos de la Coruña pasa por un doctor del sabio decir, no fué, en realidad, sino una campesina que cantaba sus penas y sus goces con una inconsciencia de pájaro libre. Mi amiga muy ilustre doña Emilia Pardo Bazán, asegura que no hay en Galicia poeta más correcto, más pulido y que con más « ciencia » haya escrito, que la autora de *Follas novas*. Yo que ape-

nas sé gallego, no puedo hablar de perfecciones retóricas. Mas lo que sí puedo, es decir que con todo y su sabiduría la buena Rosalía no fué sino una hermana de los rosales y de la parras de su huerto, una planta humana tan espontánea, tan natural, tan sin artificio, que apenas se concibe que haya escrito. Sus cantares suenan mejor oídos, que leídos. Son suspiros ó caricias, lamentos ó bendiciones. Y aun en los días en que la gran poetisa quiere mostrarse impersonal y en los cuales, abandonando su suave lirismo, nos habla de amores ó de trabajos ajenos, sus palabras tienen algo de confidenciales. No es una narradora como su hermano Mistral. Es una contadora de cuentos. La sutil Pardo Bazán sintió esto en la época en que los demás críticos gallegos pensaban de modo distinto y lo expresó con una gracia llena de poesía :

« Lo que ha de conservar — dijo — en Rosalía eterno frescor — como esas hierbas que todos los años, la víspera de San Juan, echamos á serenar en agua y nos producen la ilusión de que no existe el invierno y sólo remanece la primavera germinal y amorosa — son las églogas sencillas y robustas á la vez, donde parece que respiramos el prolífico aroma de la tierra removida; la página de amor del Romeo y Julieta campesinos, que no acaban de despedirse por más que los gallos han cantado anunciando el día; la oración de la moza soltera á San Antonio bendito, pidiéndole con mucha necesidad un hombre, aunque sea

tamaño como un grano de maíz; los terrores supersticiosos de la aldeana que ve al fatídico « moucho » al lado de la fuente de la Virgen, cerquita del cementerio, mirándola de hito en hito con sus ojos encendidos como brasas; la desterrada que pide á los aires de su país que la lleven allá, porque se va quedando descolorida y morena como una mora, como si chuponas brujas le bebiesen la sangre; la pobre madre de familia rodeada de su pollada de criaturas, lavándolas, diciéndoles los requiebros sublimes que sólo las madres saben discurrir, pero lamentándose al mismo tiempo de que los higos están duros, de que el gato y el perro le roban la comida, de que las gallinas del vecino se cuelan en su corral á vivir de prestado; la socarrona vieja mendiga, sorda de conveniencia, que fingiendo humildad sabe coger el mejor sitio y apartar la mayor tajada en la fiesta nocturna de los ricos montañeses. Esto, las romerías con tan gayo colorido pintadas, la alborada cuyas notas breves y regocijadísimas parecen gorjeos con que las aves saludan á la aurora, la cómica silueta del gaitero, Tenorio engañador de « nenas », y otras mil cosas no menos genuinas y gallegas, son, lo repito, la sal sabrosa, la miel de panal nuevo que los versos de Rosalía destilan. » Esta humanidad que tan gentilmente evoca doña Emilia, es, en efecto, el mundo en el cual se mueve Rosalía Castro. Esos personajes de aldea, esos galanes, esas brujas, esos mendigos,

esos labriegos, tienen para la gran poetisa, más importancia que los señores académicos de la Coruña. Viviendo con el pueblo, era como la encarnación sublime de las virtudes del pueblo.

— No me extraña — le digo á mi amigo — que su casita se haya convertido en un santuario para los gallegos.

Mi amigo sonríe con amargura.

— Pero ¿quién cree usted — me pregunta — que ha adquirido esa casa?... ¿Quién cree usted que ha reunido en ella las reliquias de la gran poetisa?... ¿Quién cree usted que sirve de vestal para que el fuego del recuerdo no se consuma?

— No sé... Probablemente el municipio... ó la academia gallega... ó los poetas regionales...

— No... no...

— Entonces será algún admirador muy rico y muy generoso.

— Una admiradora es. Pero no es una mujer muy rica. Y sobre todo, no es una gallega, no es ni siquiera una española, sino una inglesa... ¡Sí, asómbrese usted, pásmese usted!... Ha sido necesario que una rubia dama venida de Londres se enamorara de la poesía de esta región y considerara á Rosalía cual la más grande de nuestros poetas, para que la casita que usted acaba de ver no fuera vendida á un comerciante que la habría convertido en granja de labor. ¡Y si viera usted la sencillez con que esta extranjera lo ha hecho todo! Primero compró la finca con

los muebles que habían pertenecido á Rosalía. Luego se consagró á reunir todas las reliquias poéticas que sirven á mantener vivo el recuerdo de un ser superior. Cual si se tratara de Goethe ó de Víctor Hugo, buscó los retratos, los tinteros, los papeles, las plumas y los libros que habían pertenecido á la ilustre poetisa. Una vez que todo estuvo en sitio, abrió discretamente las puertas al público. Todo el que quiere respirar la atmósfera de nuestra buena cantora de *Follas novas* puede penetrar libremente. La casita es del fantasma querido y sus amigos tienen derecho á visitarla.

Tristemente mi amigo exclama :

— ¿Cree usted que esto podría pasar en otro país del mundo?

— Sí, — le contesto. — Sí...

Y para consolarlo, le refiero la historia de aquel buen paraguayo que habiendo un día oído decir que ningún francés había aún tenido la piadosa idea de plantar junto á la tumba de Musset el sauce pedido por el poeta, hizo el viaje hasta París llevando en su sombrero el arbolito llorón que hoy vemos todos en el cementerio donde el poeta de *Las noches* duerme su sueño eterno.

LAS HADAS

Mi compañero de excursiones, me lleva á visitar una huerta, en las inmediaciones de Villa

Juan, á media hora de Villagarcía. En un patio obscurecido por una higuera centenaria, recíbenos gentil y campechanamente una anciana cuyos ojos claros brillan entre los párpados arrugados con fosforescencias misteriosas.

— ¡ Buenos días, abuela ! — dícela mi amigo.

— ¡ Buenos, rapaz ! — contesta ella.

Y tratando de incorporarse, deja en el banco de piedra donde está sentada el libro que leía.

— ¿Siempre el *Libro de San Cipriano*? — la pregunta mi compañero.

— Siempre, rapaz, siempre... Á mi edad no se lee otra cosa... Ya ves que apenas logro moverme... las peras se caen de las ramas sin que yo pueda ir á recogerlas y las flores del huerto se marchitan sin que yo las vea... De aquí no me muevo sino para meterme en casa... Pero tú que eres mozo, lleva á ese señorito para que pruebe las frutas; los melocotones están buenos, ya tú sabes donde...

Bajo las ramas cargadas de olorosos duraznos, de manzanas tentadoras, de ciruelas aterciopeladas, mi amigo me pregunta :

— ¿Conoce usted el *Libro de San Cipriano*?

— No, — le contesto.

— Es la biblia de nuestros campesinos... Doña Emilia habla de él con algo de desdén, llamándolo catecismo de patrañas cabalísticas. Pero en realidad es la obra más interesante que hay en el mundo. El mismo mariscal Ney que se

había reído á menudo del *Oráculo* que Napoleón consultaba en los momentos graves, encariñóse aquí con nuestra obra de hechicería hasta el punto de no separarse de ella durante toda su campaña de Galicia. «¡Que San Cipriano me asista!» — solía decir. Pero claro que el patrón de nuestras hadas no podía ser propicio al que tantos horrores cometía en estas comarcas, y en vez de enviarle « boas fadas», rodeábalo de « malas fadas»... Á los gallegos de buena voluntad y de alma pura, en cambio, el santo no deja nunca de recomendarlos á las mouras, á las tantomangas, á las tronantes ó á las lumias... Y estas hadas por lo general son bondadosas aunque tienen tanto poder para el mal como para el bien. Nuestro gran historiador Murguía ha hecho ver, en efecto, apoyándose en documentos dignos de fe, que el rasgo principal de nuestras « fadas» es la bondad. Aquí, en nuestras rías, no encontrará usted ninguna leyenda como la de aquella extraña hija del rey de Is que en la hermana tierra de Bretaña causó el más inútil y el más terrible de los cataclismos. No... Nada de complicaciones de perversidad, nada de inquietud enfermiza, nada de refinada dureza en el alma sutil de nuestras « meigas». Todas sus maldades se reducen á ejercer venganzas contra un individuo determinado ó á lo más contra una familia. Pero aun para esto es necesario que se las provoque con graves ofensas. Cuando nada las irrita, se pasan

la vida cantando dulces romanzas ó mirándose en un espejo de plata. La copla popular dice que: « A fada fadiña — c'a sua basquiña — pasa á mañan — aliña que aliña ». Esta coquetería, que no existe en las hadas del Finisterre francés, da á las nuestras una dulzura encantadora. Aliñándose, las lumias, las tantomangas y las damas no piensan en torturar á las muchachas enamoradas, ni en secar las ubres de las vacas, ni en matar á las gallinas, ni en trastornar á los pescadores. El único ser sobrenatural de esta región que no hace más que daño es el tardo. Sólo que á decir verdad más que un verdugo este señorito alado es un humorista. Pregunte usted lo que hace cuando penetra en las casas y verá que no es nada grave. En general conténtase con hacer reir á las muchachas en los momentos más serios, ó con quitarle el sueño á la gente seria. Mas la prueba de que su perversidad no es grande, la tenemos en que basta dejarle un puñado de trigo en un plato para que se entretenga contando los granos y no piense en molestar á las buenas personas. Yo conozco un hada admirable...

— ¿Usted? — le pregunto á mi amigo viendo la seriedad con que me habla; — ¿usted el escéptico?...

Él sonríe.

— Verá usted — me dice; — en Galicia aun los más escépticos tenemos nuestras creencias sobrenaturales y estamos seguros de haber visto

alguna vez un ser fantástico. Interrogue la gente de todas las clases sociales, y se convencerá de ello en seguida. De un modo abstracto, muchos se reirán de las historias que cuentan los lectores del *Libro de San Cipriano*. Pero en cuanto empiecen á evocar recuerdos íntimos, misteriosos y lejanos, contarán cosas estupendas. Yo, por mi parte, aunque se ría usted de mi ingenuidad, le repito que conocí á un hada encantadora allá en mi juventud. Era una dama blanca que me visitaba durante mis sueños para inspirarme divinas fantasías. Y si me dice usted que esto no es sino una ilusión, le contesto que lo mismo da... Ilusión es también lo que la buena anciana de esta huerta se figura y esa ilusión es la que le hace vivir. Toda Galicia, créame usted vive protegida por hadas bondadosas y admirables. Es el pueblo de las ilusiones...

Cierto, muy cierto. Es el divino pueblo de las divinas ilusiones.

LA CASA DE CAROLINA

Muy cerca del jardín lleno de rosas de Rosalía Castro, mi compañero me enseña la casita donde nació Carolina Otero.

— Aquí vive siempre su madre — me dice.

Luego, llevándome hacia la iglesia cercana donde la misa está á punto de terminar, hablóme

de la adoración que todas las mujeres del lugar tienen por la ilustre bailarina. Las ancianas, sobre todo, las buenas ancianas que la vieron con los pies descalzos en las orillas del río, considéranla como una gloria local y celebran, inconscientemente, con sus labios puros, las aventuras que cuentan los periódicos de París.

— ¿No es verdad que era como un botón de rosa? — pregunta mi amigo á tres viejecitas que salen del templo con sus largos rosarios entre las manos.

— ¡ Sí lo era, sí ! — contestan las tres en coro.

Al mismo tiempo sus miradas se dirigen hacia la casita solariega de la cortesana celebérrima.

— Usted habrá visto — díceme mi compañero — que por todas estas comarcas, no hay imagen más popular que la de Carolina. La misma Purísima de plata de la Catedral de Santiago, se encuentra menos frecuentemente que la Impurísima de París. Esto, como es natural, impresiona á la gente de aquí. Pero eso no es todo. La rapaza tiene además fama de ser buena gallega y buena cristiana, y de no olvidarse de la aldea á pesar de sus esplendores. Con lo que ella le manda al señor cura, se embellecen los altares. Ella le envía también collares á la Virgen. Ella socorre desde lejos á los pobres del lugar. Y ó mucho me equivoco, ó en sus rezos las buenas viejas de por acá, unen á menudo su imagen á la de nuestra patrona Santa María.

Estas palabras me hacen recordar una obra que Oscar Wilde anunció y no escribió nunca y que se debía titular : *La Santa cortesana cubierta de joyas*. Porque para esta gente no hay duda de que Carolina Otero es una santa mujer llena de collares. ¿Cómo, de lo contrario, habrían de poner su retrato en las cajas de cerillas? ¿Cómo habría el mundo entero de adorarle? ¿Cómo habría de tener más perlas que la Virgen de Santiago?... ¡ La santa cortesana !

— ¿Cree usted que este nombre chocaría aquí? — pregunto á mi amigo.

— De ningún modo — me contesta.

Estas buenas campesinas que salen de la iglesia olorosas á incienso, piensan tal vez al pasar frente á la casita de la Otero lo que las gentes de Egipto pensaban de Thiais. « No hay ninguna tan grande, no hay ninguna tan bella, no hay ninguna tan poderosa » — murmuran. Con orgullo, evocan las imágenes de la leyenda dorada de la divina Carolina. Y es, en sus imaginaciones, un desfile de adoradores que van hacia ella, como Reyes Magos, llevándola los tesoros de todos los países del mundo. Es el potentado que viene de ultramar con sus galeones de oro, grande cual un ídolo, poderoso cual un emperador. Es el magnate de la India, vestido lo mismo que los emperadores de las barajas, con mantos, de púrpura y coronados de torres. Es el príncipe del norte, rubio y frágil, que deshoja en su litera una rosa de esmalte

y que suspira á cada instante. Es el guerrero soberbio, caballero en un corcel negro, que galopa en el estrépito de su armadura pasando por encima de los cadáveres de la llanura. Es el poeta de luengas guedejas, el poeta cantor de salmos místicos, el poeta cuyos labios sonríen en un éxtasis perpetuo... Y todos ellos, van hacia donde está la santa cortesana, dispuestos á entregarla sus bienes por un beso y sus vidas por otro beso. ¡ Oh si ella quisiera ser reina ! Por sus ojos negros, brillantes como luceros, más de un monarca ha perdido la razón. Las crónicas hablan de un desgraciado rey de Oriente que desesperado de no lograr el amor de la santa cortesana, suicidóse á la puerta de su alcoba. « ¡ Llevaos esa cosa sangrienta ! » — gritó ella cuando vió el cadáver. Y sin el menor movimiento de compasión, volvió á su tocador donde una esclava de manos expertas continuó dorándole las uñas de los pies. Mas en cambio otro día, como un humilde músico ambulante fuera á perecer á sus plantas exhalando una canción de amor, Carolina ordenó que lo acostaran en su lecho, y que le pusieran sus joyas, y que así cubierto de piedras preciosas lo enterraran. Porque si es soberbia con los soberbios, también es humilde con los humildes. Más de una vez mientras el magnate que llega de muy lejos para ofrecerla sus tesoros la habla arrodillado, ella torna sus pupilas amorosas hacia el paje que guarda la puerta.

— ¿Verdad que no hay ninguna como ella? — pregúntame una de las viejecitas.

Y otra :

— ¿Verdad que el rey de París no permite que salga de sus estados porque la considera como el mayor de sus tesoros?

Y una tercera :

— ¿Verdad que su palacio es grande cual la catedral de Santiago y que su techo es de jaspe y sus muros de pórfido?

— Verdad, verdad, verdad — las contesto.

Y mientras las tres viejas murmuran un dulce «Dios la lleve á su gloria», las rapazas de grandes ojos negros y de trenzas de seda obscura, bajan la vista estremeciéndose misteriosamente.

NOTA FINAL

— Pero de verdad ¿es aquello tan lindo, tan lindo? — me pregunta un madrileño que va todos los años á París y que nunca ha ido á Pontevedra, ni á la Coruña, ni á Villagarcía.

— De verdad — le contesto.

— Yo creo que usted exagera cuando nos habla de las rías, de las aldeas y de los campos de Galicia.

— No lo crea usted.

— Pero entonces ¿cómo se explica usted que los españoles en general vayan de preferencia á

los Pirineos?... Más aún, ¿cómo se explica usted que aquellos que un verano se deciden á ir á pasar algunas semanas á la Coruña ó á Pontevedra, no vuelvan nunca á Galicia? Porque esto es muy frecuente, querido amigo. Usted lo sabe. ¿Cómo se lo explica usted?...

— De una manera muy sencilla le explica á usted todo esto un político ilustre, el señor Prieto Mora, que dice en un discurso reciente lo que sigue :

« Pasaron los años y tuve el honor de ser elegido diputado por un distrito gallego, con la mayor parte de sus pueblos en las imponderables rías de Arosa Muros. Las molestias de todo género que he sufrido siempre que he ido á esa hermosa región, siquiera hayan sido compensadas con la espléndida y cariñosa hospitalidad que al llegar he recibido, me hicieron notar que las rías gallegas y todo su extenso territorio, necesitaban prontamente de grandes reformas para hacer cómodo, sano y distraído el paso y la estancia de turistas, no de los que se filtran por las fronteras, cifra insignificante, desprendida de los grandes contingentes que pasan por ella : ni de los que vienen engañados, para no volver más y desacreditarnos, sino de aquellos que vengan atraídos por las noticias y referencias de las comodidades y ventajas que otros disfrutaron. »

Esta es la verdad, querido amigo. Mientras

para ir de Madrid á Vigo sea necesario emplear más tiempo que para ir de Madrid á París, la gente seguirá tomando el camino de San Sebastián...

Hacia Sevilla

HACIA SEVILLA

I

Apoyando la frente en el cristal de la ventanilla, la rubia Hilde contempla el paisaje, que pasa con un temblor de vista cinematográfica. Allá atrás se quedaron los pinares de Valladolid, las últimas sombras verdes del camino.

— España — murmura la linda extranjera. — España, España...

El llano, desnudo de toda vegetación, extiéndese con un orgullo trágico hasta las líneas del horizonte. Una inmovilidad absoluta llena el espacio. No se siente ni una palpitación, ni un murmullo. No se ve ni siquiera un vuelo de ave. La tierra, que duerme después de la cosecha, y que ha de despertarse mañana, obedeciendo al conjuro hierático del sembrador, diríase muerta irremediablemente. La sola idea de germinación fecunda parece, ante tal avidez, una verdadera locura. ¿Crecer algo en ese polvo gris, seco, pedregoso?... No... Más ideas de vegetaciones

extraordinarias podría tener el viajero en los desiertos líbicos, donde, por lo menos, se distinguen de vez en cuando matas incendiadas por el sol, ante las cuales se estiran famélicos y ondulosos, los largos cuellos de los camellos.

— España — repite Hilde. — España... Suavemente, su compañero se acerca á ella y le explica que esta región es la más seca, la más hosca del país.

— Es un desierto — dícele; — pero un desierto poblado por egregios fantasmas, de los que á ti te impresionan tan hondamente. Aquí, durante las noches claras, se ven desfiles de nobles señores enlutados, que cabalgan tras una litera misteriosa. Por aquí pasan, llevando ensueños sublimes, los reyes y los santos. Esta es la tierra de Santa Teresa, de San Juan, de Felipe II, de los grandes inquisidores, de los que conquistaron un mundo y descubrieron otro. Es tierra de amor y de tragedia...



Sin parecer oir, la rubia viajera sigue contemplando, con sus grandes ojos claros, el paisaje alucinante. El llano, siempre pardo, comienza á cubrirse de piedras, sin duda desprendidas, en épocas fabulosas, de alguna montaña que ya no existe, y redondeadas por torrentes que se

secaron hace millares de años. Una aldea aparece, allá en el fondo. Luego, otra. Luego, una tercera. Cercas formadas con guijarros, dividen los terrenos. Algo de vida rudimentaria anima de pronto el vasto erial. Ahí, muy cerca, pasa un carro cargado de pellejos de vino ó de aceite y tirado por cuatro mulas de lomos pelados. Detrás del carro aparecen, caballeros en minúsculos burros, hasta seis caminantes, que van inmóviles, embozados en sus mantas, arrastrando los pies. Y todo es gris, todo es pardo, todo forma parte de la tierra ingrata. Las aldeas no parecen haber sido construídas sobre el suelo sino haber surgido del polvo mismo; de tal modo continúan en sus elevaciones miserables la línea y el color del llano. Las bestias y los hombres son pardos. El cielo mismo, cubierto de nubes quietas, tiene, á pesar de su traslucidez intensa, un matiz pardo, de una melancólica suavidad.



— Mira... una torre.

Á la izquierda, en efecto, á cien pasos de la línea férrea, álzanse los muros de un torreón medio derruído. Su fábrica primitiva es de ladrillo gris, pero sus ventanales han sido tapiados con enormes cubos de granito. Al acercarse el

tren, una bandada de cuervos se escapa, graznando, de las almenas.

— Parece un castillo encantado — murmura Hilde.

— Tal vez lo es — contéstale su compañero.

Y viendo que ella sonríe :

— Aquí — agrega — nos encontramos en tierra de brujas, como nos lo prueban los relatos de los viajeros del siglo XVII, que jamás atravesaban las llanuras castellanas sin hacer grandes preparativos contra el enemigo malo. ¿No recuerdas la historia del castillo de Quebaro, en cuyas torres vivía un ejército de duendes, que gritaban de tal modo, durante las noches obscuras, que sus alaridos se oían á cien leguas de distancia? Cada caserón abandonado tiene y ha tenido siempre sus habitantes fantásticos. Tú que eres de la patria de los kobols y de los silfos, debieras saberlo. En el castillo de San Adrián, entre Vitoria y Miranda, hubo antaño una princesa más bella y más poderosa que todas las hadas del Norte. Llamábase Mira, y era hija de un rey muy cruel. Sus ojos parecían dos carbones encendidos. Su boca era roja, cual una herida. Cuando un hombre la veía, prendábase de ella tan locamente que perecía al poco tiempo. Cada mañana encontraban los guardias reales algunas nuevas víctimas en los fosos del castillo. Y todo el pueblo lloraba tanta desgracia, tanto luto, tanta pena. Sólo Mira no lloraba nunca. Sus ojos,

al contrario, parecían más bellos á medida que mayor número de víctimas contemplaban. Porque la princesa, que desdeñaba á sus enamorados cuando estaban vivos, parecía complacerse en examinarlos voluptuosamente una vez que los veía muertos.

***

Á medida que el tren se acerca á Ávila, las rocas pulidas van siendo más abundantes y más grandes.

— Parecen las piedras cíclicas de las murallas de Argos — exclama el compañero de Hilde.

Ella calla. Pero en su imaginación no es el recuerdo de la Algólida, vista años antes, lo que surge, sino la memoria de una estampa antigua, en la cual veía ella con espanto, siendo niña, á los cíclopes descuajadores de montañas lanzando contra el olimpo los peñascos más estupendos. Y, realmente, eso es lo que evoca este llano, en donde las piedras más enormes se amontonan en haces inverosímiles; eso es esta tierra, un campo de batalla de gigantes, después de una derrota y de un incendio...

De pronto, las peñas desaparecen y el llano gris extiéndese de nuevo hasta el infinito.

— España, España — murmura Hilde.

***

Y silenciosamente, con emoción, con respeto, casi con miedo, contempla la landa patética. Las palabras de su compañero la obsesionan. Esa es, en efecto, la tierra de una tragedia fantástica, representada por sombras egregias. Los inquisidores y los reyes pasan por ahí en las noches sin luna. Los amantes también. También los mártires... Hilde lo cree firmemente. Y así, poco á poco, para ella sola, de esa tierra árida, de esa tierra seca, de esa tierra regada de sangre y quemada de sol, levántase, como de las arenas del Desierto, las divinas alas del miraje...

— ¡ Felizmente mañana estaremos en Sevilla ! — murmura.

II

Sin rumbo fijo, sin curiosidad concreta, casi sin darse cuenta de lo que hace, la rubia Hilde se pasea por las calles de Sevilla. Aureolada por su sombrilla roja, pasa por los barrios bajos y los chiquillos al verla corren detrás de ella para admirar irónicamente su elegancia exótica. Su sombrero, en especial, su gran sombrero de paja clara sobre el cual un ave fénix abre sus alas atornasoladas, produce una impresión de espanto á esta gente acostumbrada á la gracia severa de los tocados andaluces. « Te has puesto un gallo », dícenla, riendo, unos cuantos rapaces. Ella no los entiende. Pero como los ve sonreir, les sonríe, llena de gozo, llena de alegría, llena de dicha. Esta luz, esta atmósfera, este cielo, este aroma, este ruido, todo esto que es el ambiente sevillano, la embriaga suavemente. De vez en cuando se detiene ante un patio y contempla durante largos minutos el chorro claro del surtidor que canta su eterna canción de frescura.

— Ven á ver la Casa de Pilatos, que está al lado — dícela su compañero al encontrarse en la calle Imperial.

— No... no... otro día — contesta ella, — hoy no quiero más que pasearme, tomar un baño de luz andaluza, empaparme de aire sevillano.

Y después de una pausa, entornando los párpados :

— Sabes — agrega — hay instantes en que me parece que estoy desnuda; de tal modo toda la suavidad tibia de este aire me envuelve y me acaricia.

— ¡ Siempre loca ! — murmura Augusto apretándole el brazo con amor.

Pero ella sabe que no está loca. Ella se siente, al contrario, muy cuerda. Ella percibe con una claridad antes nunca sentida los más pequeños detalles de la vida que pasa. Las hojas que se mecen en los jardines, el agua que palpita en las fuentes, los rayos de sol que prenden chispas en los cristales, todo, en una palabra, tiene para ella una importancia extraordinaria. Ella goza de sentir que aquello no está sino para su encanto. y muy seria pregúntase cómo ha podido vivir tantos años en otras ciudades, bajo otros cielos, en otra atmósfera.

— Aquí — dice — todo es bello.

— ¿No te parece que hay algo de florentino en la elegancia rosada del conjunto? — pregúntala Augusto.

— No — contesta Hilde; — yo no siento aquí nada que me recuerde otras ciudades. Florencia misma, tan hidalga, se me antoja más teatral que Sevilla, con sus palacios blancos, con su baptisterio de mármol negro, con su logia llena de esculturas, con su lujo, en fin, y con su arte. Sin duda, aquello es admirable. Pero esto es mejor aún, porque es adorable en su sencillez absoluta. ¿No piensas tú como yo?... Suprime esa torre que surge por encima de todos los techos, suprime dos ó tres murallas almenadas, suprime unos cuantos palacios de aspecto romántico, y verás que todo es pequeño, que todo es modesto, que todo es familiar, que todo está hecho sin la menor intención de gustar ó de asombrar. Pero por lo mismo todo es asombroso... Asombroso, sí... Estos patios frescos, estos balconcillos floridos, y las paredes mismas con su variedad de matices, y hasta los techos con sus tejas árabes, todo, todo, todo es encantador, todo es delicioso... Mira aquello, por ejemplo... ¿Hay algo más divino en ninguna parte del mundo?...

Lo que Hilde señala á su amigo es una callejuela llena de sombra y de misterio con sus ventanas diminutas y sus puertas bajas.

— Aquí es donde yo querría vivir para disfrutar de esta frescura en pleno sol, de este silencio en plena vida, de esta melancolía en plena alegría... ¡ Ah ! y este perfume que pasa en el aire y que nos acaricia á cada momento !...

¿Lo notas tú, Augusto?... Es un aroma muy especial que tiene algo de miel y algo de tomillo.

Augusto sonríe ante tanta exaltación.

— Es — la dice — el perfume de las cabelleras de mis paisanas, que están impregnadas de esencia de claveles.

— Es algo más amoroso que la cabellera — contesta Hilde muy grave — es algo en que hay besos, algo en que hay un soplo de bocas ardientes.

— Loquilla... loquilla...

Él ríe. Ella calla. Y juntos, acariciando ensueños diferentes, sintiendo de maneras casi opuestas las impresiones de la ciudad admirable, la extranjera rubia y el moreno español continúan andando, lentamente. En el barrio lejano en que se encuentran todo calla. Es la hora de la siesta. Las casitas parecen abandonadas. Y, sin embargo, no hay tristeza ninguna en las calles. Detrás de esas macetas, adivínase que las muchachas de grandes ojos de fuego bordan con paciencia soñando en cosas que son pecado. De vez en cuando un grito viene de lejos por encima de los techos. Es un vendedor ambulante de billetes de lotería ó de periódicos locales.

— ¡ Que paz tan divina ! — murmura ella.

— La ciudad muerta — dice él.

Y entonces, como para contestarle en nombre de la vida, una voz vibrante y gimiente, una voz que tiembla y se estremece, una voz que sin ser

armoniosa es agradable, lanza en el fondo de un patio la nota aguda de la canción andaluza, que es como un alarido de amor y de nostalgia.

III

— La Alcaicería — dice Augusto.

Hilde parece no oirlo. Los nombres de las calles, de las plazas, de los paseos, no tienen para ella ningún interés topográfico. Son sílabas cantantes y misteriosas que se mezclan y se confunden en su memoria, produciéndole la sensación de un estribillo mal aprendido; pero sin indicarla ningún lugar preciso. Triana y la Macarena, Santa Cruz y los Capuchinos, Santa María la Blanca y el Señor del Gran Poder, todos esos nombres de barrios que, además de su significado exacto, tienen un sonido halagador y sugestivo, acarician el oído cual si fueran frases sueltas de alguna copla. La linda extranjera se los repite á sí misma con un ritmo de guitarra andaluza, prolongando mucho los finales de cada palabra, poniendo una queja ligera en cada nombre de santo, haciendo temblar la frase entera. Santa María la Blanca, Santa María la Real, Santa María de la Luz... Y todo eso la distrae, todo eso contribuye á su ligera embriaguez de claridad, de poesía, de rareza.

—¿No encuentras que la Alcaicería parece una callejuela veneciana, una Mercería menos ruidosa?

— No, — contesta Hilde.

Esas perpetuas evocaciones de otras ciudades que tanto gustan á su compañero, á ella, lejos de satisfacerla, la irritan. Sin duda, una calle tortuosa y llena de tiendecillas se parece á otra calle llena de tiendecillas y tortuosa...

Sin duda, al entrar en el barrio de Santa Cruz por el postigo del Patio de Banderas, se pueden recordar las vías de Jerusalén, abovedadas y frías, aun en pleno verano... Sin duda, las terrazas, con sus macetas, hacen pensar en Túnez y en Argelia. Pero todas esas semejanzas son tan superficiales, que ni siquiera vale la pena de expresarlas. El fondo de la belleza sevillana es otro y es muy otro. Por la tarde, especialmen-,te cuando las palomas que vuelven á sus campanarios se tiñen de color de rosa entre las claridades ligeras del ocaso, hay algo que sorprende por su belleza llena de languidez y de dulzura. Las ventanas de las casas pobres se abren entonces para dejar penetrar la frescura del crepúsculo. Por las plazas pasan, de regreso del campo, los rebaños de cabras con sus campanillas argentinas. De las torres se alza hacia el cielo, en alas de las campanas, el Ave María redentor. Las muchachas que salen de los talleres tararean en voz muy baja la petenera recién aprendida. Las

cancelas se entornan. Y de todo ese movimiento visperal se escapa un murmullo rítmico, que da á la ciudad su verdadera vida cotidiana, animada sin ser ruidosa, y más bien melancólica que alegre. Porque la tan renombrada alegría andaluza no aparece, por lo menos en Sevilla, sino en los lugares en que la risa es de rigor. Esto, Hilde, que es extranjera, lo comprende; mientras su compañero, que es español, lo niega.

— Todo — dice, en efecto, Augusto, — todo, todo, hasta las casas, hasta los perros, hasta las palmeras, todo es aquí alegre.

Ella contesta :

— Todo es ligero, todo es agradable, todo es color de rosa; pero alegre, no. La alegría es la risa y aquí nadie ríe. Los jardines mismos son graves, con sus cipreses negros y sus obscuras platabandas de arrayán. ¡ Qué digo los jardines ! Hasta los niños, esos deliciosos niños pálidos, que pasan ondulando ya rítmicamente con coqueterías voluptuosas, esos niños, de ojos negros y de caderas estrechas, no saben sino sonreir.

— Pero, mujer, ¡ por Dios !, esta calle, ¿no es acaso alegre?

Augusto vuelve á señalar la Alcaicería con sus tiendecillas llenas de caballitos de cartón y de nazarenos de barro.

— Es animada — murmura Hilde.

Un movimiento intenso y ordenado llena la clásica calle de los juguetes. Cada tienda invade

un trozo de acera con sus fantásticas mercaderías. Los niños se inmovilizan, abriendo mucho los ojos ante cada vidriera. Esas procesiones de madera, reproducidas con un realismo impecable y en las cuales las vírgenes llevan diminutos mantos bordados; esos desfiles de penitentes con sus túnicas moradas ó negras y sus altos capirotes; esos grupos de beatas arrodilladas y tapadas; esos obispos graves que levantan los brazos con ademán bendecidor; todo lo que recuerda el obscuro y suntuoso paganismo de la Semana Santa, y, junto á ello, lo que es la feria dionisíaca, con sus majos vestidos de corto y sus catetas serpentinas, con sus trapos vistosos y sus gestos petulantes, con sus guitarras y sus panderetas, atrae y seduce y hasta embelesa á la gente menuda. Pero en ese mismo embeleso Hilde descubre algo de la melancolía de la raza y de la tierra.

— Los deseos — dice — que en otros lugares se escapan de las almas infantiles por los labios, aquí están reconcentrados en los ojos. Mira con cuánta intensidad admiran lo que querrían poseer. Ya hay en ellos algo de pasión y de celos, y, más que todo, algo de ese gran orgullo, que es como la virtud esencial de la ciudad.

IV

El último *paso* ha pasado. Los claveles color de sangre van á adornar de nuevo las cabezas, ayer de luto. Tras las saetas, que suben temblando de ardor místico hasta el corazón de Jesús, van á sonar las seguidillas y peteneras. Porque este día de gloria es el sábado de resurrección de las castañuelas. Para nosotros, sobre todo, que traemos de Madrid ó de París, de Londres ó de Barcelona, una sed imperiosa de ritmos andaluces, de gestos sevillanos, de miradas flamencas, esta noche, en que se abren de nuevo los salones de danza, es un delicioso día de fiesta.

Y no me digáis que eso de la guitarras y los tangos son cosas para ingleses, porque entonces os diré que los ingleses tienen mejor gusto que nosotros. No, no lo digáis. Más aún, no lo penséis. Pensad, al contrario, con orgullo que en esta nuestra España, aun el día en que no quede nada, todavía quedará lo necesario para hacernos envidiar del mundo entero con tal que queden algunas

muchachas de grandes ojos negros que sepan bailar, al son de los palillos clásicos, unos cuantos bailes de la tierra.

— Todo esto — decíame anoche un amigo artista contemplando los esplendores de un desfile sagrado, — todo esto y mucho más lo daría yo por una de las fiestas que organiza el maestro Otero.

Yo, aunque me excomulgue el señor arzobispo, digo lo mismo.

La bailadora, en Sevilla, es lo que encarna la gracia de la ciudad. En un cartel, cuando lo vemos en países lejanos, pensamos en el acto en la Giralda, en la Torre del Oro, en los jardines del Alcázar. Ella es Sevilla. Es Sevilla viva y activa, Sevilla que ondula, Sevilla que ríe, Sevilla que vibra, Sevilla que ama. Es la Sevilla sagrada. Un antiguo metafísico del movimiento ha dicho hablando de la mujer que baila :

« Una armadura que no es de ninguna mujer en particular y la cual, instable, á través del velo de la generalidad, atrae hacia tal fragmento revelado de la forma y bebe el rayo que la diviniza». Todo esto significa que hay algo de impersonal y algo de divino en la flor que danza. « Vestal de la religión del ritmo » la llamó otro poeta. Vestal es; sacerdotisa es. Por eso no se pertenece, por eso forma parte de un todo en el cual se confunde con sus hermanas. En sus pantorrillas se ve el Esfuerzo, y sus « puntas »

son el Triunfo. Sus brazos denotan el ascetismo especial de la vida, en donde la energía se concentra en la gracia.

¡ Oh ! bailadora de esta tierra, morena vestal del ritmo cálido, bailadora del maestro Otero ó bailadora de la calle, con cuánto entusiasmo y con cuánto respeto saludo en este día en que la vida renace la anunciación de tu triunfo.

Adorad á vuestras bailadoras, sevillanos. Adorad á esas chicas que van esta misma noche á hacer sentir á los representantes del mundo entero lo que es la misteriosa vida íntima de vuestra Andalucía. Adorad á las niñas pomposas y petulantse que en el Salón de Oriente van á ondular dentro de una hora al compás de las palmas complacientes.

La bailadora es toda instinto libre, toda ritmo fácil, toda pirueta espontánea, toda locura ondulante. En Sevilla, cuando un organillo se detiene en una plazuela para moler sus monótonas armonías, un delicioso sacudimiento pasa por el cuerpo de las mujeres. Es el alma de la bailadora que palpita. Esas danzas no se aprenden en ninguna Academia oficial, ni expresan nada que no sea alegría y lujuria, amor y voluptuosidad. La mayor parte de las veces, la bailadora que nos sorprende es una muchacha del pueblo que no hace más que repetir en un tablado lo que sus paisanas hacen en las fiestas ó en las orgías íntimas. Las de lívido rostros, que levantan la

punta del pie hasta tocar el sombrero de quien las contempla; y las que ondulan ingenuas, sacudiendo sus collares de coral; y las que palpitan al son de las vertiginosas castañuelas, no representan arte ninguno. Pero representan algo más intenso, que es el instinto del pueblo armonioso, en donde el perfume de las cabelleras femeninas embriaga. Más lejos hay otras mujeres que bailan igualmente de un modo espontáneo, y entre las cuales, de vez en cuando, un ejemplar admirable aparece. Pero bailadoras que sean las diosas vivas de un pueblo amoroso, sólo en España las hay.

El Alma de San Sebastián

EL ALMA DE SAN SEBASTIÁN

Lo que más me sorprende, cada vez que vengo á San Sebastián, es la sorpresa de los extranjeros á quienes encuentro en las calles, en los hoteles, en la playa. Todo les parece aquí singular. « ¡ Extraordinario ! » — dicen los franceses. — « ¡ Colosal ! » — exclaman los alemanes. — « ¡ Increíble ! » — aseguran los ingleses. Y es que, para ellos, para todos ellos, una ciudad española no puede ser sino un campo de ruinas suntuosas, poblado por seres violentos y raros. En Biarritz, contemplando los carteles que anuncian excursiones, y en los cuales se ve, por lo general, una cabeza de toro chorreando sangre, una torre árabe destacándose en un cielo de cobalto, una maja vestida y una pandereta; en Biarritz, ó en Pau, ó en Bayona, ó en cualquiera de los reposorios que preceden el paso de los montes, las gentes cosmopolitas se forman su visión. Luego al llegar á la frontera, la silueta vetusta de Fuenterrabía las hace murmurar :

— Eso, eso...

Eso, en efecto, es lo que ellos esperaban, esa

ruina admirable en esa melancolía sórdida, y, por lo mismo, no extrañan la grandeza pintoresca del cuadro.

Pero en San Sebastían, desde que llegan, los clamores de extrañeza comienzan.

— Increíble...

— Extraordinario...

— Colosal.

No obstante, lo que tanto les pasma es lo que ellos han visto en otras partes, lo que existe en Biarritz, lo que es común en Ostende, lo que no falta en Trouville, lo que abunda en Niza. Es la playa con su movimiento, es la calle con su elegancia, es el hotel con su lujo, es el café con suntuosidad, es el escaparate con su *chic*, es el pueblo con su limpieza, es el campo con sus *chàlets*.

— Esto — aseguran, al fin, perentoriamente — esto no es España.

Y, en realidad, no es la España que ellos sueñan. No es la ciudad española que se cuelga una mantilla en su corona de torres. No es la belleza de contrastes, de recuerdos y de sorpresas, en la cual un piano de manubrio hace bailar tangos á la sombra de un paredón almenado. No es la española de la navaja en la liga, no; ni la española de labios de clavel y de claveles en el pelo. Pero es española, española pura. Es la española que viste bien, que vive bien, que sabe leer y que ha aprendido á trabajar sin olvidarse de sonreir y de soñar.

Para mí, es la ciudad modelo. Porque hay, entre nosotros, un prejuicio inepto, que consiste en achacar á las cualidades eternas del alma nacional la decadencia de estos últimos siglos. « No seremos nada — aseguran los profetas — mientras no hayamos renunciado á nuestro espíritu aventurero y á nuestros gustos anacrónicos. Hay que suprimir los toros, hay que matar lo flamenco, hay que echar abajo los muros ruinosos, hay que romper las guitarras, hay que destruir las leyendas. En seguida, hay que trabajar. »Y, según parece, toda una región de España, laboriosa y rica, la Cataluña, ha realizado, ó por lo menos tratado de realizar, este programa, sin notar que con ello no logra sino desarraigar su alma de su suelo.

Y todo eso, después de todo, ¿para qué?... Sin desarraigarse moralmente, los demás pueblos de Europa trabajan, triunfan, se transforman, se engrandecen. « Enriqueceos » — dijo Guizot á los franceses. — Y los franceses se han enriquecido, sin renunciar á sus ligerezas encantadoras, á sus voluptuosas fantasías y á sus heroicas locuras. ¿Por qué, pues, sólo España, la España canonizada por la veneración universal, la España que desde hace seis siglos es el país que más fanáticos geniales tiene en el mundo, la España cuyaimagen caballeresca, aparece en el prólogo de *Gargantúa* y continúa llenando al mundo, hasta ahora mismo que la encontramos en todas

partes; por qué sólo España, la España de la leyenda, la España de los arrojos, la España de las flores, ha de tener necesidad de cambiar de alma para cambiar de higiene y de hábitos prácticos? Siendo fantástica y aventurera, voluptuosa y creyente, fué antaño, laboriosa. Hoy vuelve á serlo. Hoy piensa de nuevo en ganar dinero. Hoy siente la necesidad de despertar á la vida moderna. Mas esto no implica la conveniencia de renunciar á la gracia antigua.

¡ Ah, no ! San Sebastián nos lo prueba, siendo, como es, muy española, y muy europea á la vez. Vedla vivir : es Europa. Pero vedla sentir, vedla pensar, vedla sonreir : es España.

Esta mañana, un joven inglés, que se pasea conmigo, me asegura cada vez que encontramos un grupo de muchachas elegantes :

— Son parisienses.

Yo mismo, á primera vista, me lo figuro. Esos trajecillos ceñidos bajo la larga « jaquette », esos grandes sombreros coronados de flores, esa gracia discreta en el ritmo resuelto del andar, todo lo exterior, en suma, es parisino. Sólo que cuando sigo sus pasos por la Alameda ó por el paseo de la Concha, y cuando las oigo hablar, y cuando las veo vivir, noto que no sólo en el fondo, sino en la forma misma, lo español es en estas mujeres lo esencial. Y lo propio pasa aquí con todo. Esas casitas lujosas que trepan entre los tilos por las abruptas laderas; esos palacios seño-

riales que contemplan el mar; esos hoteles magníficos, todos sonoros de femeniles risas; esos globos eléctricos, que hacen de la noche día; esas tiendas, en fin, esas tiendas tentadoras, cuyos escaparates no tienen nada que envidiar á los de la « rue de la Paix », todo eso, todo lo que constituye el lujo, el confort, el bienestar, el orgullo y la alegría de la linda ciudad, es, á pesar de su fachada parisiense, ó biarriteña, ó cosmopolita, muy español. Al cabo de unos cuantos días los extranjeros mismos, que no tienen prejuicios arraigados, lo notan. Y lo notan con gusto, porque hay en el fondo de la vida española, cuando la sordidez no la hace insoportable ó cuando el flamenquismo no la encanalla, una buena crianza campechana, con su poquito de fanfarronería hidalga y su gotita de voluptuosidad violenta, que no puede menos de seducir á los que vienen de fuera sin exagerados ideales.

¡ Ah ! ¡ La gracia española sin castañuelas y sin mantones, la elegancia sin chaquetillas, el ingenio sin sal andaluza ! Yo, humilde, confieso que prefiero esto á todo lo de fuera. Pero como hay que hablar con franqueza, diré que no es fácil encontrarlo en toda su integridad, pues, por lo general, alguna afectación la empaña en Madrid, como en Barcelona, y en Sevilla, más que en el resto de la Península.

Pero aquí, en San Sebastián, en esta vida sin pereza y sin fiebre, bajo este cielo que no es

meridional, en esta atmósfera algo plácida, algo húmeda y llena de suavidades amorosas; ante este mar de misterio, tan diferente del Mediterráneo; bajo estos arbolitos ligeros de la Concha, que parecen sacados de una estampa japonesa para sorprendernos con sus ramas caprichosas y sus frondosidades espumantes; aquí, en donde la detestable españolería de cromo se reduce á una corrida de toros los domingos y á algunas malagueñas estridentes, oídas de noche al pasar por las calles en que hay tabernas; aquí, donde el tiesto es de plata cincelada á la moderna, la flor de la raza se abre sin afectaciones, sin brusquedades y también sin gazmoñerías...

— Todo eso que los franceses nos achacan — solía decirme un buen canónigo toledano, que murió poco ha — es, en realidad, de fabricación extranjera. El mismo fanatismo católico, tan contrario al espíritu del Evangelio, es de fuera y, aunque parezca mentira, es francés cuando no es alemán. Nuestros arciprestes del tiempo de los reyes indígenas, sabían siendo muy buenos cristianos, dar consejos picarescos á las buenas mozas, porque sabían que ni el amor, ni la galantería son pecados. Lea usted á Santa Teresa, y verá lo que eran los conventos de mujeres antes de que ella los reformara; eran lugares amenos, donde las lindas damas sin marido vivían de un modo agradable. Pero los extranjeros no se acuerdan de esto. Para ellos, la iglesia española es la

inquisición; la inquisición, que es inventada por los franceses en la cruzada albigense, si no me equivoco... Y esto no es todo. Los que buscan nuestra alma en la pintura, estudian de preferencia al Greco y á Ribera. ¡Ah, esos sí que son españoles para Europa! Pero, señor, si el Greco era extranjero, y tan extranjero que, veinte años después de haber llegado á Toledo, aún necesitaba de intérpretes en sus procesos... En cuanto á Ribera, tan español, según los parisienses, ya sabe usted que, aunque probablemente nacido en España, aprendió á pintar en Nápoles, y ahí se quedó toda su vida. Lo mismo nos pasa con casi todo lo demás. Un rey muy español para el mundo es Carlos V, porque se entierra vivo, porque muere en un monasterio, porque se pone un hábito de fraile sobre la coraza. ¡Carlos V, empero, era tan alemán que no podía serlo más! ¡Luego nos hacen ver á Felipe V en su Palacio con las barbas hirsutas, demacrado, lleno de terrores místicos, errando por los vastos pasillos con un crucifijo en la mano, medio desnudo, jadeante!... ¡Y Felipe V, sin embargo, era un francés nacido en Francia!... En cambio, nadie habla de nuestros buenos reyes de Aragón, francos, leales, alegres activos; ni de nuestros nobles reyes de Castilla, espejos de esforzada hidalguía.»

Mi amigo el canónigo tenía razón. Un velo negro, tejido en el extranjero, empaña el cielo español. Pero hay que confesar que durante tres

siglos, España ha mantenido ese velo con sus propias manos entre miserias del pueblo, crueldades de la Iglesia, fanatismos de la aristocracia. Y ahora, que un noble esfuerzo nacional de trabajo y de libertad lo ha rasgado, aún persiste su sombra y aún persiste, sobre todo, su leyenda.

San Sebastián, sin embargo, debiera bastar para hacer ver al mundo lo que la raza puede dar cuando se encuentra en su apogeo. Esta ciudad, laboriosa, alegre, activa, llena de ideas modernas, con vida cosmopolita, lujosa y limpia, está bien situada en donde la vemos. Los europeos que penetran en la Península, y que se encuentran con su risueña suntuosidad, comprenderán poco á poco lo que es la verdadera España cuando se quita la capa mugrienta, abandona el confesionario, olvida las humillaciones, recobra la libertad y aprende á leer y á trabajar. Hasta ahora, sin duda, aún no han querido los señores extranjeros ver la realidad de este despertar del alma antigua á la existencia nueva.

— Eso no es España — murmuran.

Esto es España, no obstante; la verdadera España, la España de mañana, la España consciente, fuerte, laboriosa, airosa y bien criada. Es la España que ha tomado de fuera lo práctico y lo útil, sin cambiar de alma.

NOTAS VERANIEGAS

Á Monsieur Boquin.

I

¿Es posible que no estemos sino á diez minutos de París?... Yo me figuro más bien que, por arte mágica, una de las ciudades de placer que más prestigio tienen en el mundo, una de esas perlas de los Alpes ó de los Pirineos, que se estremecen amorosamente al son de los violines en una perpetua atmósfera de tibia voluptuosidad, ha venido hasta nosotros esta tarde de primavera.

He aquí el lago, en efecto, el lago azul de todos los lugares idílicos, el lago de esmalte en cuyas ondas se mojan las manos para calmar sus fiebres las más bellas amorosas... He aquí los boscajes profundos, cuyo césped hace pensar en el citiso de los caristis clásicos... He aquí las amplias alamedas, de suave penumbra, por las cuales pasan enlazadas las parejas... He aquí los amplios horizontes cerúleos, en fin, los horizontes sin barreras de chimeneas, los bellos horizontes que no tienen nada de parisiense, nada de moderno, nada de industrial; los horizontess ublimes y

vacíos, por los cuales la vista vaga sin descubrir otra cosa que matices é iluminaciones, matices de suaves tardes primaverales, iluminaciones de Poniente claro...

No, en verdad; esto no puede ser una villa suburbana de las que giran en el radio vertiginoso de París, una hermana de Chantilly ó de Maisons Laffite, una rival de Asnières ó de Argentueil. Su clima mismo parece diferente. En la suavidad de esta tarde hay efluvios italianos, cálidos y alados, que los parajes de la Isla de Francia desconocen. Los pájaros pasan camino del bosque cercano, volando pesadamente, cual en los paisajes toscanos. Del suelo seco sube un aroma de violetas de Parma que atormenta las almas con nostalgias ligeras. Todo está lleno de languidez, todo habla de cosas poéticas, todo nos aleja de la fiebre de trabajo y de ambiciones de París.

El amigo que me acompaña, y que goza algo irónicamente de mi sorpresa, me dice :

— Ya usted ve lo que es la vida : va usted á Tokío, va usted á Hong-Kong, va usted á Ceylán, y pasa meses enteros embarcado para ver una ciudad rara, para gozar de una sensación exquisita, y, en cambio, no toma el tren para venir á pasar unas cuantas horas á Enghien, que es una ciudad extraordinaria.

Cierto, muy cierto. Á menos de un cuarto de hora del bulevar, existe este minúsculo paraíso

terrestre, entre un bosque oloroso á lilas y un lago idílico, en un sitio delicioso, bajo un cielo encantado, y jamás se nos ocurre tomar uno de los cien trenes que aquí conducen. Y no es porque el sitio sea desconocido. ¡Ah no! La fama del Casino enghienés, rival del de Monte-Carlo, es mundial, como ahora se dice. Pero eso mismo es lo que nos aleja á los que no tenemos empeño en ver rodar la bola loca de la fortuna.

— Un templo del Azar — pensamos — no es digno de ser visitado sino por los fervientes de la religión de la esperanza.

Y sin detenernos siquiera ante los carteles que representan, un paisaje de la Exposición universal, con grandes edificios muy iluminados, pasamos desdeñosos, hasta que un día, por una casualidad, un amigo de los que viven aquí nos invita á almorzar en las márgenes del lago. Y entonces, algo avergonzados, exclamamos:

— ¡Parece mentira!...

Todo, para los que venimos aquí por primera vez, parece mentira. Parece mentira que estemos á diez minutos de París... Parece mentira que en el departamento del Sena, en plena zona fabril, haya un jardín inmenso, con bosques y lagos, sin una sola chimenea de fábrica, sin un solo taller lleno de ruido... Parece mentira que las tardes tengan esta ardiente y voluptuosa belleza en una región septentrional... Parece mentira que tanta gracia natural esté unida á tanta elegan-

cia clásica. Porque lo encantador de Enghien es que, fuera del área del Casino, y de los grandes « restaurants » que rodean el lago y de las tiendas de la Grande Rue, todo ha conservado una señorial y suave gracia antigua de « petite ville » rica; todo, hasta el campanario de la iglesita, que aparece allá, en el fondo, detrás de unos cuantos « chalets » floridos.

— ¡ Márchese usted ! — me dice mi amigo, oyéndome hablar así.

— ¿Por qué? — le pregunto.

— Porque, si se queda usted, le costará luego trabajo marcharse. Esta ciudad minúscula se hace querer y se hace llorar. Vea usted esas magníficas villas que se ocultan entre los follajes; todas pertenecen á artistas, que vinieron á pasar una semana, y que luego no pudieron irse. El último tren es el de media noche. Márchese usted.

En vez de marcharme, me he sentado en una terraza, y, á la luz de la luna, veo el ir y venir ligero de las barcas, que llenan el aire de canciones y de luces.

II

Á lo lejos, los trenes pasan, uno tras otro, rompiendo con sus violencias de hipógrifos la suavidad del paisaje nocturno. Unos van hacia París, hacia la vorágine luminosa donde los cargamentos humanos se pierden como puñados de arena en el desierto; otros, hacia las ciudades normandas, de nombres prestigiosos; hacia el Havre, lleno de marineros, hacia Ruán la gótica, hacia Honfleur y sus playas áureas. Yo los dejo pasar sin experimentar siquiera la tentación vertiginosa que se siente en todas las estaciones de ferrocarril ante las promesas de panoramas nunca vistos que encierran todas las locomotoras.

— ¿Dónde he de estar mejor que aquí? — me digo á mí mismo. Y sin darme siquiera una cuenta exacta del sitio ni del instante, me dejo acariciar por los efluvios perfumados de los jardines, por las músicas cercanas, por la brisa tibia, por los rumores voluptuosos. El amigo que me acompaña respeta con piedad mi silencio, embelesado, y se contenta con responder á mis preguntas.

— ¿Qué es aquéllo?

— Aquello — me dice, señalándome las alturas frondosas, en las cuales las ventanas de los « chalets » brillan como fanales, — aquello es Montmorency, con su bosque profundo.

¡Montmorency, tierra de cerezas y de aventuras, tierra cara á los lectores de Paul de Kock y de Henry Murger, tierra de idilios domingueros, tierra de Mimís, de Lulús, de Tatás, tierra de promisión para los que sueñan en galantes epopeyas sin consecuencia !.... Algunas de las luces que resplandecen entre las enramadas deben iluminar los clásicos bailes de grisetas que los novelistas de mediados del siglo pasado describieron con gran cariño, y, que hoy ya no inspiran madrigales sino á las musas adolescentes del Barrio Latino.

— Podemos ir — murmura mi amigo.

Pero yo no quiero moverme de mi sitio. El espectáculo que tengo á la vista y el murmullo que me rodea bastan para mi deleite. Del lado opuesto al bosque de Montmorency, el lago recorta en la sombra sus diminutos golfos. Lo que en el día no es sino una taza de esmalte, complícase ahora, gracias á las iluminaciones nocturnas, con mil dibujos extraños. El agua penetra en los parques, formando canales, islas, ensenadas y puertos. Las columnatas más fantásticas se miran, al claro de la luna, con coqueterías románticas, en la linfa quieta. Entre las enra-

madas, las guirnaldas de linternas venecianas desgranan sus inmensos rubíes y sus esmeraldas monstruosas, al son de los violines verlainianos. Y todo canta y todo encanta. Todo canta epitalamios, cual en los paisajes de Watteau. Todo habla de embarques con rumbo á Citerea. Todo murmura con la voz de las enramadas, y de los remos, y de las faldas de seda, y de las orquestas lejanas, y de los suspiros misteriosos, la divina romanza sin palabras cara al poeta de los poetas.

Ecoutez la chanson bien douce
Qui ne pleure que pour vous plaire.
Elle est discrète, elle est légère :
Un frisson d'eau sur de la mousse !

Si Verlaine hubiera conocido este paisaje encantado, con sus gracias artificiales y sus bellezas naturales combinadas exquisitamente, de seguro aquí habría situado sus Fiestas Galantes. Pero Verlaine no vino nunca á Enghien. ¡ Está esto tan cerca del bulevar ! ¡ Tiene uno, cuando vive en París, ideas tan falsas sobre las « petites villes » de Francia !...

III

Así como Mantes se llama la Bonita y Marnes la Coqueta, Enghien debiera llamarse la Feliz. No hay en el mundo, efectivamente, una sola ciudad que, como ésta, produzca una sensación de bienestar perfecto, de completa felicidad, de regocijo continuo. Y no me refiero ni á la perpetua fiesta del lago y de los jardines del Casino, ni á la fiebre de las terrazas floridas, en las cuales las lindas jugadoras preparan sus combinaciones de « baccarat », ni al bullicio popular de las carreras de caballos, ni á los galantes cortejos de la alameda Berteaux, sino á la vida corriente é indígena, á la buena vida de la « petite ville » de rentistas, que, sin pensar siquiera en que hay un establecimiento termal, y un teatro, y un hipódromo, á cinco minutos de sus casitas, ven crecer en gracia los tallos de sus rosales y los talles de sus hijas.

En mis paseos matutinos, á la hora suave en que los trenes parisienses no han comenzado aún á arrojar sobre este suelo de quimeras sus hordas

ruidosas, experimento á cada paso una sensación de geórgica refinada. Cada casita es un vergel, con sus enramadas y sus platabandas, con sus trinos y sus perfumes. Y de cada vergel sube cristalina, para esparcirse por encima de las tapias cubiertas de enredaderas, una fresca canción juvenil.

Allá, en las márgenes del lago, el amigo que me acompaña suele indicarme los nombres de los propietarios de las villas suntuosas.

Una de las más bellas pertenece á una bailadora española, llamada la Toledo; otra es de Edouard de Paty; otra, de un tenor de la Ópera; otra, de un gran poeta; otra, de Lina Cavalieri; otra, de Jean Thoral; otra, del cómico Dranem; otra, de Street... Y todas ellas tienen proporciones majestuosas; todas indican el lujo, la riqueza, el orgullo; todas proclaman con énfasis la gloria de propietarios cuyos nombres son conocidos. Pero no es este barrio de artistas y de millonarios el que me interesa. No son personalidades ilustres las que busco.

Lo que quiero ver, y lo veo, es la casita sin altanería, en la cual vive el burgués anónimo; el nido que lleva un nombre de mujer, el «chalet» «Amalia», ó «Margarita», ó «María»; el hogar fresco que esconde con un explicable egoísmo su dicha serena y su belleza rústica. Como en Chantilly, como en Maisons Laffite, como en Bois Colombes, en Enghien las viviendas modes-

tas tienen, arquitectónicamente consideradas, más suerte que las villas lujosas. Con su instinto conservador, la burguesía no adopta las siniestras fantasías del arte nuevo, cuya líneas fantástica deshonran las más lindas ciudades alemanas y belgas.

— Lo que deseo — dice el rentista francés que se retira al campo — es una casa de campesino, un pabellón de jardinero.

Y en parte por economía, en parte por buen gusto, obliga al arquitecto á no alejarse de los modelos sencillos de otro tiempo. Los torreones, las columnatas, las puertas orientales, los minaretes y las terrazas italianas, se quedan para la gente rica. El burgués se contenta con los cuatro muros cubiertos de hiedra y con los el techo de tejas obscuras. Su lujo es su jardín, en el cual toda la familia, durante los meses clementes, se esfuerza por hacer crecer las más bellas plantas del mundo.

Por los enrejados de las puertas me complazco, esta mañana asoleada, en sorprender la vida familiar, fresca é ingenua.

El cuadro en todos los nidos es idéntico. El padre, buen tipo de burgués, con su barba cana y su abdomen rabelaisiano, llena una regadera en el grifo de la fuente; la madre, envuelta en su bata clara, escoge las ensaladas más tiernas para el almuerzo; las niñas, las esbeltas burguesitas, rubias, de lindos ojos soñadores, se inclinan sobre los rosales olorosos como para confiarles

secretos inocentes; el « garçon », en fin, el fuerte señorito, que ya no lee á Verlaine ni á ningún poeta, sino que estudia para ingeniero, arregla su bicicleta en un rincón...

¿ Me decís que el cuadro es monótono? Ya lo sé. En la existencia de la gente feliz no hay ni variedad ni sorpresas. Pero esa misma monotonía, cuando uno la examina sin sonreir irónicamente, tiene un encanto paradisíaco. Ni envidiados ni envidiosos, los buenos rentistas enghieneses, que saben gozar del sol, y del cielo, y de los aromas de las flores, nos dan á los que vivimos una existencia de deseos y de luchas, la más gentil lección de ventura.

— ¿Á qué correr tras las quimeras — parecen decirnos, — puesto que un vergel minúsculo, y una regadera llena de agua clara, y una casita modesta, y una pipa de palo de rosa bastan para pasar deliciosamente la vida?...

Mas, ¡ ay !, los parisienses que vienen aquí atraídos por el Casino, por el juego, por las fiestas del lago, por los cafés llenos de lindas actrices, por el teatro, que da un estreno cada semana; por el Hipódromo, que es una inmensa ruleta con caballos vivos, los parisienses y los extranjeros no saben oir esta lección. Lo que ellos buscan no es la dicha, sino el placer. Y entre el placer y la dicha hay, tal vez, más diferencia que entre la risa y las lágrimas.

IV

Cuando el doctor Tregnier me dijo, señalándome un grupo de lindas damas cubiertas de plumas y de flores, « mis enfermas », no pude menos de sonreir. Pero como noté que mi sonrisa era desagradable al sabio termólogo, traté de explicarle que, en punto á aguas medicinales, yo he tenido siempre un escepticismo absoluto, una completa irreligiosidad.

— La culpa — aseguréle — la tiene su maestro de usted, el gran Taine, que creyó necesario contarnos, en uno de sus libros más admirables, la evolución curativa de una estación termal de los Pirineos. Las mismas aguas que, según los médicos del siglo XVI, no podían servir sino para curar las heridas, fueron, en el siglo XVIII, recetadas para los males del estómago, y ahora no sirven más que para las enfermedades de la garganta.

— Esa es una de las muchs bromas de Taine, que trataba de parecer ligero á costa de la seriedad — contestóme el doctor.

Y después de un largo rato de silencio :

— La verdad es — agregó — que con las aguas minerales pasa lo mismo que con las minas de oro. Son tan pingües las ganancias que los buenos manantiales dejan á ciudades como Carlsbad, como Contrexeville, como Vichy, como Evián, que en cuanto una aldea descubre una fuente curativa cualquiera, trata de explotarla según lo que ahora se llama el método intensivo. Y el método intensivo no es, muy á menudo, sino la charlatanería. Aquí, muy cerca, á veinte kilómetros de Enghien, hay dos ó tres « sources » que embotellan cada año centenares de metros cúbicos de agua y que ganan millones. Yo las he examinado y he visto que entre sus productos y los productos del grifo de cualquier casa de vecindad no hay diferencia ninguna. Pero, en cambio, hay aguas que no engañan, que no pueden engañar. El olor sólo de un lugar de baños sulfurosos, hace ver que no se trata de una broma. Acérquese usted al establecimiento de este pueblo, y me dirá si es á rosas á lo que huele...

— No, en efecto.

— Pues bien; ese mal olor, ese olor horrible, que hace que las lindas jugadoras de « baccarat » se tapen las naricillas con repugnancia apenas pasan por el barrio de las termas enghienesas, es una mina... Ó, mejor dicho, no, no es una mina... Debiera ser una mina... Pero la gente es toda cual usted, y cuando le hablan de los baños de

Enghien, se echa á reir. ¿Cómo, en efecto, se va á aceptar en París, entre personas escépticas y burlonas, la idea de que, á diez minutos, existe lo que en general se va á buscar á los más lejanos lugares? Aquí vienen los parisienses á pasearse bajo los árboles, á remar en el lago y, sobre todo, á jugar en el Casino... ¡Pero á curarse!... Es necesario ser ruso, ó escandinavo, ó « yanqui », para saber que las termas de Enghien son más eficaces que las de Luchon, las de Bareges y las de Cauterets... Sí; son los análisis los que nos lo dicen : las aguas enghienesas representan un valor curativo de 8, en tanto que las de Luchon, que son las mejores de los Pirineos, no representan sino un valor idéntico de 4... ¿Comprende usted?... Y esto no es un secreto. Los médicos de París lo saben. Sólo que ¡vaya usted á decir á una dama parisiense que tome el tren para hacer una cura á diez kilómetros de la plaza de la Concordia! Yo mismo, muy á menudo, no me atrevo á aconsejar esta estación á mis clientes de París que necesitan baños sulfurosos, y les digo que se marchen á estaciones lejanas. ¡Qué quiere usted!... Los hombres son así... La fe es lo único que los cura.

— En ese caso, doctor, supongo que no tendrá usted más enfermas que las que acabamos de ver.

— No..., no... De Rusia, de Alemania, de Austria, vienen muchas familias... Para los extranjeros, esto no tiene el inconveniente de estar muy cerca. Teniendo que hacer un viaje de

veinte ó de cuarenta horas, ya le dan importancia á nuestras termas...

— Y probablemente — le digo, —dejarán otras termas, no menos buenas, á veinte minutos de sus residencias, desdeñándolas por estar muy cerca.

V

La poesía pintoresca y añeja que mis amigos van á buscar durante los meses de verano en lejanas Bretañas ó en remotas Saboyas, yo la he encontrado aquí, en las puertas mismas de París, sin buscarla siquiera.

Ayer por la mañana, cuando las tiendas de la « Grande Rue » no habían aún abierto sus puertas y cuando la invasión no había empezado todavía, encontréme, de pronto, en el curso de uno de mis deliciosos paseos matutinos, con una diligencia como esas que ya no se ven sino en el teatro del Ambigú, cuando se representa *El correo de Lyon* ó *La huída de Mandrin.* Cuatro caballos flacos la arrastraban cuesta arriba penosamente. El cochero, en su sitio, con su dolmán verde, adornado de alamares desteñidos y su enorme fusta sonora, parecía, como su vehículo, una cosa teatral. Pero nada tan extraño y tan poco parisiense, y tan poco moderno, cual la docena de campesinos que llenaban el interior de la diligencia. Vestidos como com-

parsas de opereta, fumando pipas antiquísimas, haciendo gestos cómicos, sonándose las narices con pañuelos extravagantes, producían una sensación verdaderamente singular.

Cuando, unas horas más tarde, el amigo que me hospeda me oyó hablar de mi descubrimiento, echóse á reir.

— ¿Te extraña — díjome — que aquí tengamos todavía lo que ya no existe ni en Bretaña ni en Saboya?... Eso te prueba que no hay que buscar las cosas lejos... Pero lo que más ha de gustarte, ya que tienes aficiones á las cosas rancias, son las hostelerías que aún existen en algunos pueblos cercanos... ¿Quieres que vayamos á almorzar á una de ellas? ¡ Eh, pero no en diligencia! Yo soy amigo del progreso y del automóvil, y si consiento en llevarte á una venta de aspecto secular, es porque realmente el vino es ahí mejor que en los « Palaces » llenos de espejos y porque la cocina conserva una sabrosa y suntuosa hidalguía... ¿Vamos?...

— Vamos.

Y diez minutos después nos deteníamos ante una hostelería que estaba perfectamente de acuerdo con la diligencia. Un cuadro pintado por un Rubens ingenuo servía de rótulo, ostentando entre las letras áureas del nombre un grupo de garridas mozas muy descotadas.

— ¡ A la Dama Blanca ! — exclamó mi amigo leyendo el letrero.

Y estas solas palabras, en aquel sitio, ante aquella enorme puerta de posada antigua, obligáronme á evocar todas las buenas hostelerías de las novelas de Alejandro Dumas, de las Memorias de Casanova y de las hitorietas de Scarrón. ¡ Ah ! ¡ Cuán poco me hubiera extrañado el ver aparecer en la sala del mesón, junto al asador en el cual un carnero daba vueltas sobre las llamas del hogar, á unas cuantas mozas vestidas á la manera de antaño, en compañía de sendos caballeros en traje de camino ! Pero, para no mentir, debo confesaros que el único ser vivo que en aquel antiguo antro no estaba vestido á la moderna, era el amo, que, como conviene á un buen hostelero novelesco, desempeñaba al mismo tiempo el papel de cocinero y el de mayordomo. Su bonete blanco, muy amplio, muy limpio, coronaba su cabeza de rey rabelaisiano. Un delantal más blanco que el bonete envolvía su cuerpo rollizo. Sus mangas, recogidas, dejaban ver los dos brazos más regocijadamente tocinudos que puede soñar un autor cómico.

— ¡ Nargot !... ¡ Suzon !... — gritó al vernos llegar.

Y un instante después, dos lindas doncellas, de faldas cortas y de corpiños descotados, nos servían en jarros viejos un vino más viejo aún.

— Aquí no encontrarán vuesas mercedes sino platos muy sencillos y vinos muy modestos — decíanos el amo con un airecillo socarrón, al

mismo tiempo que nuestra mesa se llenaba de jamones ahumados, de albondiguillas redondas y apretadas, con culantro verde de pepitorias, de trozos de cabrito rociados con limón, de cazuelas de pescado cecial con oruga y de lenguas de cerdo adobadas.

— Este es el primer capítulo de *Là lozana àndàluza*, traducido al francés y preparado con salsas de Pantagruel — decíame mi amigo, tragando bocados y sorbos, con un deleite comunicativo. — ¿Estás contento?

— ¡ Encantado !... Más que encantado, transportado...

Y efectivamente; durante las dos horas que permanecimos en la mesa, creíame fuera de nuestra época, fuera de nuestra vida y me figuraba formar parte de uno de los alucinantes desfiles de caballeros que pasan por entre las páginas del *Gil Blas* ó de *La Novela Cómica*, y que se detienen, alegres y hambrientos, en posadas que se llaman del Caballo Blanco, de los Reyes Magos, de las Bolas de Oro ó del Escudo de Francia.

— Aquí es donde debieran vivir todas esas bellas damas y todos esos galantes señores que se amontonan en los hoteles de los alrededores del lago de Enghien — me dice mi amigo.

Y agrega :

— Pero es verdad que, si vivieran aquí, al cabo de dos meses, ya no se comería en La Dama

Blanca como se come. La elegancia moderna no conoce el lujo de la mesa... Las más famosas cortesanas de París no beben sino agua mineral... ¡ Qué triste cosa !... Nosotros, por fortuna, aún no somos elegantes, ¿no es cierto?... Ahora vamos á tomarnos otra botella, y luego, por darte gusto, volveremos á Enghien en la diligencia... ¿Te parece?...

— ¡ Ya lo creo !

VI

Una muchacha morena, de grandes ojos negros y de ademanes nerviosos, viene á sentarse junto á nuestra mesa, en el café, lleno de músicas y de charlas, que sirve de antesala al antro de la fortuna.

— Una española — murmura mi amigo.

— Ya lo había adivinado — le contesto.

Y realmente, sin que haya en esta dama nada que no sea de una perfecta elegancia parisiense, se ve desde luego que no es de Francia, ni de Italia, sino de España.

— ¿Una bailarina? — pregunto.

— No... Una dama de buena familia, casada con un argentino... Aquí viene todos los días cuando está en París, y cuando no viene aquí va á Monte Carlo á pasar los meses de invierno, ó á Biarritz á pasar los meses de verano. Porque para ella el mundo se divide en casinos. Su geografía no es muy complicada : Niza es el centro de la ruleta, y Carlsbard, la capital del treinta y cuarenta... Ha viajado mucho, ha dado la

vuelta al mundo, conoce la China, el Japón, el Canadá, toda la América española, toda Europa. Pero en ninguna parte ha visto nunca nada que no sea el juego. Hace pocos días, como se hablara en el Casino, entre familiares, de la revolución china, alguien le preguntó si había conservado algunos recuerdos interesantes de su viaje á Extremo Oriente. « — ¡ Ya lo creo! — respondió.— ¡ Figúrese usted que en Shangai, en el Hotel Astoria, una noche perdí en dos horas más de cuatrocientos mil francos! Mi marido pretende que la gente que jugaba conmigo era una cuadrilla de estafadores. Yo no lo creo. Además, á mí no me engaña nadie. » De los demás países por los cuales ha pasado, no conserva sino recuerdos análogos. « — La Habana — suele decir — es la única ciudad interesante de América. » Y si le preguntan por qué, explica, muy ingenuamente, que es porque sólo en la Habana hay grandes partidas de « pocker ». Aquí, cuando ella talla, el oro corre como un pactolo por el tapete verde. No hay idea de su atrevimiento. Lo mismo gana que pierde en una hora cien mil francos. Y siempre sonríe, siempre está contenta, siempre cree que lo que sucede es lo mejor que puede suceder. Su generosidad es fantástica. Cuando un « croupier » la hace ganar, le da propinas que hacen palidecer á los príncipes rusos.

— ¿Y aquella? — pregunto á mi amigo, señalando á una rubia muy delgada, muy pálida,

de ojos casi blancos y de manos transparentes.
— Aquella es una polaca. Véala usted compulsar los papelitos que ha puesto sobre el velador... ¿Ve usted?... Son sus notas cotidianas sobre las ondulaciones de las corrientes de la fortuna. Muy fría y muy fantástica, mitad poeta y mitad matemática, vive acariciando un ensueño de grandezas milagrosas. Con sus cifras y sus jeroglíficos, forma, día por día, un tratado del juego, que ha de darle al fin la clave de la ganancia segura. « — En cuanto mi sistema esté terminado — suele decir con la mayor tranquilidad, — me iré á Monte Carlo y en una noche ganaré cien millones. » Entretanto, no sólo no gana nada, sino que pierde todo lo que tiene. Sus jugadas más científicas son las que más dinero le cuestan. En cuanto ella apunta en un número, es seguro que sale otro. Y la pobre que espera á veces horas enteras antes de arriesgar sus billetes de Banco, no se explica cómo sus combinaciones, que en teoría son tan exactas, en la práctica salen siempre mal. « —Lo mejor — le aconsejan las parisienses que se sientan junto á ella — es no contar sino con el azar. » Pero ella desdeña á las frívolas muñecas, que son incapaces de hondos cálculos, y sigue persiguiendo su quimera entre signos cabalísticos y jeroglíficos complicados. Véala usted escribir cifras y más cifras. Así se pasa las horas, y los días y los meses... Así va agotando poco á poco una

inmensa fortuna, heredada de un señor polaco, que murió en Siberia hace diez años, por no haber querido prestar un juramento de lealtad al césar de Rusia.

Detrás de la morena española, dos chiquillas de labios voraces y de ojos ojerosos acaban de ocupar una mesita de mármol. Todo en ellas sonríe. Sus cabellos castaños, peinados caprichosamente, nimban sus rostros infantiles de rizos vaporosos. En sus gargantas, la luz se entretiene en hacer reflejos marmóreos. Sus manos blancas, sin una sortija, juegan con el programa del concierto. Sus trajecillos, muy ajustados, se revelan las líneas, á la par redondas y delicadas, de sus cuerpecillos. Y hay tanta elegancia, tanto encanto, tanta voluptuosidad en sus personitas, que todo el mundo las contempla con una simpatía llena de ternura.

— Estas — le digo á mi amigo — no pueden ser sino parisienses.

— En efecto; son dos modistillas de la Rue de la Paix. Toda la semana se la pasan trabajando en un entresuelo sin luz, sin aire, como pajaritos enjaulados. Cuando los negocios van bien, ganan hasta seis y siete francos diarios en sus calidad de « primeras ». Con tres pesetas comen, se alojan y se visten. Lo demás lo guardan para venir el domingo á tentar la suerte. Yo las oigo hablar á menudo, y sus charlas me emocionan tan hondamente que á veces me desespero por no ser

Dios, para hacerlas ganar los cien mil francos con los cuales sueñan para comprar una casita de campo, y un gallinero y un cochecito con un poney... Hace poco, una de ellas ganó mil francos. «— Ponlos en la Caja de Ahorros» — le dijo un caballero viejo, que las trata paternalmente. Pero ella le contestó con una mueca y se fué al taller, llevándose sus cincuenta luises de oro para repartirlos entre sus compañeras. La española suele sentarse al lado de ellas y las asocia á sus ganancias. «— Son un encanto » — dice. En cambio, la polaca las detesta, por lo que hay en ellas de ingenuo, por lo que tienen de animalitos instintivos.

VII

La carta que el ardiente y sabio catedrático del Seminario de Madrid señor García Hughes me dirige en las columnas de *El Debàte*, llega á mis manos en esta ciudad de Enghien, que, en verdad, es la menos evangélica del mundo. Sentado á orillas del lago, trato de leerla con la atención respetuosa que merece y me siento halagado al ver que, á pesar de su catolicismo intransigente, mi contradictor me honra reconociendo mi buena fe y mi lealtad.

Pero en cuanto quiero darme cuenta exacta de lo que en mis artículos anteriores sobre este mismo tema ha podido irritar á los defensores de la Iglesia, mis ideas me abandonan. La culpa la tiene, sin duda, una orquesta insidiosa que invita á las parejas á hablarse al oído y que llena mi alma de vagas nostalgias voluptuosas.

— Todos estos seres que me rodean — pienso— no tienen, de seguro, la menor noticia de que hay

además de los cuatro Evangelios que leyeron en su infancia, otros muchos evangelios, entre los cuales algunos podrían muy bien ser más antiguos que el del mismísimo San Marcos. Y esto, sin embargo, no les impide ser muy buenos cristianos, y vivir muy felices, y amar á la mujer de sus prójimos, como á las suyas propias. ¿Por qué, pues, darle tanta importancia á cuestiones de fechas, y de nombres, y de lenguas?

Mas en seguida me doy cuenta de que el señor García Hughes, que es un hombre grave y que de seguro no escribe, como yo, en las terrazas de los cafés, podrá decirme, con mucha justicia, que si hay pecado contra la sencillez de la vida en hablar de estas nimiedades eruditas, el primero que lo cometió fuí yo mismo. Yo, en efecto, yo pecador, yo frívolo, tuve un día la ocurrencia de escribir que el « Evangelio de los Doce Apóstoles » era, sin duda, anterior á los de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, á lo cual, no sin razón, mi contradictor me contesta con las líneas siguientes :

« Decía usted moverle á aceptar de plano el Evangelio de los Doce Apóstoles » la frase que en él se encuentra : « Yo, Gamaliel, seguí á Pilatos en medio de la multitud », y que, según usted, demostraba la condición de testigo ocular del autor.

Y respondíale yo que en San Juan se hallan frases más explicativas, afirmaciones más expre-

sas del autor del cuarto Evangelio sobre su visión directa é información personal.

Las frases son las que yo citaba y usted copió : «El que vió da testimonio», y, al final, hablando del discípulo amado, compañero de Jesús, según el mismo Evangelio, desde su bautismo en el Jordán escribe : «Este es el discípulo que atestigua estas cosas y que escribió esto.»

Y aun le citaba la primera epístola de San Juan que todos estaban conformes ser del mismo autor del cuarto Evangelio.

« Lo que hemos visto por nuestros ojos, y nuestras manos palparon del Verbo de la vida..., lo que hemos visto os anunciamos», y anuncia el cuarto Evangelio, al cual sirve de prólogo la citada epístola.

Yo no concedía, ni concedo, valor alguno demostrativo á estos argumentos y confesiones de San Justo, sino después de probada con otras razones la autenticidad é historidad de su Evangelio, y prueba de ello es lo que á continuación escribía :

« Dejando á un lado los argumentos intrínsecos, que son los que menos valen, y ateniéndonos solamente á las afirmaciones de testigos bien informados... »

Un argumento apodíctico aducía yo de testigo de mayor excepción, y que en esta materia son los de más valor, y no los castillos que sobre los libros mismos, sin atender á su origen ni á

su autenticidad, fabrican los « superhomos » de la crítica contemporánea, y la cual no se dignó usted contestar. »

En mi casa de París, donde tengo muchos libros, muy doctos, con muchas notas marginales, tal vez me decidiría á contestar al señor García Hughes, demontrándole que sí puede muy bien pretenderse que Marcos es anterior á los apócrifos, á pesar de no ser tan personal como Gamaliel; en cambio, es imposible creer que el Evangelio de Juan con todo y sus afirmaciones, sea anterior al de los « Doce Apóstoles ». Pero aquí, en esta aldea de placer y de alegría, entre músicas ligeras y sonrisas pecaminosas; aquí, frente á ese terrible templo del juego, que se llama el Casino, á orillas de este lago poblado de cisnes paganos; aquí, donde hasta las campanas de la iglesia tienen algo de ligero, de risueño, de mundano, verdaderamente, me siento incapaz de todo esfuerzo erudito.

Por lo demás, al tratar de dar á conocer el « Evangelio de los Doce Apóstoles », que, como lo sabe muy bien el señor García Hughes, fué respetado durante los cinco primeros siglos del cristianismo, al igual de los sinópticos y del de Juan, mi primera idea no era erudita, sino artística. Lo que dije, ó, por lo menos, lo que quise decir á mis lectores, que son en su maycría, muy buenos cristianos, aunque otra cosa se crea en los Seminarios, fué : « he aquí un Evangelio más

bello que los cuatro canónicos»; no: «he aquí un Evangelio más antiguo que los demás». Y esto, ó mucho me equivoco, ó tiene mayor importancia que lo otro. Porque, á pesar de toda su ortodoxia, á pesar de toda su obediencia y á pesar de toda su buena voluntad católica, mi erudito contradictor sabe muy bien que no hay un solo Evangelio que sea obra escrita por un apóstol de los que conocieron á Jesús.

La exégesis más seria, la de Harnack como la de Loisy, la de Renán, como la de Tischendorf, y hasta la muy católica, apostólica, romana de monseñor Duchesne, están, en el fondo, de acuerdo para reconocer que durante un siglo entero los relatos evangélicos fueron orales y se conservaron en las Comunidades cristianas de Oriente.

En cuanto á las redacciones hechas, unas en arameo, otras en copto, otras en griego, todas son reflejo ideales de la divina leyenda y todas merecen la misma atención, la misma fe y el mismo amor, puesto que en todas ellas aparece, nimbado de dulzura, aquel sublime Consejero de bondad, de caridad y de fraternidad, que se llamó Jesús.

VIII

— ¿No se siente usted como fuera de París, fuera de Francia, fuera de toda ciudad determinada y de todo país conocido en este restaurant, que es una especie de Babel elegante, en que todos los pueblos, todas las lenguas, todos los tipos, todas las pasiones y todas las esperanzas se mezclan y se confunden?

El que así me habla es uno de los más sutiles escritores griegos de nuestra época, el famoso Athanidés.

— Nuestra misma mesa — le contesto — tiene ya algo de babélico. Si cada uno de nosotros se pusiera de pronto á hablar su lengua, caeríamos en la mayor confusión.

Somos cinco, en efecto, los que cenamos juntos en la maravillosa sala de Negresco, entre aromas de flores exóticas y acordes de violines orientales; somos cinco, y todos representamos un país, una raza, un alma distinta. El único francés entre nosotros es Ernest Lajeunesse. Á su lado se sienta Marinetti, el apóstol del Futurismo, que es italiano, y junto al helénico Athanidés, el

londinense Strong, de aventurera memoria. Pero esto no es todo. Sin apartar la vista de nuestro rinconcillo, podemos ver que el camarero que nos sirve es suizo, á menos que sea austriaco, y que el copero que trae con religioso respeto los frascos de vino del Rin para llenar nuestros altos cálices de cristal, tiene una cara de wiking recién llegado de alguna tierra polar. El enérgico Negresco, que adora las empresas pintorescas, no ha querido someterse á las exigencias sindicalistas, que se empeñan en excluir á los extranjeros del servicio de hoteles y restaurants. Venido él mismo de su Rumanía natal para hacer probar durante la exposición de 1900 á los parisienses la excelencia algo rara de la cocina cosmopolita, defiende con tesón la variedad mundial de su servidumbre. Y por tener servidores de todos los matices y de todos los colores, hasta negros posee, á veces magníficos negros, vestidos como eunucos de las mil y una noches, que escancian el café de Moka en tazas de Persia.

— Este pilaf, con su aroma de Karry, está delicioso — asegura Athanidés.

En seguida, todos hablamos de cocinas, y de vinos, y de salsas y de frutas.

— La verdad — dice Lajeunesse — es que, fuera de la cocina francesa, todo lo demás es bárbaro. Hace pocos días, Víctor Margueritte nos llevó al nuevo restaurant turco de París y por poco nos morimos... ¿No es verdad?

— No — lo contesto yo.

— Usted, que ha comido ratas en la China — me dice, — es el único capaz de soportar esas cosas...

— Yo también — exclama Marinetti.

— La cocina francesa — exclama gravemente Strong — no puede compararse con la inglesa. La gran cocina es la nuestra, á causa de sus principios de lógica estricta. En Inglaterra, en efecto, cuando comemos carne, queremos que tenga sabor de carne, y cuando pedimos espárragos, exigimos que nuestro paladar sienta el gusto de los espárragos. En cambio, en Francia es preciso que la carne tenga sabor de espárragos y los espárragos sabor de cualquier cosa. Las salsas, he ahí el fundamento francés. La salsa suprime el alimento. Entre salsas con trufas, ó con tomates, ó con guisantes, toda ave y toda res se convierte en una cosa impersonal. No así en nuestras mesas, en las cuales no hay nada que ponga un antifaz á los animales comestibles... Pero, eso sí, para hacer bien la cocina inglesa, es preciso tener un cocinero francés...

Marinetti reconoce la superioridad de la cocina francesa; pero abomina de la inglesa.

— Después de Francia — dice, — no hay más que Italia. Francia es el lujo, el manjar caro y precioso, el plato de plata lleno de tajadas suntuosas y refinadas. Italia es la buena sopa, las buenas pastas, la buena carne. Hay que ver

el número de restaurants italianos que existen hoy en el mundo, para darse cuenta de la importancia que tiene nuestra cocina. En París mismo no queda ya un solo barrio, por poco cosmopolita que sea, en el que no haya alguna « tratoria » modesta y confortable. Dar bien de comer por poco dinero. He aquí nuestro sistema.

Lajeunesse, por protestar, declara que el pilaf que nos han servido no le gusta, y pide un plato bien francés, un plato « au sang ».

— Ya veréis... — murmura. — Ya veréis...

Y vemos, en efecto, vemos el magnífico « canard » dorado por fuera, rojo por dentro, jugoso, tentador... Lo vemos y lo devoramos...

— En España — me dice con un gran desdén Athanidés, — no se come más que garbanzos, y chorizos indigestos, y pimientos pesados y sopas de ajos...

— En España — digo yo por darme tono, — hay una cocina admirable, variada, exquisita.

É imperturbablemente, sin temor de contradicciones, les recito el « Mamotreso » segundo de la « Lozana andaluza »; asegurándoles que todos aquellos pestiños, testones, zahinas, talvinas, hormigos, alcarabeas, boronías, cuajarejos, pepitorias y apedreados de que habla la alegre Aldonza á su señora tía, son platos muy sabrosos y muy populares en todas las ciudades españolas.

— ¿Conoce usted alguno de esos guisos? — pregunta Marinetti á Negresco, que se ha acer-

cado á nuestra mesa para ver si nos sirven bien sus camareros.

— No — contesta el famoso gastrónomo. — No No... Lo que sí conozco, y es cosa rica, es el arroz á la valenciana, y el bacalao á la vizcaína y el puchero á la madrileña... Un día...

— ¡ No — exclama Lajeunesse, — no, por Dios, nada de pucheros exóticos, nada de pilafes, nada de platos raros !.... Un buen pato... Un buen pollo... Un buen faisán... Yo soy amigo de las aves... Ó una langosta...

Alrededor nuestro, los tapones de champaña comienzan á crepitar, interrumpiendo la suave melopea de la orquesta oriental. Las mesas se llenan de copas, de tazas, de cajas de cigarros. Un murmullo voluptuoso llena el vasto espacio, y en las lunas de los espejos se reflejan los rostros animados de las más bellas mujeres del mundo. Todas las lindas jugadoras á quienes he visto en mis paseos, por las terrazas del lago están aquí, gozando de las delicias de la mesa antes de ir á precipitarse en el infierno del «baccarat». Sus ojos guardan aún los matices de los cielos bajo los cuales nacieron. Y hay ojos azules, de un azul pálido; y hay ojos verdes, cual los horizontes marinos; y hay ojos negros, que brillan divinamente, como los firmamentos nocturnos del Sur...

— Una Babel de miradas y de sonrisas — murmura Athanidés, apurando su copa.

IX

— ¿De veras se marcha usted sin haber puesto los pies en el Casino? — me pregunta un amigo de los muchos que aquí no han visto sino las mesas de juego.

— De veras, — le contesto.

Él sonríe.

Yo sonrío.

Él me tiene lástima, creyendo que para contemplar las puestas de sol desde una barca sin ponerse en ridículo, el hombre elegante tiene por lo menos necesidad de ir á Venecia, ó á Lugano ó á Lucerna. Y en cuanto á la dulzura de las tardes primaverales bajo estas enramadas, ni siquiera se figuraba que pueda existir. Allá en París, en el Bosque de Bolonia, ó en los Campos Elíseos, á la sombra de las acacias mundanas, todavía explicaríase él un paseo higiénico. ¡Pero aquí!... Aquí, donde no existe ni la gran vida de la gran ciudad, ni la gran poesía del gran campo; aquí, donde las mujeres más elegantes llegan en automóvil, entran en el Casino, juegan, ríen, oyen la

música, asisten á las representaciones teatrales y luego regresan á sus casas del Barrio de la Estrella sin notar siquiera que han traspuesto las fronteras de la metrópoli; aquí, donde no hay ni montañas, ni bulevares verdaderamente, lo único que se puede hacer es jugar.

— Pues juegue usted — digo á mi amigo.

Y él juega.

— No tiene usted idea de lo que pierde con su terquedad — exclama. — Ahora, sobre todo, las partidas son extraordinarias. En esta semana última ha habido « golpes » de cien mil francos. Los americanos y los rusos son los grandes jugadores.

— Si yo pierdo con no entrar en el Casino — le contesto, — usted también pierde con no salir de él. ¿Se ha paseado usted algún día muy temprano, á la hora en que sólo los camareros se han despertado en los grandes hoteles y en que el círculo no está aún abierto; se ha paseado usted por los alrededores del lago, ó por las inmediaciones del bosque de Montmorency? Hay cielos, en estas alboradas de primavera, que son de una belleza infinita, con sus suavidades color de rosa y color de malva entre vapores áureos. Yo suelo quedarme horas enteras con un libro en las manos sin leer una página, contemplando la metamorfosis constante del cuadro matutino. ¡ Ah ! ¡ Esa ligereza de matices, que se funden y se confunden, y que se transforman, y que se

desvanecen con una lentitud exquisita, como si un pincel invisible los aclarara poco á poco!... Y nada le digo á usted de las tardes, porque de seguro habrá usted admirado el espectáculo patético del lago cuando la luz crepuscular convierte sus aguas en una inmensa mancha de sangre...

—No — me confiesa, — nunca he visto eso... Por la mañana, naturalmente, estoy en la cama... ¿Á qué hora se figura usted que salimos del Casino?... Y por la tarde, á la siete... ¿es á las siete cuando se pone el sol?...; bueno, pues entre cinco y ocho es cuando la partida nos interesa más... Pero para que vea usted que no soy un enemigo de la Naturaleza, una de estas tardes, si usted quiere, iré á tomar con usted el aperitivo en la terraza del lago... Ya me explicará usted lo que le encuentra á este pueblo de hermoso...

— Esto no se explica, — le digo.

Y, realmente, si hay algo de inexplicable en el mundo de la belleza, es el encanto misterioso de ciertos rinconcillos agrestes, en los cuales nada es grande, nada es maravilloso, nada es realmente bello, de una belleza armoniosa ó sublime, y que, sin embargo, seducen á quien sabe contemplarlos con ingenuidad. Aquí, en este horizonte estrecho y delicado, bajo este cielo de una delicadeza ateniense, entre esta colina lejana que cierra el horizonte y este espejo del lago, en el cual se

miran las enamoradas, el alma siente algo de muy íntimo y de muy tierno. En el aire, cargado de músicas vagas y de aromas ligeros, flota como un soplo de dicha paradisíaca. Pero claro que esto no lo sienten los que salen del Casino con las sienes incendiadas. Esto no lo siente mi amigo, ni las lindas damas que cenan en casa de Negresco, ni los americanos de los « golpes » de cien mil francos... Pero lo sienten los artistas, que vinieron como yo, un día á pasar unas horas y que luego no quisieron marcharse.

Menos feliz que ellos, yo me marcho hoy mismo. Dentro de dos horas tomaré un « rápido », y diez minutos después estaré en el Bulevar, en ese Bulevar que no he visto desde hace tres semanas. El viaje, para los que van y vienen cotidianamente, no es nada. Para mí, es mucho. ¡ He pasado horas tan deliciosas en un tan dulce ensueño de soledad !...

— Ya volverá usted — me dicen mis amigos.

Sí que volveré... Sólo que Dios sabe si encontraré de nuevo la belleza que ahora dejo. Porque los paisajes, ya lo escribió Amiel, no son sino estados de alma...

FIN

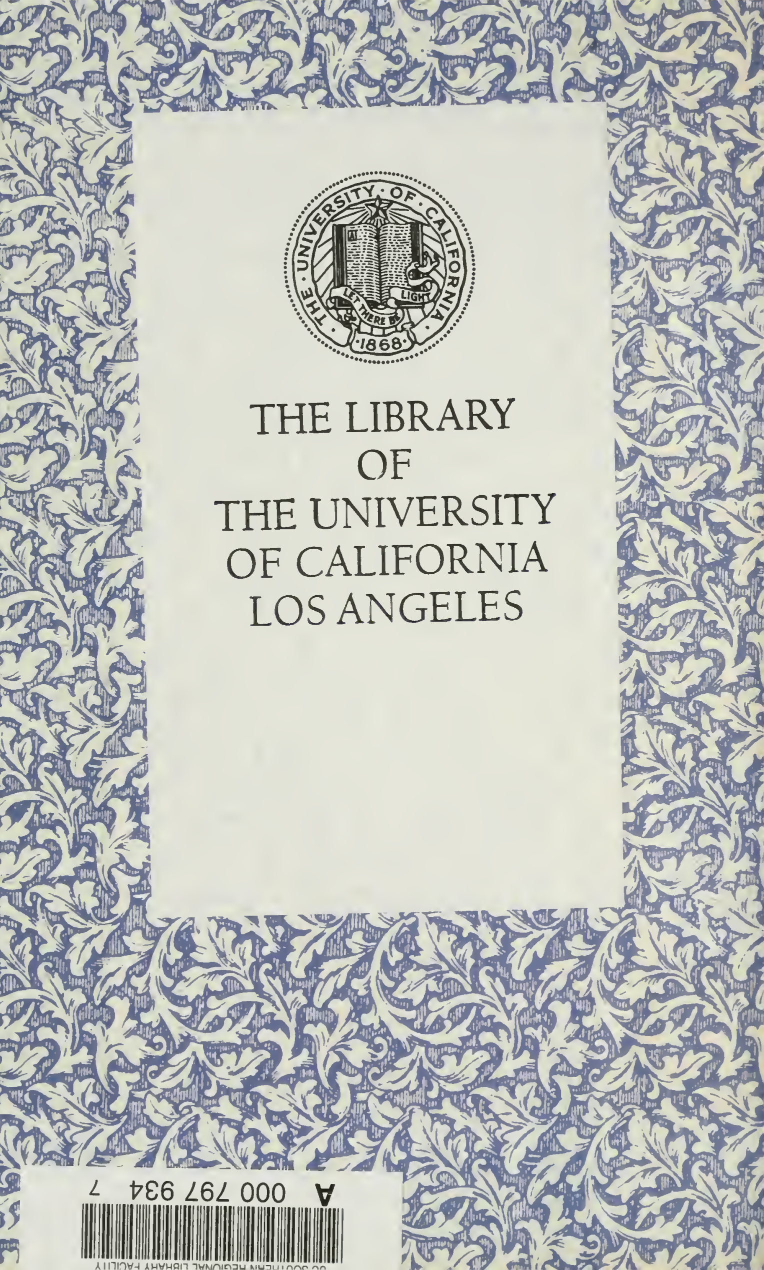
ÍNDICE

ÍNDICE

Tip. Garnier (Chartres). — 178-6-12.






THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
1868

